

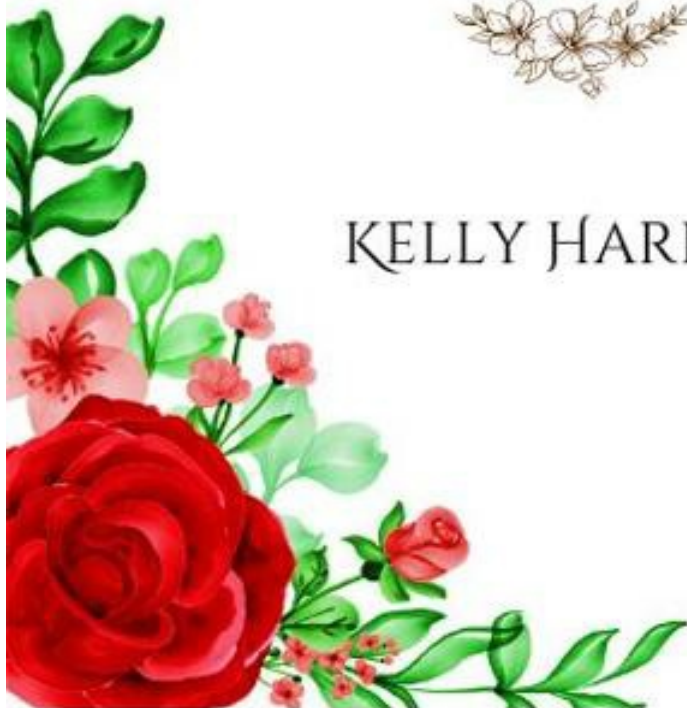
EL PRIMER
AMOR DE LA
VIZCONDESA

KELLY HARPPER

El primer amor
de la
VIZCONDESA



KELLY HARPPER



© HELLY HARPPER
TÍTULO: El primer amor de la vizcondesa
PRIMERA EDICIÓN: Agosto de 2022
SELLO: Independently published
DISEÑO DE PORTADA: Kelly Harpper
CORRECCIÓN: Nicole Figueroa
MAQUETA: Editorial Regenta
@editorialregenta

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la titular del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



INDICE

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[EPILOGO](#)

[AGRADECIMIENTO](#)

[MI NOVELA ANTERIOR](#)

«Mi único enemigo es tu nombre. Tú eres tú, aunque seas un Montesco»

*«Es al separarse cuando se siente y se comprende la fuerza con que se
ama»*

Romeo y Julieta, William Shakespeare

*Para todas mis lectoras y amigas, las que me apoyaron desde el
principio y las que vendrán.*

Gracias por haber confiado en mí.



PREFACIO

Londres, 1817

La vizcondesa de Lyngate era consciente de que asistir a la boda del duque de Devon –su examante– era, por parte de su esposo, una clara declaración de que lo sabía todo. Lord Lyngate recibió la invitación del criado de su excelencia y no dudó en confirmar que asistirían.

El carruaje que los conducía a Devon House para el banquete de bodas se detuvo detrás de una considerable fila de coches que circulaban por Kensington. Collette por fin pudo evadir la mirada triunfal de su esposo, que la observaba con cautela desde que salieron de su residencia. Este sabía que Charles Bradbury fue su amante por varios años y que, aunque ella aparentaba tranquilidad, debía estar sufriendo por el final de su relación. Quería que le doliese ver que el caballero que la abandonó lo hizo para ser feliz como ella jamás lo sería.

El vizconde supo desde un inicio que su matrimonio era un simple contrato en el que lady Collette Monteaux, hija de los condes de Dorset, sería su esposa, amante y una madre para sus dos hijas, sin embargo, nunca tendría de ella eso que siempre selló en su corazón. Al principio pensó que el enorme berrinche que hizo aquella joven de dieciocho años ante el repentino compromiso solo fue un acto de rebeldía por su corta edad y que terminaría por aceptarlo. Pero eso nunca sucedió.

Para la alta sociedad, fue todo lo que se esperaba de una dama: educada, elegante, la anfitriona a la que siempre elogiaban y una madre ejemplar. Pero, para su esposo, no era más que una fachada, una que contenía a la fiera herida que se había encargado de encerrar y que empezaba a sacar las garras por las rendijas que dejó el dolor.

La vizcondesa vio a través de la ventanilla a las damas que paseaban en compañía de sus doncellas y a algunos niños que jugaban bajo la atenta mirada de sus niñeras, hasta que sus ojos se posaron en la espalda de un caballero que le tendía un pequeño caballo de madera a un niño de unos cinco o seis años.

Todo su cuerpo se tensó al ver los risos dorados del pequeño que sonreía al hombre que ahora se ponía de cuclillas para acomodarle la gorra. Un doloroso recuerdo le apretó el pecho y una cálida lágrima rodó por su mejilla. Apretó la mandíbula y su puño a la par cuando el recuerdo de su pequeño ángel se le atravesó en la memoria.

Por primera vez agradeció el intenso parloteo de sus hijastras, eso la permitía guardar de nuevo ese inmenso dolor ahí donde nadie podía alcanzarlo para lastimarla. Pero el destino parecía querer golpearla un poco más, pues justo en el instante en que el coche retomó su camino, el padre del niño se giró a hablarle a una criada. Collette lo reconoció.

Se encontraba al otro lado de la calle, pero ella no tuvo dudas: jamás olvidaría esos intensos ojos azules, ni esos rasgos que conocía como si fuesen suyos. El caballero de pelo dorado levantó la mirada al oír el relinchar de un caballo, y sus miradas se encontraron; la de ella ya no pudo contener el dolor y se agitó de inmediato, al punto de no pasar desapercibido para sus hijastras, que callaron y la vieron sollozar.

—¿Le sucede algo, madre? —preguntó Monique, la mayor de las hermanas, con preocupación.

A pesar de que no sentía amor por el vizconde, Collette sí mantenía una muy buena relación con las hijas de este. Negó con la cabeza y aceptó de buena manera el pañuelo que le tendía Giorgiana.

—Debe estar emocionada por la boda —ironizó lord Lyngate, pero solo su esposa lo entendió.

Collette levantó la mirada, con rabia y dolor, y siseó:

—Desacertado, como siempre, *querido* —enfaticó la última palabra con toda la rabia que parecía destilar su corazón como si fuese el causante de su llanto—. Aunque me siento feliz por los novios, lo que me ha generado el llanto fue ver a un pequeño que jugaba con su niñera en el parque. Me ha recordado a Oliver.

Mintió a medias. Todos callaron y la estúpida sonrisa del vizconde se borró por completo. Se sentía herido por la infidelidad de su esposa, pero comprendía el dolor que ella experimentaba, porque lo compartía, además de una profunda culpa. Las dos muchachas bajaron la mirada y Giorgiana apretó la mano de su madrastra para infundirle apoyo. El hijo varón del matrimonio había partido de manera prematura y dejó en la familia una profunda herida.

Collette volvió a mirar hacia el lugar donde seguía de pie el caballero y sintió que se ahogaba. Todos los sentimientos que guardó por tantos años escaparon de repente y no los pudo contener. De todas las personas que podía encontrar ese día tan crucial, debía ser él.

Unos dolorosos recuerdos regresaron a su mente como si los hubiese vivido el día anterior, aunque en verdad habían pasado doce años de aquella tarde en que todo su mundo se desmoronó. Cerró los ojos y revivió la escena, tanto que un escalofrío le recorrió la espalda.



Reading, 1805

A Collette no le importó que la fría lluvia de otoño mojase su blanca piel mientras todo su cuerpo convulsionaba en un agónico llanto. Se abrazó a sí misma y observó por quinta vez el camino por el que incontables veces vio llegar a lord William Wembley, su prometido desde que nació.

Ella era la única hija de los condes de Dorset y fue testigo de las constantes riñas y enfrentamientos entre su familia y la de las tierras vecinas, la de lord Arthur Wembley, marqués de Reading, por lo que tanto ella como William fueron una ofrenda de paz.

La mandíbula de la joven temblaba y su oscuro pelo se le pegaba al rostro, pues las ramas del sauce —bajo el cual se refugió— no la cubrían lo suficiente de la lluvia que parecía conmiserarse con ella y su corazón roto. Con la terrible noticia que recibió, ni siquiera pensó en llevar su bonete, mucho menos un paraguas, ella solo corrió hacia ese lugar donde pretendía encontrar consuelo.

No estaba segura de que el mozo de cuadra hubiese conseguido entregar el mensaje a su prometido, pero estaba decidida a esperarlo frente a la antigua cabaña que para ellos se convirtió en un lugar sagrado, lleno de aventuras y secretos; testigo de innumerables confesiones, donde vivió el viejo guarda. Estaba alejada de ambas residencias solariegas, aunque aún en las tierras de los condes de Dorset, por lo que resultaba perfecto para sus encuentros clandestinos.

El cielo plomizo parecía tan furioso como lo estaba ella, por cómo movía las ramas de los árboles que rodeaban la precaria construcción. Collette sentía que sus piernas no soportarían

mucho más. Estaba fatigada por haber corrido tanto, a causa de no haber esperado a que le preparasen su montura y por el desahucio que se apoderó de ella al escuchar la discusión de sus padres.

El relinchar de un caballo hizo que levantara la cabeza y buscara el origen del sonido, aunque su vista estuviese borrosa y cansada. Conocía a ese animal, lo conocía porque sobre sus lomos aprendió a montar, pues su dueño fue el poseedor de todas sus primeras veces y porque su corazón latía tan rápido que parecía a punto de salir de su pecho para encontrarse con el de él.

William se apeó del caballo zaino y se apresuró a cubrir a la joven con su levita; no se salvó mucho de la lluvia, pero estaba menos mojada que el vestido de paseo de la joven.

—¡Estás helada, Collette! —exclamó el caballero, y la rodeó con los brazos. Ella se hundió en su pecho y empezó a sollozar aún más fuerte mientras apretaba entre los puños la blanca camisa de su acompañante—. Estoy aquí, ya no llores.

Él reposó sus fríos labios en la mojada cabeza de ella y la apretó. Aunque la lluvia lo hizo su presa, los ojos rojos demostraban que él también estuvo llorando, y que seguía haciéndolo, a pesar de que se veía más fuerte.

—¡No entiendo cómo puedes estar tan calmado con la terrible noticia! —reclamó la joven, levantando el rostro hacia el hombre que la acunaba.

Sus miradas se encontraron y ni siquiera el aullido del viento pudo interrumpir los recuerdos que ambos evocaron al estar de nuevo en ese lugar, después de una noche tan apasionada como la que tuvieron unos días antes. Ella había cumplido dieciocho años y en unos pocos meses ambos sellarían esa unión que terminaría con la larga disputa entre las dos familias.

La pareja acostumbraba a bromear al respecto diciendo que eran la versión mejorada de Romeo y Julieta y que por fin esa historia tendría un final feliz, como debió haberlo tenido. William había encontrado el libro de Shakespeare en la biblioteca de su casa y lo tomó prestado para leerle a Collette cuando tenían apenas dieciséis y quince años.

—¡No pueden hacernos esto! —se quejó la joven, y se aferró al cuerpo de su amado como si el viento pudiese separarlos—. ¡No pueden hacernos vivir como prometidos durante toda la vida para luego separarnos! No comprendo que el odio pueda más que nuestra felicidad. Ni siquiera sabemos si lo que dijo el criado es verdad —acotó, como intentando convencerse a sí misma—. Podría tratarse de una simple estratagema de mi padre para evitar cumplir su palabra.

El silencio de William debió ser una señal para Collette, pero ella estaba tan inmersa en su perorata que no se percató de que él la alejaba con lentitud para poder mirarla a los ojos. Ella asumió de inmediato que él estaba enterado de lo sucedido, ya que su madre le dijo que la cuestión se discutiría entre el conde y el marqués.

No había trascendido el nombre de la dama con la que William se uniría, pero Collette se negaba por completo a casarse con ese vizconde viudo que le asignaron. No era un hombre de mal ver, pero tenía la edad para ser su padre.

—Podríamos fugarnos —sugirió ella, con la mirada perdida en sus manos desnudas y pálidas—. Tengo unas joyas que podríamos vender en Breton Street y...

—Collette... —llamó William con la voz quebrada. Ella se detuvo al sentir las fuertes manos apretándole los hombros—. Debemos aceptar la decisión de nuestros padres. —Su labio le tembló y acarició con los trémulos dedos la fina tez del rostro incrédulo de la joven.

—¿Es una broma? Debe serlo, porque no puedo creer que me estés arrojando a los brazos de otro hombre por cobardía —espetó ella con dolor.

William la estrechó de nuevo entre sus brazos y olió el dulce aroma del jabón que la doncella

de su prometida usaba para lavarle el pelo y que parecía más intenso cuando estaba mojado. La besó en la cúspide de su cabeza y susurró un «Lo siento», que sonó más miserable de lo que esperaba.

La joven se aferró a él y recordó la sensación de esos brazos protegiendo su cuerpo desnudo después de haber hecho el amor por primera vez. Le dolía tanto el corazón que sintió que no tenía fuerzas para seguir llorando. Habían estado tan seguros de que serían el uno para el otro que decidieron no esperar la noche de bodas, porque de todas formas se casarían en unos meses. Pero ahora esa idea se volvía cada vez más borrosa.

—No llores más, Collette —pidió William, y le limpió las lágrimas de sus mejillas.

—Huyamos, por favor. Nadie nos encontrará, te lo prometo.

El muchacho sabía que eso era imposible por los contactos que tenía su padre en todo el territorio. Ni siquiera llegarían al próximo condado sin que fuesen atrapados y devueltos a sus respectivas familias. Solo rogaba para que ella no lo olvidase con los años y que el destino fuese benevolente con ellos y les diese una segunda oportunidad.

Sin decir una palabra, la condujo lentamente al interior de la cabaña. Ella pensó que había recapacitado y que la elegiría a ella antes que a una completa desconocida; pero al sentir el frío de su ausencia cuando la dejó para volver sobre sus pasos y dirigirse a su caballo, entendió que no lucharía por ellos.

Se detuvo a medio camino y se giró a mirarla por última vez, antes de dar un golpe final con las siguientes palabras:

—Es mi deber cumplir con lo que me pide mi familia. Deberías ser más sensata y hacer lo mismo. —Y se alejó con determinación.

—¡Eres un cobarde, William! —exclamó Collette, con un inmenso dolor en el pecho. Abandonó de nuevo el cobijo de la cabaña que ahora le parecía extraña y sintió de nuevo las gotas sobre su cuerpo—. Pensé que me amabas de verdad, que todos los años que vivimos juntos, que fuimos amigos y amantes, eran importantes para los dos, pero al parecer estaba equivocada y solo yo había apostado al amor.

Él se detuvo un momento frente al animal y apretó con furia las riendas, aunque ella no lo notó.

—¿Acaso has olvidado todo lo que habíamos planeado vivir juntos? ¿Has olvidado que nací para ser tuya?

La joven se abrazó de nuevo, pero él no se giró a mirarla. No podía, porque estaba seguro de que si la veía suplicando echaría todo a perder. Lo estaba haciendo por ella, aunque ahora no lo comprendiese, aunque su corazón quedase tan deshecho como el de su amada.

—¡Eres un cobarde, William! ¡Te detesto tanto como te amé! —exclamó furiosa, con los ojos enrojecidos y tiritando de frío. Tenía los puños apretados y ya no le importaba su seguridad—. Si nos volvemos a encontrar, fingiré que no te conozco. ¡Te olvidaré!

La fuerza abandonó su débil cuerpo y cayó al suelo, con el golpe levemente amortiguado por la hierba que parecía una alfombra que rodeaba la cabaña. Cerró los ojos y el furioso repiqueteo de la lluvia sobre su rostro ya no la molestaba. Se colocó de costado y abrazó sus piernas mientras tarareaba una triste melodía y recordaba esos campos llenos de coloridas flores de la primavera pasada.

Corría como una cría y William la seguía junto con el perro que recogieron en un callejón de Londres. Ella caía sobre la hierba y giraba el rostro para verse reflejada en los ojos azules de su amado. En aquel momento se sentía la mujer más afortunada del mundo.

—¡Maldito acuerdo! —masculló entre sus temblorosos dientes—. ¡Desearía no haberme enamorado de él, maldita sea! Desearía que él nunca hubiese sido tan amable conmigo, que no se hubiese convertido en mi amigo, que ni siquiera me hubiese mirado cuando nos conocimos...

Con un gemido de dolor aceptó su derrota y pensó con ironía que al final Romeo y Julieta murieron por amor, juntos, porque no soportaban la idea de vivir sin el otro. Pero en ese momento solo ella estaba muriendo al tiempo que su amado la abandonaba para casarse con otra mujer.

William cabalgó a todo galope y con la mandíbula tan tensa que dolía. Azuzaba al zaino con furia y necesidad, pues, si iba a una velocidad normal, podría arrepentirse y volver a rescatarla de su miseria. Maldijo tantas veces que sus pensamientos estaban hechos un verdadero caos. Sus enrojecidos ojos denotaban lo mucho que le dolía imaginar que su amor pertenecería a otro hombre y que no volvería a sentir esos dulces labios posarse sobre los suyos.

Mientras tanto, Collette fue perdiendo el conocimiento, y lo último que oyó antes de desmayarse fue a un hombre llamarla y sentir que alguien la cargaba en brazos. Ella solo recordaba haber renegado de la pelea que había enfrentado a sus familias y el cruel acuerdo al que llegaron con ese compromiso entre descendientes que le rompió el corazón.

Vagos recuerdos del pasado, de cuando no era más que una niña curiosa y vivaracha que conocía a su vecino mientras fisgoneaba en la cabaña del guarda, la acompañaron en su inconsciencia, en ese doloroso sentimiento de pérdida que experimentaba al tiempo que oía el murmullo lejano de voces varoniles y el traqueteo de un caballo que la conducía hacia algún lugar.





CAPÍTULO 1

Londres, 1817

Lord William Wembley llegó a Bloomerg House, su residencia en Londres, en compañía de Patrick, su hijo, y la niñera Taylor, que cuidaba de este desde que nació. Se dirigió de inmediato a su despacho y abrió el cajón de su escritorio, sacó un papel doblado y lo observó, pensativo. Estaba seguro de que sus ojos no estaban equivocados, que fue a Collette a la que vio en ese carruaje cuando paseaban.

El corazón le latía tan fuerte que temía le perforase el pecho. Regresó a Londres después de tantos años para buscarla, a ella, su antiguo amor, pero no esperaba verla tan pronto y sin advertirle a su lastimado corazón que tuviese cuidado.

Desdobló la carta como si la fuese a leer, pero la volvió a doblar y la guardó.

Era la única que le quedaba y la atesoraba cual joya. Le recordaba que lo que vivió con Collette en el pasado fue real.

—Solo espero que no me hayas olvidado —susurró al papel, como si se lo estuviese diciendo a ella—. Espero que comprendas mis motivos para abandonarte y me perdones. No sé ni cómo ni cuándo, pero tendrás que escucharme. Me niego a perderte para siempre.

Observó el retrato de su difunta esposa, que colgaba de una de las paredes de su despacho, desde donde parecía mirarlo altiva, y un escalofrío le recorrió la espalda. Incluso una pintura le provocaba ese sentimiento de frustración, de miseria. Pasó un año de su muerte, pero todavía sentía el fantasma de su presencia cada vez que pensaba en su felicidad. Un año durante el cual pensó en las muchas formas en lo que podría resultar su plan, mientras respetaba el luto por Anne.

Su primer encuentro fue una jugada del destino a su favor, pero no podía conformarse con aguardar a topársela por algún rincón de Londres, debía crear situaciones, encuentros para llevar a cabo su plan. Debía averiguar si su amor tenía una segunda oportunidad.

Tocó la campanilla del mayordomo, y este no tardó en atravesar la estancia para recibir las órdenes de su patrón.

—Necesito que busques a Russel y le digas que venga a mi despacho —comunicó el marqués, con el semblante muy serio.

El mencionado era el criado de mayor confianza y solo podía pensar en él para que siguiera los pasos de Collette sin levantar sospechas. No quería asustarla, solo saber qué era de su vida y si era feliz.

—Lo haré de inmediato, su señoría. Con su permiso —se despidió el sirviente, y se perdió tras la puerta.

William necesitaba conocer el presente de Collette, la situación de su matrimonio y si cabía la posibilidad de recuperarla alguna vez, aunque tuviesen que esperar años.

Cerró los ojos y recordó el dolor en su rostro, a la forma en que se aferró a él para que no la abandonase y en lo mucho que dolió el tener que hacerlo. Vagó como alma en pena por los

señoríos de su padre por días, apenas comiendo para no morir; porque incluso al borde de la muerte, pensaba en que el destino no podía ser tan cruel en no permitirles ser felices.

Levantó la mirada hacia el retrato de su esposa y apretó el puño al recordar que Collette lo hubiese perdonado de casarse con cualquier otra mujer, pero tuvo que ser ella, a la que su prometida detestaba. Tampoco podía olvidar la infelicidad con la que tuvo que vivir todos esos años al lado de una mujer a la que consideraba casi una extraña y a la que no le permitió entrar en su corazón.

Creció creyendo que se casaría con Collette. Hizo planes con su mejor amiga y solo con ella quería llevarlos a cabo. Quería ser feliz con la única mujer que amó y hacerla feliz, aunque sea unos años más tarde de lo planeado.



A su vez y pensando en la humillación que recaería sobre toda la familia del vizconde si los demás invitados veían a Collette con esa miserable apariencia, la elección más sensata fue regresar a Lyngate House y enviar una dispensa a los novios. Aunque el duque de Devon fue siempre muy discreto con sus aventuras y pocos sabían la verdad sobre la relación con la esposa de lord Lyngate, no tardarían en sacar sus conclusiones ante tal situación.

—Dejadme sola, por favor —pidió Collette una vez dentro de sus aposentos.

Monique y Giorgiana asintieron e intercambiaron una mirada de preocupación. Los años pasaron y su madrastra, aunque aparentaba una fortaleza admirable, seguía rota por la temprana muerte de su único hijo biológico y heredero del título de vizconde a la edad de cinco años.

—Toque la campanilla si desea que una de las doncellas la asista —se apresuró a decir Monique, que era la más cercana a la vizcondesa—. O si desea que regresemos para hacerle compañía...

Collette se sorbió la nariz y negó con la cabeza mientras mantenía la mirada baja y acariciaba su vientre plano. Las tres damas oyeron el portazo que dio el vizconde al entrar a su despacho para beber, pero lo ignoraron.

—¿Desea que le acerquemos algo antes de marcharnos? —quiso saber Giorgiana al tiempo que barría la estancia con la mirada.

La muchacha lo preguntó por amabilidad, pero no esperó una respuesta, así que se sorprendió cuando su madrastra asintió y señaló una caja de madera tallada que reposaba en el tocador y que parecía ajena al correr del tiempo, manteniendo su lustroso brillo.

—Gracias —pronunció la vizcondesa, y las dos muchachas se despidieron.

Collette acarició la irregular superficie y, después de un doloroso suspiro, abrió el objeto para encontrar en su interior un pequeño retrato, un sonajero de plata y un gorrito adornado con encajes. Los colocó con cuidado sobre la cama y los acarició como si se tratase de su dueño. Cogió el gorrito y lo acercó a su nariz, como esperando que aún mantuviese el olor de su pelo, pero solo un seco aroma a madera pulida la devolvió a la realidad.

—Debí cuidarte mejor, mi pequeño —susurró con dolor y con voz ahogada. Apretó la prenda con el puño y la llevó donde latía intranquilo su corazón—. Has sido lo único bueno que me ha regalado la vida después de tanto sufrimiento. Y te has llevado los pedazos de mi corazón con tu partida. —Sollozó y ni siquiera se preocupó por limpiarse las lágrimas que caían a borbotones

por su pálido y hermoso rostro.

Imaginó tantas veces el futuro de su hijo, al que pretendía educar para que nunca se casase por simple compromiso o que lastimase el corazón de una dama, pero la vida se empecinó en sacarle todo lo que consideraba valioso. Una tarde de verano todos esos sueños se hicieron añicos con la muerte del pequeño Oliver Huxley.

Colocó de nuevo todos los objetos dentro de la caja y, antes de cerrarla, se percató del ramillete seco de lilas y una roca negra que había olvidado ahí dentro hacía muchos años. Las sacó con sus dedos temblorosos y recordó el momento en que sus ojos se encontraron con aquellos que no esperaba volver a ver en esa vida. Estaba segura de que era él y que, por más que lo quisiese, no podía esconder los sentimientos que aún la atormentaban al pensar en su pasado.

Sonrió, aunque con inmenso dolor, y acarició la pequeña roca entre sus dedos. Con la mano libre cogió el ramillete y lo olió, también esperando que mantuviesen su dulce aroma y que este la remontara años atrás, cuando lo conoció. Nadie más que ella entendería el significado de esos dos objetos, así que esa vez se pudo apreciar cierta malicia en la comisura de sus labios al momento en que una retahíla de recuerdos afloró en su mente, todos ellos de un pasado lejano que se esmeró en sepultar para que ya no dolieran.





CAPÍTULO 2

Reading, 1798

Como no tenía hermanos, Collette, con sus escasos once años, solo podía jugar sola o con su doncella por el jardín de Cliveden Manor o por las verdes praderas, las cuales le advirtieron que no visitara. Su madre le contó una historia sobre unas bestias que se llevaban a las niñas que vagaban solas por el campo; sin embargo, ella se negaba a creer a ciegas esa explicación. Su carácter curioso y obstinado la llevaron a desobedecer a su progenitora y a aventurarse por el terreno desconocido.

En su vocabulario reinaba el «¿Por qué?», lo que a veces les generaba preocupación a sus padres. Y si bien no la reprendían, le recordaban que debía contenerse con los demás. Los condes solo se preguntaban de dónde nacía tanta curiosidad y en qué problemas la meterían.

Se aseguró de dejar una hilera de pequeñas rocas para que la guiasen de regreso a casa hasta aprender el camino, y se pertrechó con una bolsa con panes recién horneados y jamón que robó de la cocina, junto con una botella de leche recién ordeñada, por si debía dejar una ofrenda a la dichosa criatura.

Esperaba encontrar un páramo desolado y tétrico, pero no lo que se alzaba frente a sus ojos: una cabaña de madera y techo de paja, con un hilo de humo saliendo por la chimenea. Se escondió detrás de unos arbustos y observó si salía alguien de ella, porque adentro escuchaba el silbido de una tetera y el tarareo de un hombre.

Temblaba de miedo, aunque se encontraba lo bastante lejos como para que el ocupante de la cabaña no notase su presencia. No podía tardar mucho ya que aprovechó que Mildred, su doncella de ascendencia alemana, aceptó un encargo de la señora Tilly, la cocinera, y estaba segura de que no dudaría un segundo en acudir a los condes si se percataba de su ausencia.

Casi se le detiene el corazón al oír el crujir de una rama a sus espaldas. Unas aves que debían estar reposando en el árbol que la cobijaba saltaron en vuelo, y ella llevó una mano para cubrir su boca y así ahogar un gemido de espanto.

—¿Por qué se esconde? —susurró un niño de rizos rubios y ojos azules que no debía ser mayor que ella, el cual alternaba la mirada entre la niña y la cabaña.

—Shhh —dijo ella, y se llevó un dedo a la boca—, que nos oirá.

El niño frunció el ceño y la observó.

—¿El viejo Norris? —preguntó mientras señalaba la cabaña con su resortera—. Tonterías. Cuando corta leñas y tararea esa melodía, se pierde en sus pensamientos; no se percataría de nuestra presencia aunque estuviésemos detrás de él.

En ese momento, Collette se percató de lo que el niño de rostro amable cargaba en una mano: unas pequeñas rocas, idénticas a las que ella dejó como guía para regresar a casa.

—Esas... —balbuceó—. Esas rocas... —Señaló con un dedo.

—Ah, ¿estas? —El niño extendió la mano y se las enseñó—. Las he recogido de camino aquí. Las uso para...

La niña se sobresaltó y miró a su alrededor, casi con pánico. Sabía que su desobediencia tendría consecuencias, y lo estaba comprobando.

—¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho? ¡Las he dejado para encontrar el camino de regreso a casa! —exclamó entre molesta y preocupada.

El niño se tensó, pero después de ponerlas en una bolsa que colgaba de su muñeca, cogió a Collette de los antebrazos e hizo que lo mirara a los ojos.

—Las recojo para practicar mi puntería con esto. —Levantó una rama con forma de Y que en cuyos extremos tenía atado un elástico—. Tranquila, la ayudaré a regresar —expresó muy serio—. ¿Cuál es su nombre? El mío es William, y mi casa queda del otro lado. —Señaló el lugar, y a ella le llamó la atención.

Si vivía del otro lado de las cercas, significaba que era pariente de sus vecinos, aquellos que siempre ponían de mal humor a su padre. Ella no entendía por qué, pero su madre siempre la miraba con pena cuando tenían algún enfrentamiento con ellos. Le decía que ella pondría fin a esas peleas y que debía ser muy fuerte.

—¿Y por qué está de este lado de las cercas? —preguntó la niña, con una ceja levantada. No pudo evitar pronunciar su constante «por qué», y fue el primero de tantos.

—Visito al viejo Norris —respondió encogiéndose de hombros.

Collette asintió. Nadie le dijo que ese niño era su prometido, por lo que solo lo vio con curiosidad, con interés, porque ella no tenía amigos.

—Mi nombre es Collette, lady Collette Monteaux, hija del conde de Dorset —respondió la niña, y le pasó una mano enguantada, que su acompañante estrechó. Era evidente que aún no le enseñaban cómo debía saludar a una dama (aunque se tratase de una de once años), pero ella lo pasó por alto—. Y estas son las tierras de mi familia.

El niño sonrió con sinceridad y amabilidad, como lo haría con un amigo, aunque después se sintió algo avergonzado. Ella lucía muy intimidante.

—¿Conoce al dueño de esa cabaña? —preguntó la pequeña dama, y señaló hacia la misma.

William asintió con efusividad.

—Es la casa del señor Norris, vuestro guarda —respondió él, y se cruzó de brazos—. Pensé que lo sabría.

Ahora la que parecía avergonzada era ella, pero irguió la espalda y puso un rostro solemne. Lo que ella desconocía era que ese tal señor Norris era el guarda de Cliveden Manor y que vivía en la cabaña desde que llegó a Reading —varias décadas atrás— para casarse con la que fue la anterior ama de llaves de los condes.

—No tengo permitido venir a esta zona de la propiedad —reconoció Collette.

—¿Ha escapado y por eso es que no la acompaña su doncella? —indagó el niño, y levantó una ceja—. Mis padres no permiten que mis hermanas salgan sin las suyas. Supongo que usted debe tener una.

Collette asintió y su expresión denotaba culpabilidad. Evitó la mirada de su acompañante.

—Quería saber por qué me prohibían venir a este lugar y si es cierto que hay una criatura que se lleva a los niños que andan solos —contestó la niña, y mordió su labio inferior—. Mi doncella teme demasiado a mis padres como para desobedecer sus órdenes.

El niño se echó a reír, pero fue interrumpido por el crujir de una puerta que se abría. Collette se sobresaltó y estuvo a punto de echar a correr, solo que William la detuvo.

—Jamás he visto a tal criatura, y el señor Norris no es peligroso —afirmó el niño, que sacudió su corto pelo con una mano—. Él... me ha salvado hace poco —añadió, y notó la curiosidad en la mirada de su acompañante.

—¿Lo ha salvado, dice? —quiso saber Collette.

—Hace dos semanas cumplí doce años, y mi padre, el marqués, me regaló un caballo zaino demasiado grande para mí —comentó, y frunció la nariz—. Él insistió en que debía aprender a montarlo cuanto antes, porque eso era lo que se esperaba de un futuro marqués, y yo obedecí. El caballo era dócil, pero no me había advertido de que podía perder esa tranquilidad con un pequeño susto.

Collette llevó ambas manos a la boca y ahogó un gemido.

—Pedí ayuda a gritos, pero el animal corría demasiado rápido como para que los mozos de cuadra lo alcanzasen. Pensé que moriría, pero en ese momento, alguien me alcanzó montado en otro caballo y cogió las riendas, hasta que logró calmar al mío.

—El señor Norris —afirmó Collette como si la respuesta fuese obvia, y William asintió.

—¡Es un excelente jinete! Desde ese acontecimiento, lo visito a diario para aprender a montar. También es muy conversador —acotó el niño, y señaló con el objeto que tenía en la mano hacia donde el hombre se encontraba—. ¿Desea conocerlo?

Collette se mordió el labio inferior y lo sopesó por un instante. Asintió. Si salvó a un desconocido, no debía ser una mala persona. Entonces sostuvo con mayor fuerza su canasta y avanzó.

—¿Por qué no? —respondió.

Así la hija del conde de Dorset conoció al hijo de su peor enemigo, la otra pieza con la que ella debería encajar en el futuro para terminar con la disputa por las tierras que llevaban desde antaño enfrentando ambas familias. Un compromiso que ambos niños desconocían y que en ese momento se veía muy lejano.

—Señor Norris —llamó William, pero el hombre seguía cortando unas ramas secas y las arrojaba en una canasta—. ¡Señor Norris!

El hombre canoso se giró y se sorprendió al ver a una pequeña dama acompañando a su joven amigo. Aunque no oía bien de un lado, sí tenía una vista muy privilegiada, y supo de inmediato quién era. La niña era el vivo retrato de su madre, lady Dorset, una dama cuya belleza no se podía ignorar.

—¿Se ha extraviado, milady? ¿Ha venido sin vuestra doncella? —preguntó con amabilidad, y le cogió la mano para darle un beso sobre el guante de encaje. Ella se debatía entre asentir o negar, pero terminó por hacer lo primero—. Espero que la haya saludado correctamente, milord —acotó después de erguirse de nuevo.

Collette elevó un poco el mentón hacia su joven acompañante, como reclamándole alguna falta. El muchacho se sonrojó, y esa tez tan pálida no ayudaba a disimularlo.

—Cuando saluda a una dama, debe hacerlo correctamente, como lo he hecho yo —aconsejó, y el niño asintió—. Debe ser siempre un caballero. Un marqués tendrá muchos bailes a los que asistir, muchas damas a quienes saludar, y debe estar a la altura.

La niña oyó el consejo del viejo y se preguntó si ella también acudiría a tales bailes cuando tuviese la edad requerida y si debía comportarse de alguna manera especial. Su institutriz insistía en que debía prestar mucha atención a sus clases de Pianoforte y Francés, como también en las de Etiqueta Social; le recordaba que debía convertirse en una brillante joya para enaltecer a su familia.

William atendía con mucho interés todo lo que salía de la boca del viejo y parecía anotar en su mente. Aunque era muy joven, parecía un pequeño adulto por la seriedad con la que siempre se comportaba. Tenía una sonrisa que podía iluminar los días más oscuros pero la tranquilidad de un agua mansa.

—¡Pero si tenemos hasta bocadillos para acompañar el té! —mencionó el señor Norris al notar lo que la pequeña dama atesoraba entre sus brazos. Ella asintió con una leve sonrisa y se la tendió—. ¿Le apetece acompañarnos, milady?

Esa fue la primera tarde que Collette estuvo en la cabaña del viejo Norris, la cual se convertiría luego en un lugar especial. Fue la primera vez que ella tuvo un secreto y un amigo de su edad. Eso le gustaba.

—Por supuesto —pronunció, a pesar del miedo que le recorría las venas al pensar en lo que sucedería una vez se enteraran de que no estaba en casa. Ya se le ocurriría alguna argucia. Le encantaba la idea de fisgonear lo que pudiera haber en el interior de esa cabaña.

—Después de usted —indicó el guarda, y le señaló la entrada con una mano.

El anciano debía rondar los setenta años, y era evidente, por los objetos que decoraban el interior de la cabaña, que alguna vez allí vivió una mujer. Collette lo estudió por un momento mientras este preparaba el té o daba algunas vueltas buscando algo; no parecía peligroso. Antes que sentir temor, la niña solo avivó aún más su curiosidad por todo lo que la rodeaba en ese lugar, sedienta de historias que llenaran esos vacíos que le conferían su permanente soledad.

William se sintió de igual manera, embargado por una extraña sensación de familiaridad con esa niña a la que acababa de conocer. Tal vez porque tenían casi la misma edad, o porque ella irradiaba un brillo especial, pero deseaba ser su amigo.





CAPÍTULO 3

Londres, 1817

Al día siguiente, la vizcondesa se convenció de que su mente le jugó una mala pasada y que debió imaginar que su pasado estaba de regreso. Se reprendió por haberse quebrado de esa manera frente a toda su familia y decidió que no permitiría que volviese a suceder.

Vestida con su traje de montar, atravesó el salón y se dirigió hacia las caballerizas. Su esposo estaba ausente —como de costumbre para entonces—, y a ella le apetecía un poco del aire otoñal para aclarar sus sentimientos. El mozo de cuadra y un palafrenero la ayudaron con su montura y un vago recuerdo de su niñez volvió a su mente. Acarició la crin del bello zaino gris y no tardó en montarlo para salir a las calles de Londres y dar un último paseo antes de partir hacia Reading, donde la familia planeaba pasar todo el invierno.

Collette cabalgó con calma por Hyde Park, sin doncella ni dama de compañía, lo que ya no sorprendía a muchos, pues su carácter rebelde era la comidilla desde que su pequeño murió y ella se negó a continuar siendo la esposa sumisa en la que se convirtió cuando se resignó a ser la vizcondesa de Lyngate. Azuzó al animal, y este aceleró un poco su paso, aunque no tanto como para que ella no notara la presencia de lady Rose Astor, marquesa de Surrey y antigua amiga de la escuela de señoritas, en un carruaje que circulaba por la concurrida calle.

La dama en cuestión se apresuró a saludarla y pidió al cochero que se detuviese de inmediato. Se apeó del carruaje y dos niños de unos diez años sacaron sus pelirrojas cabezas por la ventanilla.

—Creí que ya os habíais marchado para Surrey —mencionó Collette, a la par que su amiga le daba un apretón en el antebrazo.

—Y yo creí que te veríamos en la boda del duque de Devon —repuso la perspicaz dama, y le guiñó un ojo. La vizcondesa suspiró y frunció la nariz, pero no respondió—. ¿Duele? —preguntó la marquesa a su amiga, y esta meneó la cabeza con incertidumbre.

—En realidad, no hemos asistido por otro motivo —dijo al fin, después de considerarlo por un momento—. No negaré que perder a Charles me ha supuesto una gran pena, pero estoy feliz por él; merece vivir un amor de verdad, de esos que te queman el alma.

La marquesa se giró a regañar a los gemelos al oír que discutían por algo y no la dejaban conversar. La niñera que los acompañaba se apresuró a poner orden y a disculparse con su ama.

—Como el que tú has sentido por... —Estuvo a punto de mencionar el nombre prohibido.

—No lo menciones, por favor —espetó lady Lyngate. Llevó una mano a su sien y la masajeó con suavidad. Cerró los ojos por un momento y recordó aquellos ojos azules que creyó jamás volvería a ver—, que no deseo recordarlo; no ahora —susurró.

—¿No ahora? —inquirió lady Rose, y elevó una ceja con picardía—. ¿Acaso lo has vuelto a ver? Supuse que era cuestión de tiempo —añadió, y asintió con sutileza para sí—. Raymond me ha dicho que regresó a Londres para asentarse. Me dirigía a tu casa para comentártelo.

La marquesa se mordió el labio inferior y buscó en su amiga algún indicio que le dijera que ya lo sabía. Su silencio y el rubor en sus mejillas fueron suficiente como respuesta. Collette asintió de manera casi imperceptible y apretó las riendas de su caballo, el cual se mantenía

tranquilo aunque atento.

—Ojalá no lo hubiese visto, ojalá hubiésemos ido por otro camino —expresó lady Lyngate, con cierta frustración en la voz—. Hasta prefería ver a Charles entregarle su vida a su nueva esposa, verlo tan feliz que doliese, pero todo era mejor opción que abrir una herida que creía curada.

—¿Y qué piensas hacer? —quiso saber la marquesa, antes de girarse de nuevo a increpar a sus retoños.

—Seguir como estamos, querida. Él tiene su familia y yo a la mía. No deseo generarme falsas esperanzas, así que es mejor tomar distancia —respondió con pesar.

—¿Continúas amándolo? —preguntó su insistente amiga, a lo que Collette no respondió.

No fue necesaria una respuesta porque el gesto de la vizcondesa al divisar a los caballeros que se acercaban a caballo fue suficiente. Esta se tensó por completo y sintió que su alma se escapaba, o como si su corazón hubiese dejado de latir. Desvió la mirada con la esperanza de que no la reconocieran, pero un gato blanco saltó del carruaje de lady Rose y detrás de él la desesperada niñera, que intentó capturarlo. El caballo de Collette se asustó y empezó a dar unos brincos peligrosos, pero ella sabía lo que debía hacer. No obstante, fue suficiente como para que los caballeros reparasen en lo acontecido y se apresuraran a ofrecer su ayuda.

—¡Cuidado, Collette! —chilló la marquesa de Surrey, llevando ambas manos a la boca.

La dama también reconoció al caballero que se apresuró hacia ellas, y no sabía qué de las dos cosas era más peligrosa para su amiga: volver a ver a su antiguo amor o caer de su montura.

El caballero se detuvo de inmediato y observó patidifuso a la dama que logró controlar al equino con admirable maestría, y sus ojos se cristalizaron. Era imposible no recordar esa técnica. Estuvo a punto de retomar sus pasos hacia ellas, pero Collette se giró con el caballo ya calmado y lo observó desde arriba con una mirada de advertencia.

—De las pocas cosas que agradezco de mi pasado es el haber tenido un buen maestro de equitación —pronunció con cierta ironía—. Es lo único que no he olvidado.

El marqués de Reading decidió avanzar hacia ella, pero lady Lyngate no estaba preparada para enfrentarlo, no aún, así que se despidió de lady Rose con un «Nos vemos luego» y azuzó al animal de regreso a su casa.

Mientras galopaba por Kensington, apretó las riendas de su caballo y sintió que su corazón volvía a latir a la par que tomaba grandes bocanadas de aire. Ni siquiera le dirigió la palabra, pero consideró que era lo mejor.

No lo imaginó, sus ojos no la engañaron, mucho menos su corazón: era su antiguo prometido. Cuando llegó a Lyngate House y se apeó del animal, le acarició la crin y unos dulces recuerdos volvieron a su mente.





CAPÍTULO 4

Reading, 1799

—¡Debes coger con fuerza las riendas, Collette! —exclamó William, con el rostro aterrado al ver que el caballo se inquietaba más de lo normal con su amiga en lomos. Era el segundo día en que le enseñaba a montar y ella carecía de la experiencia para tranquilizar al animal.

—¡Voy a morir por culpa tuya, William! —reclamó la niña de doce años, cuyo peinado se deshizo y parecía una maraña con el movimiento—. ¡¿Por qué te hice caso?!

Llevaban un año encontrándose en secreto en la cabaña del viejo Norris, bajo la atenta mirada de este y de la doncella. Para aquel entonces, ella conocía la triste historia familiar del viejo guarda, había recibido respuestas a una sarta de porqués y acordó tutearse con William. Encontraba en esas dos personas la libertad de ser solo una niña que deseaba ser feliz sin todo el protocolo y restricciones que le imponían el ser una dama.

También se cumplía un año en que la condesa se enteró del encuentro entre los niños, pues Collette no tuvo de otra que pedirle al viejo Norris que la devolviese a casa. Lady Dorset se enfadó con su hija al punto de castigarla por su desobediencia, pero convino que era mejor hablar con ambos cuanto antes, ya que un día se enterarían del compromiso. No obstante, les recordó que faltaba mucho para que ese acuerdo se formalizara.

La hija del conde de Dorset supo que su destino estaba unido al niño que le enseñó lo que era la amabilidad y no se sintió abrumada, como llegaron a creer. Collette no era de las que aceptaba de buenas lo que se le imponía, así que esa era la primera vez que no objetaba la decisión de los mayores ni hacía preguntas al respecto; tal vez por su inocencia o por temor a lo que podría significar, o simplemente, porque se trataba de su nuevo amigo.

Aunque recibió la advertencia de que debían mantener las distancias propias entre una dama y un caballero y que debía cuidar al máximo su reputación, la niña decidió que no dejaría de encontrarse con su amigo, que lo harían en secreto. Lejos de que tal noticia los incomodase, hizo que se volviesen aún más cercanos.

—No morirá si aprende a sostener con fuerza las riendas, milady —aconsejó el señor Norris, acercándose al furioso zaino con ambas manos levantadas para tranquilizarlo—. *Soo!*

El animal relinchó dos veces y sus movimientos bruscos acabaron.

—Buen chico, Titán, buen chico —alabó el muchacho.

William aún recordaba aquel acontecimiento similar en el que el viejo Norris lo salvó, pero se había convertido en un excelente jinete, y quién mejor para enseñarle a montar a su amiga. Ella se opuso al principio, pero terminó por ceder ante su insistencia. Solo tuvo que demostrarle que no se daría por vencida y, aunque no se lo dijo, él la admiraba por ser tan temeraria.

El hijo del marqués de Reading tenía amigos de su edad y era muy popular entre ellos, sin embargo, disfrutaba de una manera especial sus momentos en la cabaña del guarda, junto a las dos personas con las que solo era él y no el heredero del un señorío como el de su padre.

—¡Pensé que moriría! —exclamó la niña mientras el señor Norris la ayudaba a apearse del animal. Al notar las miradas de ambos caballeros hacia su pelo, supuso que la muerte a manos de su padre, si se enteraba de eso, todavía era una opción—. Se me ha deshecho el peinado, ¿no es

así?

Ambos asintieron al mismo tiempo y notó que William estaba a punto de estallar en risas. Ella lo reprobó con la mirada, y este se recompuso de inmediato.

La doncella —que empezó a acompañar a su joven ama después de muchas reticencias y súplicas por parte de esta— se apresuró a salir de la cabaña con un paño húmedo y algunos utensilios para arreglarle el pelo. Le sugirió que la opción más acertada para acudir a la cabaña era una trenza a la didón, así que la sirvienta no tardó mucho en arreglar a su joven ama para que nadie en Cliveden Manor descubriese su ausencia, pues se suponía que solo iban a pasear por el bosque.

—Acompáñeme adentro, milady, la dejaré tal y como ha salido de casa —dijo la mujer, y la niña asintió no sin antes echar una rápida mirada al caballo, que en ese momento pastaba imperturbable.

La señorita Mildred aún no se acostumbraba a verla con atuendos de hombre. Ya que la niña no poseía un traje de montar, William le había regalado uno suyo sin estrenar para que ella pudiese aprender con comodidad. Según sus palabras: «Como lo hacen los caballeros y no las damas». Él nunca le negaba algo, y la sirvienta temía que eso incrementara su extremada confianza.

—No debería exponerse a tanto peligro, milady —susurró la doncella, con la mirada temerosa. Solo pensaba en lo que sucedería si los condes descubriesen que no solo les ocultaba las escapadas de la joven lady, sino que también estaba expuesta a un terrible peligro.

—Iba a aprender de todas formas, era solo cuestión de tiempo. No tema, señorita Mildred, que no me sucederá nada —afirmó la niña con total seguridad, como si confiara ciegamente en las dos personas que conversaban frente al equino.

—Milord es un excelente jinete, ciertamente —acotó la doncella, y Collette asintió.

—Ha aprendido rápido y apenas me lleva un año. Prometo que algún día seré tan buena como él montando —dijo la joven ama.

Cada vez se iba poniendo más hermosa, con aquella larga cabellera castaña y aquella tez pálida que dejaba entrever algunas pecas sobre su nariz. Su figura aún era la de una niña, pero se podía adivinar que, una vez que creciera, sería toda una belleza como su madre lo era.

—No quiero imaginar lo que dirán los condes si llegasen a enterarse, milady —expresó la preocupada joven—. Aunque lord William parece ser un buen muchacho, no debe olvidar que es hijo del enemigo —susurró la doncella muy cerca de Collette.

—Aquí no lo somos, señorita Mildred. En este lugar somos amigos, no los hijos de dos familias enemigas. Yo... no deseo sentir eso hacia William; me gusta jugar y reír con él, aprender a montar, a cazar aves para luego asarlas, escuchar las historias del viejo Norris. Un día nosotros... —Iba a decir que serían esposos.

—Solo me preocupo por usted, milady. No era mi intención incomodarla —se disculpó la doncella.

La niña sonrió con amabilidad y negó con la cabeza a modo de restar importancia a lo dicho por la sirvienta. No podía culparla por tener miedo si llevaba años oyendo las disputas de ambos bandos a pesar del compromiso.

—Debemos regresar antes de que mis padres vuelvan de Londres —advirtió la niña, y cogió sus pertenencias para entregárselas a la doncella.

William se acercó tirando de las riendas de Titán, que se veía manso como de costumbre. El viejo Norris le acarició el cuello, y el animal emitió un ligero relinchido.

—Recuerde siempre coger con fuerza las riendas, milady, y la palabra que le enseñé para detener al caballo —aconsejó el viejo mientras colocaba algunas hierbas en una canasta. Era usual en él repetirle sus enseñanzas antes de despedirse, como asegurándose.

—Verás que mañana te irá mejor —aseguró William, con total certeza—. Por lo menos aún no has caído del caballo.

«¿Aún?», pensó Collette, y sintió que se le erizaba la piel.

—No sé si podré venir mañana, ni al día siguiente —expresó la niña con cierto pesar.

La condesa le había dicho que irían a Londres para visitar a la condesa de Inverness, que acababa de dar a luz y que quería que conociese a su hija; ella deseaba que Collette tuviese más amigas de su edad.

William sintió un ligero estrujón. Se acostumbró tanto a las tardes en compañía de su amiga que pensar en que no la vería, que ella podría pasar tiempo con otras personas y lo disfrutara más que su compañía, lo hizo experimentar celos, como al nacer su hermana pequeña.

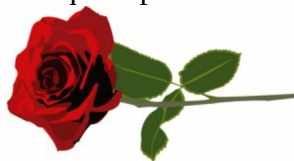
—Entonces... nos vemos cuando regreses —sentenció el joven, y llevó una mano a su cabeza, como acostumbraba a hacer cuando estaba nervioso. Ella había notado ese detalle y sonrió; ahora eran sus rizos rubios los que estaban hechos una maraña.

—Hasta entonces —se despidió de los dos caballeros, y se encaminó a toda prisa hacia Cliveden Manor en compañía de la señorita Mildred.

El señor Norris siempre los miraba con interés y decía que el destino obraba de maneras misteriosas. Los oyó hablar en reiteradas ocasiones sobre lo que cada uno creía que sucedería en el futuro y, aunque se esperaba lo contrario, William parecía más feliz que Collette con el compromiso; pero ella aseguraba que no temía siempre que fuese él.

El muchacho cuidaba de Collette cada vez que se montaban alguna aventura, pero siempre la dejaba ser lo que quisiera en ese lugar y le prometió que eso no cambiaría. Le había confesado una vez al guarda que se alegraba de ser él y no otro el que desposase en el futuro a su amiga, porque así ella no tendría que renunciar a todo eso que amaba: a la libertad, al aprendizaje, pero sobre todo, a su amistad.

William ya no quería un futuro en el que no estuviese Collette. La esperaba cada tarde en la pradera y su corazón revoloteaba de emoción al saber que si ella acudía su esfuerzo por engañar a su institutriz y escaparse no fueron en vano. No le importaba el duro castigo que tal vez le propinaría el marqués al enterarse de con quien pasaba los días su heredero, él lo volvería hacer.



La volvió a ver dos días después pateando guijarros al arroyo que atravesaba la propiedad de los condes de Dorset. Parecía absorta en sus pensamientos, mientras que su doncella la seguía de cerca con una capa entre los brazos. Observó a su alrededor por si había moros en la costa y avanzó con zancadas hacia su amiga.

—¿Tan mal te ha ido en Londres? —preguntó William, sacándola de su ensoñación.

La muchacha negó con la cabeza y observó en silencio a su amigo por unos segundos antes de patear otro guijarro.

—¿Te parece tonta, William? —inquirió Collette, yladeó un poco la cabeza. Su voz sonó un poco a súplica, pero el muchacho se apresuró a negarlo.

—Por supuesto que no. —Dio unos pasos más, hasta poder tomarla de los hombros—. ¿Quién te ha dicho semejante tontería? —quiso saber William, con el rostro serio.

Collette suspiró muy hondo.

—Nadie —respondió con una leve sonrisa, y acarició sus trenzas.

—¿Y por qué me lo has preguntado? ¿Te he dado a entender alguna vez que eres tonta? —se apresuró a preguntar el muchacho, pero ella negó con la cabeza—. ¿Entonces?

La muchacha apretó los labios en una delgada línea al escoger sus palabras.

—El otro día conocí a la hija de una amiga de mi madre, lady Anne Stuart. —Frunció un poco la nariz al sentir el sol de la tarde en sus ojos—. Es la hija del conde de Inverness y me pareció en extremo remilgada.

William intentó ahogar una risa.

—¿Por qué crees eso? —preguntó con un tono divertido al tiempo que ambos caminaban a la vera del arroyo, cuyo murmullo era suave y tranquilizador; por eso era el lugar favorito de Collette para calmar su enojo.

La muchacha se giró para mirar a su amigo.

—Porque es buena en todo y no dudó en restregármelo en la cara. —Parecía querer decir algo más, pero se abstuvo—. Me miró como si yo fuese la hija de la criada y no la de un conde. Siempre se encargaba de dejarme como una tonta frente a todos.

Lo que no quiso decir era que en el fondo la envidiaba porque era muy diestra en el pianoforte y en el bordado, como una excelente alumna de Francés y Latín. No dudaba que también fuese buena en equitación y en otros deportes, pero no quería volver a verla, así que no tendría la oportunidad de averiguarlo.

—En realidad, creo que la has intimidado —contestó William con total naturalidad. Collette lo observó como si le hubiese salido otra cabeza, pero él levantó una mano para detener el reclamo que seguro le haría—. ¿Por qué crees que necesitó demostrar tantas habilidades frente a ti? Es porque tú eres... —la miró por unos segundos muy largos y terminó su frase en un susurro — asombrosa.

—Lo dices porque no la conoces —masculló la muchacha, y luego frunció los labios.

La verdad, no quería que William conociese a Anne, pues temía que lo deslumbrara y la dejara de lado.

—¿Por qué querría conocerla? Te tengo a ti —respondió sin más, y le sonrió a su amiga, que a la vez le devolvió el gesto más aliviada.

Y no mentía, él era feliz cuando ella estaba cerca y no sentía la necesidad de conocer a alguien más.

—Prométeme que si la llegas a conocer nunca la elegirás a ella antes que a mí —pidió Collette, asumiendo que alguna vez podrían hacerlo.

Sabía que tarde o temprano sus caminos se cruzarían si la amistad entre sus madres seguía en pie, como también que ella crecería y se convertiría en una belleza que acapararía toda la temporada en la que fuese presentada en sociedad y que podía quedar cegado por ella.

William asintió confundido.

—Tú siempre serás la primera en mi vida, lo prometo —afirmó el joven, y llevó una mano al corazón.

Ambos amigos se observaron y se echaron a reír.

Collette sintió que su atribulado corazón empezaba a calmarse. Nunca antes había experimentado esa sensación de inseguridad en su corta vida, pero de pronto se volteó con

brusquedad hacia William y levantó el dedo índice.

—¿Sabes?, ahora que lo pienso, me alegra haberla conocido —aseguró ante un confundido muchacho.

Este entrecerró los ojos y cruzó los brazos.

—¿Eh? Creo que no lo entiendo —murmuró William.

—Es bueno que ella me haya mostrado sus habilidades —comentó con una sonrisa pícara, de esas que tan bien quedaban en su rostro—, porque entonces, seré mejor.

Collette no le mencionó a su amigo que la joven se comportó quisquillosa en todo momento, ostentando sus muchas habilidades y resaltando las debilidades de su invitada frente a toda su familia. Ella esperaba encontrar una amiga con quien compartir sus sueños y anhelos, pero solo encontró el desprecio de lady Anne.

Era hermosa, no lo iba a negar, con su pelo dorado como el sol y esos ojos tan azules como el cielo. No podía sino sentir celos de que alguna vez se pudiera cruzar frente a los ojos de su amigo.





CAPÍTULO 5

Londres, 1817

A pesar de que confiaba en las habilidades de equitación de Collette, no pudo evitar que su corazón se le estrujase al verla en problemas. La casualidad quiso que la encontrara rumbo a la residencia de su amigo, el marqués de Surrey, dominando a la perfección la técnica que él mismo le enseñó de niños.

No le salieron las palabras, pero tampoco es que le hubiese dado la oportunidad de expresarlas, así que se resignó a ver cómo se alejaba sobre el animal. Oyó un carraspeo de garganta muy femenino y salió de su ensoñación para atender a la dama que lo observaba con una mirada crítica.

—Así que es cierto que estás de regreso —dijo lady Rose con un tono de picardía—. Debería odiarte tanto como ella, pero no puedo. —Suspiró muy profundo y apretó los labios hasta dejarlos en una delgada línea.

—Te lo agradezco —repuso William, mirando con cariño a los niños que seguían peleando en el interior del carruaje—. Me parece estar viéndoos a ti y a Margaret pelear —añadió con diversión.

Cuando conoció a la marquesa de Surrey, esta apenas había cumplido los dieciséis como Collette y compartía habitación con ella y con otras dos muchachas; entre las cuales se encontraba lady Margaret Montvere, su inseparable hermana melliza, y lady Frances, y fue gracias a él que conoció a su esposo, lord Raymond Astor, actual marqués de Surrey.

—Ya no peleamos; se ha vuelto toda una aburrida —acotó la marquesa, y miró hacia donde se perdió Collette—. Me he enterado de la muerte de Anne. Lo siento mucho.

William miró hacia el cielo y frunció la nariz.

—Gracias. Ha pasado un año —contestó sin parecer muy dolido.

—Pensé que preferías vivir en el campo. ¿Qué te trae por Londres después de tantos años? —preguntó lady Rose, y en su cara se veía un atisbo de esperanza.

—He decidido recuperarla, Rose —dijo al fin, y la miró con firmeza. La marquesa frunció los labios—. ¿Crees que alguna vez me perdonará?

—El corazón de una dama es un misterio —musitó lady Rose, y se encogió de hombros—. Deberás tener paciencia. Lo vuestro no ha acabado en muy buenos términos según recuerdo. Además, ella... está pasando por un momento difícil

William frunció el ceño, pero la marquesa jamás le confesaría el verdadero motivo: que Collette acababa de terminar una relación de años con su apuesto amante porque este se enamoró y pasó por el altar.

—No me lo dirás, ¿o sí? —adivinó el marqués de Reading.

Lady Rose negó con la cabeza.

—Es suficiente con dirigirte la palabra, William. No traicionaré a mi amiga. —El caballero asintió con resignación—. ¿Estás verdaderamente decidido a recuperarla? ¿No volverás a decepcionarla si decide lanzarse al viento por ti? Eso es lo que debes prometer y cumplir. —De pronto, el rostro de la dulce marquesa se mostraba serio y preocupado.

—Soy suyo, siempre lo he sido. Ella me tendrá a sus pies cuando desee. No soy el cobarde de antes.



Después de calmar a su atribulado corazón con un paseo sin rumbo, Collette regresó a Lyngate House, y fue abordada por sus hijastras en el salón principal. Ambas parecían emocionadas por algo y, aunque no se encontraba con ánimos de conversar, las acompañó a la sala azul, donde acostumbraban a practicar el pianoforte y las muchachas bordaban.

—No se imagina todo el revuelo que ha causado la ausencia del duque de Lancaster en la boda de su cuñado —cuchicheó Giorgiana con complicidad—. A su excelencia se la ha visto apesadumbrada y en compañía del conde de Essex, que ha regresado hace poco de América —añadió la muchacha, dedicando a su hermana una mirada cómplice.

—¿Qué habrá sucedido para que el duque faltase a tal acontecimiento? —se preguntó Monique, y llevó una mano a la barbilla.

Collette frunció el ceño y trató de seguirles la corriente, aunque todos sus pensamientos estaban ocupados por el aún apuesto caballero de pelo rubio y ojos azules que intentó ayudarla. Estaba molesta consigo misma porque descubrió lo vulnerable que seguía siendo ante su presencia, que con solo esa mirada la había alterado por completo.

—Lamento mucho que os hayáis perdido del banquete por mi culpa —se disculpó la vizcondesa con sinceridad. Sabía que sus hijas estaban muy ilusionadas de asistir a la boda de Charles y Serena.

—No se disculpe, madre —se apresuró a decir Monique, apretándole la mano—. Entendemos que no ha sido algo premeditado de su parte. También echamos de menos a Oliver —añadió en un susurro temeroso.

Collette la miró con cariño y asintió.

—De todas formas, nos hemos enterado de todo lo sucedido en el banquete —anunció Giorgiana—. Lady Vanesa nos lo ha contado con detalles. Justamente se ha percatado de la gran ausencia, porque conoce a lord Essex, y este se encargó de acompañar a la duquesa y de excusar a su amigo.

—¿Lady Vanessa ha venido hoy a Lyngate House? —preguntó la vizcondesa con curiosidad.

La muchacha era hija del conde de Craven y muy amiga de las hermanas, por lo que no era extraño que las visitara seguido. Collette incluso había considerado que era una candidata muy adecuada para Charles después de verlos conversar en el debut de Giorgiana, pero eso se debía a que no conocía aún la existencia de Serena, la hija secreta de los duques de Derby.

—Sí, acababa de marcharse cuando usted llegó —confirmó la menor de las hermanas.

—Nos ha contado que la boda fue muy emotiva y que Londres tiene dos solteros en busca de esposa para la próxima temporada —comentó Monique, con un suspiro de anhelo—. Nos ha dicho que envidiaba la suerte de su excelencia por haberse casado con el duque de Devon y por lo felices que se los veía. Lady Vanessa también se veía emocionada con la posibilidad de captar la atención de uno de los solteros —mencionó la muchacha, con los ojos un poco cerrados—. Creo que su familia depende de ese matrimonio para subsistir. Las malas lenguas dicen que el conde de Craven está al borde de la ruina.

Lady Lyngate sonrió con tristeza al enterarse de lo feliz que debía sentirse su ex amante con su nueva esposa. Aunque era consciente de que la relación que tenían iba a ser pasajera, cabía la posibilidad de que Charles hubiese optado por un matrimonio de conveniencia y la buscase de nuevo después de la luna de miel. Pero este fue muy sincero y contundente en su despedida: amaba a Serena como jamás lo imaginó y ella no merecía que la engañase.

Ese fue el acuerdo inicial, y lo respetaría. El duque no solo fue su amante, sino que también su mejor amigo, aquel que la salvó de todas las formas en que se podía salvar a alguien. Echaría de menos sus conversaciones después del sexo, cuando reían extasiados por el secreto que ocultaban y que los hacía felices a pesar de sus vidas arregladas.

—Me apenaría mucho que su padre la comprometiese por conveniencia y ella terminase en un matrimonio infeliz —comentó Giorgia con pena.

Le agradaba lady Vanessa y deseaba lo mejor para su amiga. Cuando se dio cuenta de lo que dijo, se giró a mirar a su madrastra y frunció los labios. Ellas sabían que la relación de los vizcondes era cortés pero con nulo amor pasional.

—Un compromiso arreglado no siempre debe acabar en un matrimonio infeliz, no si la boda se realiza y la pareja construye una relación evocada al amor —interrumpió Collette con la mirada gacha, como si estuviese recordando su propia experiencia.

La vizcondesa acarició su anillo de matrimonio y lo giró alrededor del dedo mientras recordaba su propio compromiso arreglado, ese que se encargó de guardar bajo llave. Aunque no era el mismo anillo, el solo mirar la elaborada joya con incrustaciones de zafiros y diamantes le trajo recuerdos que no deseaba desenterrar.

—Podría incluso enamorarse de su prometido —añadió Collette, y suspiró ausente.





CAPÍTULO 6

Reading, 1802

Collette se llevó un gran susto al notar la sangre en sus blancas sábanas. Buscó la herida que debió hacerse dormida, aunque no entendía cómo no se dio cuenta. Había cumplido quince años cinco meses atrás y lo que no comprendía era que su cuerpo estaba cambiando.

—¡Señorita Mildred! ¡Señorita Mildred! —llamó con urgencia. La doncella entró a trompicones a los aposentos de su joven ama y se quedó petrificada al ver la escena. Collette lagrimeaba asustada y con una visible mancha roja en su camisón—. No entiendo qué sucede. Juro que no me he lastimado. No sé por qué de repente... ¿Acaso moriré?

—¡Aquí estoy, milady! No se altere —pidió la sirvienta, con una sonrisa maternal, y se apresuró a alcanzar el armario de su ama para buscar ropa limpia—. Prepararé su baño enseguida. No se preocupe, es normal lo que le sucede.

—¿Cómo puede ser esto normal? Moriré, ¿no es cierto? —cuestionó la joven, mientras se levantó de la cama y miró a su alrededor. Nadie le advirtió, ni le dijo por qué, que llegado cierto momento eso sucedería.

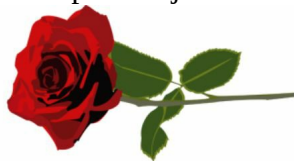
—Nada de eso, milady. Esto indica que ya no es una niña y que en un futuro podrá casarse y tener hijos.

Collette se abrazó a sí misma y negó con la cabeza. Se sentía abrumada. No había pensado en lo que conllevaría crecer, en que su cuerpo estuviese preparado para dar a luz. Aunque sabía que era William con quien tendría esos hijos, la sola idea la intimidaba.

La señorita Mildred salió de la habitación de su ama y regresó un momento después con la condesa, que no disimuló su angustia al saber la noticia. No le importó que su hija aún no se hubiese aseado, sino que la abrazó con efusividad y le dio un beso en la frente.

—Ve a darte ese baño y luego baja al salón para tener una charla —le dijo su madre, con las dos manos sosteniéndola por los hombros—. Ya no te preocupes por nada, hija.

Collette asintió y se sorbió la nariz. No comprendía el motivo de la angustia de su madre. ¿Sería que de verdad iba a morir y no se animaban a contarle? Un leve estrujón en el vientre la hizo tambalearse, pero logró controlar sus piernas justo a tiempo.



Lady Dorset le habló primero a su hija sobre la naturaleza del cuerpo femenino y lo que ciertos cambios implicaban, tranquilizando un poco a su ansioso corazón. Según parecía no iba a morir. En realidad, Collette antes había notado que sus pechos estaban creciendo y que su cintura se volvió un poco más estrecha que sus caderas, lo que le proporcionaba un cuerpo más esbelto que el que tenía cuando era una niña, pero una extraña vergüenza se apoderó de ella al enterarse de que el sangrado sucedería cada mes.

Enseguida pensó en sus tardes con William y el señor Norris y todo lo que hacían, como a

cazar aves, las carreras a caballo y los chapuzones en el arroyo en primavera; la entristeció pensar en lo que esos cambios significarían.

¿Podría volver a hacer todo eso?

De pronto, la condesa se quedó en silencio y, luego de un suspiro, miró con nostalgia a su hija. Sabía que el día en que debían formalizar el compromiso con el heredero del marqués de Reading llegaría tarde o temprano. Aunque su hija no demostró rechazo a la idea del compromiso, desde que le hubo comunicado años atrás, no podía estar tan segura de que seguía sintiendo lo mismo.

¿Y si se negaba? ¿Y si su corazón pertenecía a alguien más? Porque no se le escapaban las veces que la encontró sonriendo a la nada. Un repentino escalofrío la invadió.

—Esperaba que no fuese tan pronto, pero al parecer no puedo detener el tiempo —mencionó la condesa, y apretó la mano de su hija. Ambas estaban sentadas a la mesa, y el conde no tardaría en bajar para unirlos.

—¿A qué se refiere, madre? —preguntó la joven cuyos curiosos ojos buscaban en el rostro de la dama alguna pista que la ayudase a entender lo que esta quería decir.

Lady Dorset estuvo a punto de responderle, pero la voz de su esposo, con ese leve tono francés, la distrajo. Bajaba por las escaleras seguido por un lacayo y parecía sorprendido de oír voces tan temprano en el salón.

—Te esperábamos para desayunar, cariño —dijo la condesa a modo de saludo. Collette admiraba la dulzura con la que siempre se trataron sus padres y esperaba algún día tener un matrimonio así.

El conde se agachó, depositó un casto beso en la frente de su esposa y acarició el hombro de su hija.

—Pensé que sería yo el que os esperaba —mencionó lord Dorset con tono de broma, y le hizo un gesto al lacayo para que sirviera el desayuno. Acostumbraba a levantarse un poco más temprano que su esposa y su hija para leer el periódico sin conversaciones que lo interrumpieran, pero este seguiría esperando, bien planchado, sobre la mesilla de la biblioteca.

—Es que hay algo que debes saber —informó su mujer.

El conde detuvo su taza a medio camino. Miró a su esposa con curiosidad, y esta le indicó que continuara. Bebió un sorbo y le prestó atención.

Collette cogió un pastelillo de arándanos y lo llevó a su boca con premura.

—Ha llegado el momento de formalizar el compromiso, querido —añadió la dama, sin tener que explicarle a su esposo el porqué, ya que había quedado estipulado que, una vez que Collette empezara a sangrar, se informaría a la familia del marqués que la misma estaba en condiciones de ser la prometida de su heredero, lord William Wembley.

Lord Dorset se tensó por completo y se quedó en silencio por unos segundos, mientras apretaba con fuerza la cuchara. El día que más temía había llegado. Esperaba que nunca tuviese que entregar a su pequeña a esa familia, pero no podía romper la promesa que hizo su padre en pos de la paz. Pactaron unir ambas tierras con el matrimonio de sus hijos.

Tenía la esperanza de que los altercados acabaran con ese enlace, pero no podía deshacerse de ese sentimiento de culpa que lo embargaba cada vez que pensaba en la boda.

—Enviaré una carta al marqués y cursaré una invitación para una cena la próxima semana —informó el conde, y Collette lo entendió.

En completo silencio y con miradas cargadas de congoja, la familia Monteaux continuó con lo suyo.

El conde apuró su desayuno y le hizo una seña al lacayo más próximo, a la vez que cogía su sombrero, para que lo siguiera al despacho. Se podía notar el pesar en su andar al dirigirse al espacioso salón donde lo recibía una puerta de madera tallada y unas altas estanterías llenas de libros. Tomó asiento detrás del escritorio y acarició el sello que pronto usaría para cerrar la misiva que enviaría a ese despreciable caballero que en unos años se convertiría en su consuegro. Rogaba para que fuera dentro de mucho tiempo.

Tardó más de lo esperado en escribir las escuetas palabras que plasmó en el papel, y se notaba la rabia en cada trazo, aunque se podía tomar como un simple rasgo de firmeza.

—Asegúrate de que el mismo marqués reciba esto —indicó el conde al sirviente, y este asintió sin titubeos.

Observó de nuevo el sello con el escudo e imaginó cuál hubiese podido ser su vida de su abuelo no haber tomado tal decisión: la de huir a Inglaterra y meterse en tamaño lío con los vecinos. Pensó que tal vez no hubiesen muerto sus otros dos hijos por el agobio que le generaban los enfrentamientos a lady Dorset; pensó que no tendría que entregar a su pequeña al hombre que más detestaba, sino a alguien que la quisiese de verdad. Detestaba ver en el rostro de ese hombre clasista el desprecio que tenía hacia su familia por la decisión que tomó la dama que se convirtió en su abuela.

Arrugó un trozo de papel que tenía sobre el escritorio y lo lanzó al suelo. Suspiró con rabia y dio un golpe con el puño sobre el lustroso mueble, haciendo que temblase todo sobre él.



Afuera, en la mesa del desayuno, Collette solo pensaba en cuántos días tendría que soportar ese incómodo apósito de tela que la señorita Mildred le ayudó a colocar para contener el sangrado. Se metía un pastelito tras otro a la boca como si necesitase llenar un inmenso vacío.

—Si sigues así, engordarás tanto que no te quedarán los vestidos que hemos encargado a la modista —le advirtió su madre, y se limpió los labios con una servilleta con brocados dorados.

Collette pensó en los preciosos atuendos que pronto llegarían de Londres y suspiró con exageración antes de dejar sobre el platillo el pastelito que estuvo a punto de llevarse a la boca. Dentro de poco iría a la escuela de señoritas y la condesa insistía en que debía cuidar su figura. No obstante, no era su figura lo que preocupaba a la joven, sino el tiempo que no vería a William mientras estuviese en Herefordshire, y esas prendas encargadas eran un indiscutible recordatorio.

El carácter indómito de la joven la había llevado a discutir su matriculación en la prestigiosa escuela de señoritas de lady Abott, el Aberling Hall. Pero la astucia en las damas de la familia era hereditaria, así que no era extraño que la condesa tuviese un envidiable poder de convencimiento, consiguiendo que Collette aceptara trasladarse al mencionado lugar por dos años, hasta que llegase el momento de su presentación en sociedad y futura boda.

—¿Querías ser mejor que las hijas de mis amigas? —preguntó la condesa con el mentón levantado, y sorprendió por completo a su hija, que creyó haber ocultado muy bien sus sentimientos al respecto—. Entonces debes ir a Aberling Hall, porque ellas irán y aprenderán muchas cosas más de las que tú aquí con la sola instrucción de la señorita Fallow. No creas que no he notado tu reticencia a forjar amistad con ellas, lo he sabido siempre. Y no te obligaría a ir contra tu voluntad, pero sí deseo que nadie te señale con el dedo cuando te conviertas en la

esposa de lord William, porque estarás a merced de su prejuiciosa familia.

A lady Dorset la preocupaba que su hija pasaba más tiempo por el campo, desafiando a todo aquel que le dijese que no podía hacer tal o cual cosa, antes que aprender lo propio de una dama que en el futuro tendría que codearse con una fauna de nobles sedientos de atención y poder; temía que los marqueses de Reading tuviesen motivos para menospreciarla como venían haciendo a toda la familia desde aquel incidente del pasado.

—Creo que no necesito decirte que tienes completamente prohibido salir en estas condiciones, Collette —anunció la condesa, con una ceja levantada.

La joven asintió y revolvió el contenido de su taza con una cucharilla, sin dejar de mirar el movimiento envolvente del líquido.

Collette pensó que William la estaría esperando en el prado, cerca de donde florecían los narcisos y campanillas, donde empezaban su carrera hacia la casa del guarda, a la cual llegaban casi sin aliento pero con una sonrisa que podía rivalizar con las estrellas. Pensó en enviarle una nota para informarlo de que no podría verlo hasta la cena con su familia, solo que le daba mucha vergüenza mencionar el verdadero motivo, así que solo se recostó en la silla y suspiró con resignación.

Acarició su hombro derecho con la mano izquierda, como si ese gesto le evocara un recuerdo inolvidable. Y así era: no sabía desde cuándo, pero últimamente los toques de su amigo ya no le resultaban tan indiferentes como cuando eran unos niños. Y no es que él lo hiciese con segundas intenciones, porque William era un muchacho en extremo correcto, sino que a ella le generaban un sentimiento diferente a los de la amistad.

Aunque era capaz de descender sola de su caballo, siempre permitía que William la ayudara. No porque fuera necesario, sino por la forma en la que la cogía por la cintura y la miraba con esos ojos tan azules que hacían que su corazón se acelerase a tal punto de pensar que de un momento a otro se escaparía de su cuerpo.

¿Y si él la veía solo como una amiga? ¿Y si nunca llegaba a experimentar los mismos sentimientos que ella? Sí, serían esposos alguna vez, pero ¿y si estuviese destinada a vivir con la decepción de noches solitarias en una habitación solo para ella?

No era de las que se rendían tan fácil, así que se propuso conquistar a ese tímido chico con un corazón de oro.





CAPÍTULO 7

William no comprendía por qué Collette no acudía a sus encuentros como siempre. Cada tarde que fue a visitar al guarda, le preguntó a este el motivo.

—¿Estará enferma? ¿Se habrá enfadado por algo que he dicho? —preguntó el muchacho mientras daba paseos en círculo frente a la cabaña ante la atenta mirada del anciano.

—No creo que sea grave —acotó, sin dejar de cortar las ramas que luego serían leña.

El muchacho pensaba en todas las posibilidades que le venían a la mente, hasta la de que hubiera sido descubierta y castigada. Le aterrorizó la simple idea de ello. Miró hacia la dirección de Cliveden Manor y consideró ir a fisgonear por si la veía, o por si encontraba a la señorita Mildred para sacarle alguna información.

—Ya deje de pensar en ello, milord. Estoy seguro de que no se debe a algo por lo que deba preocuparse, o ya nos hubiésemos enterado. —El viejo tiró la leña en la canasta y le pasó unas bayas dulces que recolectó esa mañana—. Mejor ayúdeme a llevar esto adentro y regrese a casa antes de que noten su ausencia y lo castiguen de nuevo.

William acarició sus piernas y recordó los golpes que le propinó su padre el día anterior por haber llegado tarde para la cena, pero había estado esperando a Collette en el camino de tierra que conducía a la cabaña del guarda, pero ella nunca apareció.

Hizo cuanto le aconsejó el viejo Norris y regresó a casa más temprano de lo acostumbrado, con una incómoda tristeza que lo llevaba a patear cada guijarro o rama que tenía la mala suerte de toparse en su camino. Pensó por un momento que tal vez fue mejor que Collette no lo viera con esos moretones, porque era capaz de enfrentarse con el marqués. Negó con la cabeza, como apartando esa idea. Sería muy vergonzoso que un muchacho de su estatura todavía fuese castigado por su padre.

Al llegar, oyó el final de una conversación entre sus padres. Y no, no lo malinterpretó: los condes de Dorset invitaban a toda la familia a una cena para el siguiente viernes. Por fin la volvería a ver.



Una semana después del envío de la misiva, Collette observaba el reflejo que le devolvía el espejo, y notó que ya no era la niña que se perdió en el bosque años atrás. La señorita Mildred arreglaba el pelo de su joven ama, que ya llevaba puesto un precioso vestido de muselina rosa con apliques de piedras plateadas que resaltaban aún más su esbelto cuerpo. Para finalizar su obra maestra, la doncella colocó en la cabeza de la joven una delicada diadema de diamantes, que pocos sabían fue regalo de una amante del Rey de Francia a su familia.

Lady Dorset entró a la habitación de Collette con un vestido que nada tenía que envidiar al de esta, aunque el color azul la hacía ver un poco mayor de lo que era. Le hizo un gesto a la sirvienta, y esta entendió que quería quedarse a solas con su hija, por lo que, después de una educada reverencia, se retiró.

—Los marqueses deben estar por llegar, hija. —Se colocó detrás de ella, pero ambas observando hacia el espejo. La condesa le acomodó un bucle al costado de su rostro y sonrió—. Te ves preciosa. Lord William es un muchacho muy afortunado.

Collette sonrió con un atisbo de timidez, lo que no escapó a la vista de su perspicaz madre. Esta sintió una punzada de preocupación, pero no se lo dejó saber. Jamás le diría que esperaba que no le rompiesen el corazón. No quería sembrar en su hija temores infundados.

—Haré que no tenga motivos para arrepentirse del compromiso —afirmó la muchacha con seguridad, y levantó el mentón. Ella no estaba dispuesta a perderlo.

—Sé que os habéis estado encontrando en secreto en la casa del guarda —soltó la condesa mientras acomodaba la diadema de su hija, pero pudo notar la tensión en el cuerpo de esta al oír esas palabras.

—Madre... —balbuceó la joven, casi sin voz.

—No te preocupes —se apresuró a decir la mujer, girando a su hija para tenerla de frente—. Lo he sabido desde siempre, pero os lo permití porque creía que era mejor que fueseis creando un vínculo para que el matrimonio impuesto no se tornase duro. —Miró pensativa la coronilla de su hija y suspiró—. No me había preocupado antes porque sabía que vuestra relación era la de dos amigos que disfrutabais de vuestra niñez, de vuestra compañía, pero ahora ya no lo sois. Me temo que os dejéis llevar y cometáis algún error irreparable.

—Seguimos siendo amigos, madre, y un día seremos esposos. No debe preocuparse más de la cuenta —respondió Collette no tan segura.

—Hasta que no salgáis del altar casados, no podemos asegurar eso —afirmó, como si no confiara que la boda se llevase a cabo.

—Pero el acuerdo... —empezó a decir la joven.

Pero fue interrumpida por la condesa:

—Sí, el acuerdo sigue en pie y confiamos que lo vuestro funcione para que terminen las riñas con los vecinos, pero no podemos bajar la guardia. —Le acarició los hombros con las manos enguantadas y la observó por unos segundos antes de continuar—: En especial tú. No ahora que podrías quedar embarazada.

—¡Madre! —exclamó Collette escandalizada, pero su madre la detuvo con una mano en el aire.

—Nada de escándalos. No olvides que alguna vez tuve tu edad, cariño, y que los años me han vuelto más sabia. —Le dio una palmadita en el hombro y se dispuso a salir de la habitación—. Solo ten en cuenta mis palabras.

Las últimas palabras habían sonado a presagio, pero Collette no estaba tan segura de poder guardarlas, no si William le diera alguna pista de que sus sentimientos eran correspondidos.



Los condes de Dorset, acompañados de su radiante hija, daban la bienvenida a la familia del marqués de Reading —en la entrada del salón principal—, conformada por el matrimonio, por William y dos hermanas mayores, para luego conducirlos al comedor, donde se serviría un sinfín de maravillas culinarias preparadas por la señora Tilly; cocinera de Cliveden Manor desde que los actuales dueños de casa contrajeron matrimonio.

William se quedó patidifuso al ver a su amiga vestida y arreglada como nunca antes la había visto; apenas pudo pronunciar un torpe saludo al llegar frente a los anfitriones. Siempre lo caracterizó su timidez y serenidad, por lo que no era de extrañarse que un ligero rubor hubiese teñido sus mejillas y cuello.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Collette y sintió que esa semana que no se vieron pareció ser un mes. Él no tardó en entrar en razón, por lo que le dedicó una sonrisa cómplice, de esas que esconden secretos o ideas locas, y ella respondió elevando una ceja. A veces ellos no necesitaban hablar, porque se entendían tanto que con una simple mirada era suficiente.

—Sed bienvenidos a nuestro hogar —anunció el conde, con una incómoda sonrisa—. Nos sentimos muy honrados con vuestra presencia.

—Los agradecidos con vuestra invitación somos nosotros, Dorset —respondió el marqués, con un semblante tenso. Observó todo a su alrededor y admiró las cuantiosas obras de arte que adornaban la estancia. Sonrió con sorna al imaginar que en el futuro le pertenecerían, como debió ser desde el principio, de haber elegido lady Rebeca Wallace a su abuelo y no al del caballero que les daba la bienvenida.

—Lord William, permítame presentarle a mi hija, lady Collette —expresó lord Dorset, con mucho orgullo, ignorando que ambos jóvenes se conocían desde hacía años.

Ambos fingieron no hacerlo frente a sus padres, aunque la condesa sonrió con complicidad.

—Un placer conocerla, milady —repuso el joven, que llevó la mano de su amiga a los labios para saludarla. Recordó las muchas veces que el viejo Norris lo hizo practicar con esa misma mano, hasta hacerlo con la elegancia que ahora demostraba.

—El placer es mío, milord —expresó ella, con una dulce sonrisa y sin desviar la mirada ni por un segundo; temía que si lo hacía pudiera despertar de un sueño.

—La hija de los condes es la prometida de la que te habíamos hablado, hijo, pero creímos oportuno dejaros crecer un poco para que os conocieseis —comentó la marquesa, que recibió el apoyo de su esposo con un asentimiento—. Es muy bonita, ¿no lo crees?

—No puedo sentirme más afortunado —convino William, con esa sonrisa encantadora que a Collette le encantaba.

De haber escuchado esas palabras unos años antes, le hubiese propinado un puntapié, pero ambos crecieron y esas palabras tenían un significado especial.

Por fortuna, los dos jóvenes estaban absortos en sus asuntos como para notar la mirada desdeñosa de los marqueses hacia su futura nuera, aunque no durase más de dos segundos. Un lacayo anunció que la cena estaba lista y todos ocuparon sus respectivos lugares en la mesa deliciosamente decorada con rosas blancas y lirios del valle, los cuales habían sido sembrados por la familia Monteaux a su arribo a Inglaterra.

—Os hemos invitado a este banquete porque, como hemos acordado tiempo atrás, el compromiso entre nuestros hijos debía formalizarse llegado un momento especial. —El conde cuidó sus palabras para no avergonzar a su hija, puesto que esta le suplicó discreción. Le habían explicado muchas veces que era algo natural en las mujeres, pero ella no terminaba de acostumbrarse a la idea.

—Así es, y supongo que tal momento ha llegado —convino el marqués, desviando la mirada hacia la hija de los condes.

Las hermanas mayores de William sonrieron con sorna, pero este les dedicó una mirada de advertencia y ambas se detuvieron.

Collette miró a su amigo de reojo y temió ver en su rostro algún atisbo de diversión, pero lo

que encontró fue todo lo contrario. Él la miraba con fijeza y admiración. Ella no necesitó palabras, porque en todos los años que llevaban siendo amigos, aprendió a leer sus miradas y silencios, y sus ojos tenían tal intensidad que respondió a su constante pregunta: sus sentimientos eran correspondidos.

—¿Qué os parece si primero cenamos? —preguntó la condesa, con suma educación, al ver que los lacayos se acercaban con lujosas bandejas de plata cargadas de deliciosas sopas, carnes y guarniciones.

—Por supuesto —respondió el marqués, aceptando lo que le ofrecía uno de los sirvientes.



La velada transcurrió en la mayor cordialidad que se esperaba de dos familias enemigas, con apenas dos o tres comentarios mordaces durante toda la cena, pero nada que pudiese empañar el anuncio que darían los padres de los prometidos.

—Aunque nuestra pequeña Collette está en condiciones de engendrar un heredero, consideramos que aún es muy joven para llevar a cabo la boda, por lo que proponemos celebrarla después de su regreso de la escuela de señoritas y su presentación en sociedad —informó el conde, con total solemnidad.

Su par asintió conforme, como si no le importase en lo absoluto.

—No tengo objeciones al respecto —respondió el marqués, y luego miró a su hijo, como buscando su aprobación.

William asintió con la cabeza y a su vez dirigió su mirada a Collette, que estaba con las mejillas arboladas.

—¿A cuál escuela acudirá lady Collette? —preguntó la marquesa.

—A Aberling Hall, en Herefordshire —respondió la condesa, que apretó levemente la mano de su hija.

—Una excelente institución —comentó lady Reading.

La marquesa parecía conforme, pero a Collette no se le escapó la expresión de asombro de su amigo, que bajó de inmediato la mirada hacia su plato, que no contenía más que los restos del cerdo asado y unos pequeños trozos de patatas.

—Tranquilo, hijo, que solo serán dos años —informó la marquesa a su vástago al percatarse de su desánimo—. Además, no puedes echar de menos a alguien que apenas conoces.

William hubiese deseado reír con ese ingenuo comentario, pero se abstuvo y asintió; miró a Collette de una manera que expresaba lo mucho que la conocía y lo mucho que la echaría en falta. Ella no tenía un mejor rostro, aunque tenía la mirada perdida en algún vegetal de su plato, lo que le daba a entender que debía estar tramando algo.

—Claro, solo dos años; pasarán volando. A su regreso podré conocer mejor a milady —mencionó, y les regaló una brillante sonrisa—. ¿Ha dicho Aberling Hall, la escuela de señoritas de lady Abott? —preguntó con la intención de obtener toda la información necesaria para el plan que empezaba a formarse en su mente.

—El mismo —respondió la condesa algo confundida—. ¿Acaso la conoce?

William observó a sus hermanas y asintió.

—Mis hermanas han estudiado ahí, así que las he visitado algunas veces. Es un excelente

lugar, milady —afirmo, y miró a Collette, quien comprendió de inmediato el mensaje: él conocía el lugar y pensaba visitarla. O eso deseaba creer ella.

—Me tranquiliza oír eso, milord —respondió la muchacha, con un leve atisbo de sonrisa en esos delicados labios rosados, y lo miró a los ojos con cierta curiosidad.

Tal vez por la cercanía, o porque llevaban una semana sin interactuar, pero Collette lo notaba diferente, más alto, más apuesto, más atrevido, incluso su mirada parecía más intensa, como la de un lobo que ha detectado a su presa.

William pidió la atención de los comensales y sacó una pequeña caja de terciopelo azul del interior de su levita, como lo haría todo un caballero. Collette presentía lo que podía ser y todo su ser se tensó de emoción.

—Sé que aún falta para que se marche a Hereford, pero me gustaría entregarle este obsequio como recordatorio del prometido que la estará esperando en Reading —dijo el hijo del marqués, y tanto Collette como sus padres se maravillaron con la joya que reposaba en el interior de la caja: un anillo cuyo mayor atractivo era el zafiro que brillaba con el resplandor de las velas y que parecía haber sido hecho para su nueva dueña, aunque perteneció a la abuela de William.

El marqués, furibundo por el atrevimiento de su hijo, disimuló lo mejor que pudo su disgusto. Se había preguntado incontables veces adónde fue a parar esa joya, pero al parecer la anciana se la regaló a su nieto favorito y ahora lo lucía la hija de su enemigo.





CAPÍTULO 8

Londres, 1817

Antes de partir hacia Reading, Collette quiso visitar a la duquesa viuda de Devon y excusar la repentina ausencia de la familia del vizconde en la boda de su hijo. Acompañada por sus dos hijastras, lady Lyngate fue anunciada por el mayordomo de Devon House.

La madre del duque tenía en alta estima a la vizcondesa —a pesar de los rumores que circulaban respecto a su relación con Charles—, por lo que la recibió con alegría esa tarde. La duquesa de Lancaster se les unió más tarde, y Collette cruzó discretas miradas con sus hijas al notarla más pálida que de costumbre y con el ánimo decaído, contrario a lo que se espera de una dama recién casada por amor, como lo hizo ella.

—Lamento mucho oír eso —dijo la duquesa viuda al oír el relato de lo acontecido de camino al banquete de bodas. Margot conocía de primera mano el sentimiento que experimentó Collette, pues ella también perdió un hijo—. No se preocupe, estaba segura de que no faltarían por un motivo irrelevante. Espero que esté mejor, querida.

—Espero que haga llegar a su excelencia mis buenos deseos para su matrimonio —expresó la vizcondesa mientras aceptaba la taza de té que le ofrecía un lacayo.

—Ya deben estar en Devonshire. Charles estaba ansioso de que Serena conociese su nuevo hogar. Supongo que también tenía otros motivos —bromeó la duquesa viuda, y compartió una mirada cómplice con su invitada.

Todas las damas, excepto Claire, rieron ante el pícaro comentario de la madre del duque.

—¿Pasaréis todo el invierno en Reading? —preguntó Margot a su invitada.

—No me apetece estar por Londres en esta época —respondió Collette, refiriéndose al espeso humo de las chimeneas que siempre encapotaba a la ciudad en invierno. —Acostumbramos pasarlo en Berkshire, en nuestra casa solariega, pero esta vez hemos aceptado la invitación de mis padres.

La hija de la duquesa viuda se tensó al oír eso, pero lo disimuló bastante bien.

—De no encontrarme tan indispuesta, me hubiese encantado acompañaros —mencionó Claire, que hizo una mueca de disculpa—. Mi esposo se encuentra atendiendo unos asuntos urgentes en el extranjero, pero pensamos pasar una temporada en nuestra casa de Reading. Espero reponerme pronto para cuando él esté de regreso —añadió la duquesa, y embozó una débil sonrisa.

—Partimos mañana por la tarde. Si cambia de opinión solo debe enviar a un mensajero para informarnos. Estoy segura de que podremos hacerle un lugar en el carruaje —aseguró Collette, y le dedicó una mirada de ánimo.

—Unos regresan y otros se marchan —mencionó la duquesa viuda, con un profundo suspiro.

—¿Se refiere al conde de Essex, excelencia? —preguntó Collette con indiferencia.

Margot Bradbury meneó la cabeza.

—En cierto modo —repuso, y bebió un sorbo de su té—. Aunque también me refería al marqués de Reading.

El corazón de Collette se detuvo por unos segundos, y sintió que el calor abandonó su cuerpo en ese instante. Temió que la rabia que la invadió se le notase en el rostro, pero por fortuna el mayordomo las interrumpió. No entendía cómo es que no recordó que nada sucedía en Londres sin que se enterase la duquesa viuda.

Era tentador quedarse más tiempo y sonsacar información sobre la persona de su pasado, pero temía que terminase quebrándola por completo saber que podía encontrarlos a él y a su esposa en cualquier rincón de Londres. No supo de él desde la noticia de su boda y no esperaba volver a compartir camino con él.

La duquesa de Lancaster se disculpó de las invitadas cuando Gregory anunció que su carruaje la esperaba en la entrada para regresarla a Lancaster House. El conde de Essex había venido a buscarla e insistió en pasar un rato a saludar a la duquesa viuda.

Las dos muchachas se quedaron maravilladas al ver a tan apuesto caballero. Por fin entendieron la emoción con la que lo describió lady Vanessa. Margot Bradbury no desaprovechó la oportunidad para presentarle al hijo de su buena amiga a las hijas del vizconde, aunque este se disculpó por no poder quedarse más tiempo; debía acudir a una reunión de negocios en la casa del conde de Craven y solo se desvió para buscar a la esposa de su mejor amigo que se encontraba de viaje, según comentó.

—Parece salido de un cuento —mencionó Giorgiana, con la mirada clavada en la puerta por donde se perdió el conde.

—Debe ser maravilloso vivir una historia como las de las novelas románticas si el protagonista fuese como él —acotó Monique, con una mirada soñadora.

—Puede ser tan maravilloso como doloroso —comentó lady Lyngate, antes de beber un sorbo de su té. La duquesa viuda la miró con la sabiduría de quien ha vivido mucho y se preguntó cuál sería esa historia que ocultaba esa interesante dama—. Existen historias de amor que no acaban bien y terminan lastimando a los protagonistas.

Collette sabía de sobremanera que algunas historias herían tanto que podían romper el alma y dejar inservible el corazón; se lo habían advertido Romeo y Julieta, pero ella creyó que su amor sería tan fuerte como para reparar ese terrible desenlace y dar a la trágica historia un final feliz.





CAPÍTULO 9

Reading, 1802

William todavía pensaba en lo hermosa que se veía Collette la noche del compromiso mientras buscaba el libro que le pidió su profesor de Latín y Lengua Inglesa. Pasó el dedo índice por los lomos de los ejemplares ubicados en las estanterías de Waddeson Manor cuando uno de ellos le llamó la atención; lo sacó de su lugar y leyó en la tapa *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare. Lo abrió y, al leer en su interior la palabra «tragedia», hizo que lo agregara a la pila de libros que había escogido.

—¿Ha traído este libro por equivocación, milord? —preguntó el profesor levantando el ejemplar. Lo observó con atención y sonrió con tristeza. William negó con la cabeza—. La tragedia de los amantes de Verona. —El hombre suspiró y dejó el ejemplar sobre el escritorio.

—Sentí curiosidad al verlo y lo traje. ¿De qué trata? —quiso saber el alumno, con genuino interés.

El profesor lo miró con escepticismo, pero cogió de nuevo el libro y lo hojeó.

—Cuenta la historia de un amor que terminó mal —respondió el hombre canoso, y apretó sus gafas con un dedo—. ¿Aun así quiere que se la cuente? —preguntó, y William asintió—. Bien, Romeo y Julieta nacieron en familias enemigas, pero tuvieron la triste suerte de conocerse y enamorarse profundamente. Su amor tuvo un final inesperado. Lo demás tendrá que averiguarlo usted por su cuenta. Se lo dejaré de tarea.

—¿De tarea? ¿Y qué se supone que debo hacer? —preguntó el joven lord.

Su maestro cogió el libro y lo levantó.

—Tendrá que contarme el final y decirme qué hubiese hecho usted de haber estado en el lugar de Romeo —contestó, y le entregó el antiguo ejemplar—. Y cuídelo mucho, porque es un libro valioso.

El alumno asintió y volvió a observar la palabra «tragedia». Supo enseguida que la historia se parecía mucho a la suya y a la de Collette, así que creyó que sería una idea estupenda leérsela. Ahora que sabía que en unos meses ella partiría a Herefordshire y que no la vería en mucho tiempo, quería pasar todo lo que pudiese en su compañía.

Si la había echado tan en falta la semana que no acudió a su encuentro, no quería imaginar cómo se sentiría no poder verla en dos años. Aunque seguía siendo ella, la notó un poco extraña en la cena. Esperaba que no fuese algo serio. Parecía querer decirle algo con la mirada, pero ¿qué?

¿Habría sentido ella la misma emoción al volverlo a ver? ¿Se le habrá acelerado el corazón como a él? ¿Habría tenido tantas ganas como su amigo de acariciarle la mejilla o abrazarla?

Aunque sabía que estaban prometidos y que un día serían esposos, William no quería imponer a Collette una carga emocional, por lo que se preguntaba constantemente si podría confesarle alguna vez cómo se sentía en su compañía o cuando no la tenía cerca. Quería saber si aceptaría ese sentimiento que ni él mismo podía nombrar pero que siempre le rondaba la cabeza cual león acorralando a su presa.

El muchacho suspiró muy profundo y comenzó a copiar lo que le indicó el profesor. Miró el

reloj de bolsillo que le había regalado su padre en su último cumpleaños y se puso feliz al saber que en poco tiempo podría escabullirse para ir a la casa del viejo Norris.



El guarda y la señorita Mildred jugaban una partida de ajedrez, mientras que Collette esperaba en la ventana a que William llegara. Vestía un abrigado vestido de paseo y llevaba gran parte del pelo suelto y, el otro, recogido apenas en los costados y adornado con unas cuentas.

El invierno casi llegaba a su fin, pero se negaba a retroceder. Un gélido viento alborotó el dorado pelo de su prometido cuando este alcanzó la colina que quedaba frente de la cabaña. Aunque aún era temprano, el cielo encapotado impedía pasar la luz del sol y todo alrededor de la cabaña se veía blanco.

A Collette se le escapó una radiante sonrisa al verlo, y él se la devolvió. La fría brisa le había enrojecido las mejillas y la nariz.

—¿Aburrida? —preguntó, con una ceja levantada. Aunque siempre fue algo tímido, la versión más lobuna de ese muchacho que la observaba con determinación no desagradaba a la joven.

—No me apetecía participar de la partida de esos dos —contestó, y señaló con la cabeza a los dos que tenían el rostro entre serio y desconfiado, con la vista fija en las piezas del tablero.

La chimenea emitía un agradable calor, y las ascuas eran avivadas de rato en rato por el vejo Norris.

—¿Quieres oír una historia interesante? —preguntó William, y le enseñó el libro que sacó de la biblioteca de su padre.

Collette asintió de inmediato y lo acompañó a un rincón alejado de la pequeña sala de estar.

—¿De qué se trata? —quiso saber la joven, que caminaba del brazo de su prometido.

—Ya lo sabrás —contestó con una sonrisa de costado—. Por cierto, la semana que no has venido... ha sido muy aburrida —reconoció el joven, y un ligero rubor invadió su rostro—. Me alegró mucho volver a verte anoche, aunque no hemos podido hablar como de costumbre.

Collette levantó la mirada y sonrió.

—Casi se me escapa una risa cuando tu madre dijo que no podías echar en falta a alguien que no conoces. —Llevó una mano a la boca y se echó a reír—. Si tan solo supiera que llevamos años siendo amigos... —La última palabra sonó en un susurro.

William retiró con la mano el polvo del desvencijado sillón para que Collette no ensuciase su vestido celeste, a pesar de que llevaba una capa de terciopelo en un tono más oscuro. La cogió del brazo para ayudarla a tomar asiento y tal vez tardó un poco más de lo correcto en soltarla. Definitivamente, los toques ya no le resultaban lo mismo que de niños, porque ahora le recorría una curiosa electricidad al contacto con su cuerpo. Sentía la necesidad de acariciarla, de posar sus labios sobre ella, y debía reprimir esos sentimientos hasta saber que a ella no la ofendería.

Collette se puso cómoda y observó el libro con curiosidad, mientras que William se echó a su lado para reposar la cabeza en el hombro de su amiga. Siempre lo había hecho y no recordaba un lugar mejor para olvidarse de todo y disfrutar la cercanía con la joven que, desde no hacía mucho, lo mantenía suspirando.

—¿Eso significa que tendré que leer yo? —preguntó ella, con un tono de reclamo.

—Tu voz es más dulce que la mía, y lees mejor —la convenció el muchacho, y se echó a reír al ella poner los ojos en blanco.



A medida que la tarde avanzaba, el viento afuera se volvía más violento y se colaba por las hendiduras de la cabaña. Los dos jóvenes oyeron a una desesperada señorita Mildred llamarlos desde la cocina. Ni siquiera se dieron cuenta de la hora cuando Collette levantó la mirada del libro, a la par que una lágrima rodaba por su mejilla y caía sobre una de las páginas.

—¡Milady! ¡Debemos regresar, o su padre me colgará de cabeza si se entera de que anduvimos por el bosque hasta estas horas! Incluso la cena debe estar lista —parloteó la doncella con nerviosismo.

La joven asintió y se levantó con ayuda de su prometido.

William se apresuró a limpiarle el rostro con un dedo y marcó la página con una hierba seca para continuar al día siguiente.

—Ellos eran como nosotros —susurró la joven, sin dejar de mirar los profundos ojos azules que la observaban con atención—. Por eso has escogido este libro.

El muchacho asintió.

—Pero si ya no deseas leerlo, podemos dejarlo hasta aquí... —se apresuró a decir, mas fue interrumpido.

—No, no, me gustaría saber qué ha sucedido con ellos al final —afirmó, y William estuvo tentado de contarle que, según su profesor, era una historia de amor que terminó mal; no obstante, no deseaba desanimarla.

—Mañana continuaremos, entonces —sugirió el muchacho, y ella asintió.



Les llevó una semana terminarlo, pero William se sorprendió con la reflexión de Collette tras el triste final.

—Somos como Romeo y Julieta, pero nosotros le daremos un final feliz a su historia —afirmó la joven, muy convencida.

Collette había horneado sus primeras galletas y quiso compartirlas con sus amigos. Las puso en una canasta que llevaba colgando del brazo, mientras William cargaba el libro en una mano y enlazaba el otro con el de su prometida.

—¿Tú lo crees? —preguntó William, entrecerrando un poco los ojos.

La muchacha se sonrojó y recordó la noche de la cena, en la que, con esa sola mirada William la desnudó, y ella sintió que todo su cuerpo reaccionaba.

—Creo que con el tiempo podemos llegar a amarnos de esa manera y terminaremos con los enfrentamientos para siempre. —Su mano rozó la de William y todo su cuerpo se tensó.

Se había quitado los guantes para no ensuciarlos con las galletas y su piel no tenía

restricciones para sentir la del muchacho. Él la miró sin decir nada y se aclaró la garganta antes de continuar con lo que hacían. Se sentaron a la mesa donde les aguardaba preparado el té.

—¿Qué hubieses hecho de haber estado en el lugar de Romeo? —le preguntó Collette, recordando la tarea de su prometido.

William lo pensó por un momento.

—Le diría a Julieta que continuase con su vida a pesar de no tenerme a su lado. Se lo diría desde un principio. No soportaría que ella renunciara a una oportunidad de volver a amar, de ser feliz.

Collette asintió pensativa. Imaginó por un momento su vida sin William y sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Pensé que dirías que morirías conmigo —bromeó ella, y lo codeó.

William se quedó callado y levantó la mirada de su taza; era penetrante, intensa y a la vez tranquilizadora, pero ella sintió que sus mejillas ardían. Sonrió y negó con la cabeza mientras cogía una de las galletas de la canasta para ponerla en su platillo. Continuaron con su conversación, pero ya no mencionaron la idea de morir por amor.

No lo exteriorizó, pero la reflexión de Collette le rondaba la cabeza y había estado a punto de hacerle una pregunta importante cuando fueron interrumpidos por la doncella, que nunca defraudaba al momento de interponerse en conversaciones importantes.

—Perdone, milady, pero debemos regresar a Cliveden Manor —apresuró la doncella, con el bonete de la joven dama en sus manos, presta a colocárselo de nuevo.

El viejo Norris, recostado en el vano de la puerta, observó el rostro decepcionado del joven al acercarse—. ¿Ha podido hacerle la pregunta, milord? —inquirió el guarda, a lo que William solo resopló con frustración y negó con la cabeza.

—Se la haré mañana, aunque el cielo se caiga —aseguró con firmeza.

El viejo asintió con complicidad.

—Si le sirve de consuelo, creo que no fracasará —dijo el señor Norris, y le palmeó la espalda en señal de despedida—. Ahora, regrese con cuidado a casa. Mañana será otro día.





CAPÍTULO 10

Reading, 1802

Seis meses después del compromiso, ni el calor más severo del verano logró que Collette se volviese a meter al arroyo con William, así que ella decidió sentarse en la vera y meter solo los pies para refrescarse; ya no eran niños. Las cosas entre ellos habían cambiado, pues ya no se miraban con un cariño filial, sino el de dos personas que empezaban a experimentar otro tipo de sentimientos, más parecidos a los de Romeo y Julieta, como leyeron en el libro.

—¡Vamos, Collette! En un mes estarás partiendo hacia Herefordshire y ya no podrás hacerlo —insistió William, escurriendo agua al salir.

Ella se tensó por completo al ver cómo la tela de su camisa y pantalones se le pegaban al cuerpo, y este ya no era el escuálido que recordaba, sino uno muy varonil que la hacía rezar cada vez más.

—Mis padres están en casa y sospecharán si me ven llegar con el pelo mojado —arguyó la joven mientras levantaba la mirada al cielo, con los ojos entrecerrados. Aunque estaban bajo el cobijo de un frondoso árbol, no podían evitar que algunos rayos se colasen entre las hojas.

William no había podido hacerle la pregunta meses antes, y a medida que quedaba menos para que ella fuese a la escuela de señoritas, sentía la necesidad de encontrar la ocasión para salir de dudas; porque no quería que ella partiera sin saber que con solo verla se le detenía el corazón, o que su ausencia sería un suplicio.

Collette apoyó ambos brazos a sus costados, echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos para recibir los rayos de sol en su rostro. Su prometido no pudo evitar dirigir la mirada hacia su esbelto cuello e imaginar lo suave que se sentiría si pudiese darle un beso en ese lugar.

La señorita Mildred y el viejo Norris bebían té en la cabaña, mientras que los jóvenes quebrantaban un montón de reglas de la etiqueta social al estar solos y sin carabina; pero la doncella conocía el corazón de su ama y deseaba darles a ambos una oportunidad de confesar sus sentimientos o por lo menos de recolectar momentos que luego atesoraría cuando estuviese lejos.

—¿Te gustaría recibir la visita de este amigo en Aberling Hall? Porque podría escapar algunas veces y colarme por ese lugar en el cual he descubierto a algunos disolutos hacerlo el año pasado —preguntó, con una sonrisa pícaro y las mojadas pestañas moviéndose como alas de mariposas.

Ella se echó a reír al imaginarlo trepar alguna tapia y negó con la cabeza. Temía desviar la mirada hacia el muchacho y delatar sus pensamientos al ver que su camisa se volvía diáfana al estar mojada, pero tampoco quería evitarlo hasta que se fueran.

—Solo si prometes no hacerte daño —respondió, después de calmarse y de mirarlo con cariño, con complicidad y con todo eso que él le provocaba.

Si él no llegaba a amarla como anhelaba, por lo menos deseaba seguir teniéndolo a su lado. Disfrutaba de su compañía, y los momentos a su lado siempre eran los mejores de su día.

William se acercó un poco más y llevó una mano a su cabeza para sacarle un insecto de su moreno pelo, pero sin evitar perderse en sus profundos y expresivos ojos negros. Se quedó así por unos segundos, más largos de lo que esperaba, como si su cuerpo se negase a obedecer a la

razón; esa que le decía que tomase distancia lo antes posible o cometería una grave falta.

Collette lo vio bajar la mirada con culpa y supo que esa era su oportunidad. Lo conocía tan bien como para saber que le ocultaba algo, y eso la atormentaba. En esa relación, ella siempre era la de los arrebatos, la de las confesiones y la de las preguntas inoportunas, la de las ideas locas y la de los problemas de los que William la rescataba.

Con su temperamento de aguas mansas, era incapaz de negarle algo; no por falta de carácter o criterio propio, sino porque se sentía muy feliz de pensar que eran un equipo y que ella siempre recordaría todo aquello que aprendió con él. No lo incomodaba que su amiga a veces fuese demasiado conversadora, o que desde hacía poco sintiese con mayor intensidad el peso de su mirada, porque él estaba seguro de que ella era la parte divertida que su vida no poseía y que él, a su vez, era la calma en la suya.

Se retrajo hasta volver a su sitio y suspiró. El corazón de Collette volvió a latir y la joven apretó contra su pecho el libro que leía mientras él se daba un chapuzón. Necesitaba tomar distancia o podría cometer una terrible locura con su amigo. Se levantó con cuidado y se aclaró la garganta antes de hablar:

—Iré a ver si han terminado de conversar esos dos —mencionó la joven de manera acelerada y de espaldas a su acompañante—. El viejo Norris ha preparado limonada.

—Collette —la llamó William, y se incorporó de inmediato. La muchacha se detuvo, pero no volteó, así que él se acercó a ella y se quedó a pocos centímetros de su tembloroso cuerpo. Llevó una mano a su hombro y deslizó los dedos hasta llegar a su mano, rodeó los de ella y los entrelazó—. Por favor, dime que sientes lo mismo cuando estás cerca de mí —susurró, cada vez más cerca de su cuello. Ella sintió cómo se ponía tensa con su cercanía—, porque yo ya no sé qué hacer con esto que crece en mi pecho y que amenaza con salir cada vez que te veo, cada vez que sonrías o tan solo te pienso.

Collette sintió que los ojos le ardían, que una emoción la embargaba en lo profundo de su ser y que pronto se derramarían de esos orbes que miraban donde esas conocidas manos se aferraban a las suyas como si estuviesen hechas para que encajaran. Se giró con lentitud y quedó frente al joven, que parecía expectante de su reacción. Sentía que no solo sus mejillas debían estar rojas, sino que sus labios ardían de deseo por probar aquellos que parecían temblar. Imaginó cuánto valor tuvo que reunir ese muchacho tan tímido para decir esas palabras, porque la de decir ocurrencias de frente era ella, mientras que él disfrutaba del brillo que irradiaba.

—William... —susurró ella, y llevó una mano a la mejilla de este. Él cerró los ojos y ladeó la cabeza para reposarla en esa suave piel—. Te quiero como solo Julieta podría comprender. No te imaginas lo mucho que me contuve para no hacerte esa misma pregunta, aunque no tuviese dudas de mi respuesta en caso de que tú la hicieses primero.

Estaban tan cerca que ella disfrutó ver cómo esas rubias pestañas brillaban con la luz del sol antes de dejar ver sus ojos azules desnudarla como siempre lo hacían. Sonrieron a la par, y él suspiró muy hondo antes de limpiar el rastro de una tímida lágrima en la mejilla de Collette. Agradeció que no se le diese por hablar de más como cuando se ponía nerviosa, porque no tendría el valor de dar el paso.

Y sin que pudieran contenerlo más, sus cuerpos se tocaron a través de los labios, en un suave y anhelante roce. Él la sostenía por la cintura y ella aferraba con ambas manos las mejillas de William, a la par que sus movimientos coordinaban para saciar ese deseo que ya no podían ocultar.

Una brisa traviesa trajo consigo algunas hojas de los árboles que los rodeaban, como si se

sintiera celosa y desease traerlos de vuelta a la realidad. Ambos se miraron a los ojos y se echaron a reír antes de estrecharse en un abrazo donde ella encontró su lugar.

—Te echaré de menos cada día que no estés aquí —dijo él, y la besó en la cúspide de la cabeza. Sintió ese aroma que, para ese entonces le resultaba familiar, del jabón que usaba la señorita Mildred para lavar el pelo de su ama. No necesitó mirarla, sabía que ella debía estar sonriendo—. Cuidaré a las flores por ti, y también de las aves —añadió, sabiendo que para ella era importante.

Él quería que Collette encontrara todo igual a su regreso, que la estuviese esperando, imperturbable, para retomar esa historia que pondrían en pausa el tiempo que ella estaría en Herefordshire. Ella levantó la mirada y parecía querer grabar en su mente el rostro de su acompañante.

—Yo también te echaré de menos —dijo después de un suspiro. Llevó el pulgar a los labios de él y luego lo paseó por su barbilla, para atraerlo de nuevo hasta donde ella los pudiese probar. Le dio un rápido beso y sonrió—. Escíbeme a diario y, si vas a Londres, no mires a otras jóvenes.

A William le resultó muy tierno que ella se sonrojase al pronunciar las últimas palabras y bajase la mirada. La apretó un poco más contra su cuerpo, sin importarle que podría mojarla, y sonrió. Aunque parecía muy firme por fuera, temía que ella se percatara de que estaba temblando.

—Prometo que no lo haré, pero tú prométeme que no te meterás en problemas en Aberling Hall.

Sabía que era adicta a los desafíos y a las incursiones por el bosque. Temía que ignorara que no todos entenderían esa naturaleza que ella poseía y que la castigaran. Sus hermanas habían comentado que lady Abbott era una dama muy estricta y que se tomaba muy en serio la educación de las jóvenes que enviaban a su escuela.

Collette asintió y reposó su mejilla derecha en el pecho de William una vez más, deseando que ese momento se volviese eterno y no tuviese que regresar a Cliveden Manor; pero las risas del viejo Norris y la señorita Mildred en la distancia los trajo de vuelta a la realidad y se separaron como si hubiesen recibido el golpe de un rayo. Ella se arregló el vestido y notó las manchas de agua que ahora adornaban su pecho y parte de su torso.

—Se secará mientras regresas a casa —dijo el muchacho, adivinando su preocupación.

—Eso espero, o estaré en problemas —respondió a la vez que observaba nerviosa hacia donde provenían las risas.



Collette no pudo pegar los ojos en toda la noche. Se removía en la cama y acariciaba sus labios con los dedos, evocando aquel beso que le quemó hasta el alma. Sonrió con picardía y también recordó la sensación de las manos de William en su cintura y espalda. Su agarre había sido firme y a la vez suave.

Se levantó de la cama y caminó descalza hasta la ventana. Abrió las dos hojas y miró al oscuro cielo plagado de estrellas. La brisa traía consigo el aroma de los jacintos y lilas que la condesa cuidaba cual joyas en su jardín y que esa mañana adornarían el salón. Se abrazó a sí

misma y pensó en lo afortunada que era por estar comprometida con William y por la forma en que se conocieron.

—No sé qué hubiese sido de mí si tuviese que verlo tomar a una esposa que no fuese yo —susurró agobiada, pero luego se recompuso y suspiró.

Tocó la campanilla de la señorita Mildred, y esta no tardó en presentarse a la habitación de su ama con una vela.

—¿Se encuentra bien, milady? —murmuró la doncella, somnolienta.

Collette asintió apenada y no la retuvo por mucho tiempo.

—Solo deseaba encender mi vela, señorita Mildred —respondió, y señaló el candelabro que tenía sobre una mesa de escritura, en un rincón de su alcoba—. Lamento haberla molestado tan tarde —se disculpó, aunque la criada se apresuró a negar con la cabeza, hasta que unos mechones salieron de su gorro.

—¿Qué dice, milady? Usted no necesita disculparse. Es la hija de los condes —expresó la sirvienta algo apenada, pero Collette negó con la cabeza y sonrió.

—Es solo que... no podía dormir y supuse que podía leer un poco —se excusó la joven, y la doncella se apresuró a encender las tres velas del candelabro y acomodó mejor las almohadas de su ama, mientras que esta buscaba algo en un pequeño baúl forrado de cuero.

—Si no desea nada más, me retiro, entonces, milady —se despidió la doncella, intentando no bostezar.

—Muchas gracias, señorita Mildred. Vaya a descansar de nuevo —auguró la muchacha, y la vio perderse tras la maciza puerta de madera.

Sacó unas hojas de papel, una pluma y tinta y las colocó ordenadamente sobre la mesa. Se le ocurrió una idea y quería empezarla de inmediato por si no tuviese la oportunidad de terminarla a tiempo. William le había dicho que la echaría mucho de menos, entonces ella quería dejarle unas cartas donde le dedicaría unas palabras salidas directo del corazón para consolarlo. Siempre se le dio bien expresarse, por lo que no tardó en terminar cinco cartas que supuso le darían ánimo cuando ella no estuviese a su lado.

Sí, pensaba en lo mucho que su amigo le haría falta en Aberling Hall, pero también la emocionaba la idea de conocer a otras jóvenes de su edad. Deseaba tener amigas con las que pudiese hablar sobre su amor, sobre sus aventuras y sobre sus sueños, y esperaba encontrarlas en Herefordshire, ya que las hijas de las amigas de su madre solo eran unas arpías que fingían aceptarla, solo que nada de eso era verdad.

Sin darse cuenta, sus ojos se le cerraban, y el sueño poco a poco la hacía su presa. Guardó las cartas en el cofre y caminó hasta caer rendida sobre la mullida cama para viajar al reino de los sueños.





CAPÍTULO 11

Londres, 1817

Collette también visitó a lady Rose antes de marcharse a Reading, pero lo hizo sin la compañía de sus hijas, pues no deseaba que oyesen su conversación.

Sentir ese abrazo reconfortante la remontó a la época en que conoció a sus mejores amigas, aquellas con las que forjaría una especie de hermandad que duraría muchos años. Lady Rose le acarició la espalda, y ni siquiera necesitó hablar; las amigas solo necesitaban saber que estaban de su lado.

Dieron un paseo por los jardines del palacete de los marqueses de Surrey, y no tardó en unírseles lady Margaret Mountblanc, vizcondesa de Delford y hermana de la marquesa, también amiga de Collette desde que compartieron habitación y clases en la escuela de señoritas muchos años atrás.

La única que faltaba en esa estampa para dar ánimos a la vizcondesa era lady Frances, que murió de una enfermedad que ya la aquejaba cuando conoció a las tres muchachas, que no tardaron en convertirse en más que una familia y gracias a las cuales conoció a su esposo, lord Edward Montvere, actual marqués de Huntington. Aunque su historia de amor fue breve como su vida, el hermano mayor de las amigas de Collette jamás la olvidó y seguía teniendo su recuerdo en gran estima.

En ese momento, el marqués visitaba a su madre —que residía con lady Rose— y de paso disfrutaba de un momento de paz en el jardín de invierno, en compañía de un libro.

—Llegué a pensar que Edward se buscaría pronto una nueva esposa —mencionó Margaret, señalando hacia la estructura cubierta de cristales y madera blanca, desde donde se podía ver el interior lleno de plantas y a un esbelto caballero.

—Él y yo sabemos que en realidad uno no muere de amor —acotó Collette, que sonrió con tristeza—. Una solo debe recoger los pedazos de su corazón y guardarlos hasta que puedan ser recompuestos.

Las hermanas se miraron y la apartaron hacia el jardín de tulipanes que acostumbraba a adornar el palacete en primavera.

—Hemos visto a William —anunció Margaret, algo temerosa—. Y Rose me ha contado lo sucedido ayer en Hyde Park —añadió la dama al coger el hombro de su amiga—. ¿Te encuentras bien?

Ellas conocían muy bien todo el dolor que le había causado la ruptura con su prometido de toda la vida y su posterior boda con la única mujer con la que no deseaba verlo. La consolaron hasta que no le quedaron lágrimas y fueron su mayor apoyo los primeros años de su matrimonio con el vizconde.

Se dejaron de ver por unos años porque, tanto lady Margaret como lady Rose, estuvieron viviendo en el campo y solo mantuvieron correspondencia durante ese tiempo. No obstante, la falta de sus amigas llevó a Collette a cruzarse en el camino de Charles, así que no estaba enfadada con la vida por eso. La acompañaron en su dolor por la pérdida de Oliver, pero no se quedaron por mucho tiempo, por lo menos no hasta que ella superara su profunda pena.

—A vosotras no os puedo engañar —dijo mientras se masajeaba la sien—. Me he sentido terriblemente infeliz al volver a verlo. Continúa siendo tan apuesto como en aquel entonces y creo que nunca he dejado de amarlo. —Collette sintió que le escocían sus morenos ojos—. El corazón casi se me sale del pecho para ir a buscarlo.

—Ay, querida... —susurró lady Rose, y le apretó la mano cuando lady Margaret le rodeaba el hombro para infundirle apoyo.

—¿Qué piensas hacer? —quiso saber Margaret.

—Continuar con mi vida, por supuesto —respondió Collette con indiferencia.

—Afortunadamente, te marchas para Reading cuando él busca asentarse en Londres. Tendrás mucho tiempo para coger valor y para evitarlo —repuso lady Rose.

—¿Sigues buscando un nuevo amante? —preguntó lady Margaret, y le dedicó a su amiga una mirada pícaro—. Puedes tomarlo a él como amante, o buscarte otro que te haga olvidarlo por completo.

Collette se echó a reír por la ocurrencia de su amiga. Negó con la cabeza después de unos segundos.

—Estás loca si piensas que haré eso —respondió con seguridad—. Jamás destruiría una familia.

—No lo harías —afirmó lady Rose, levantando un poco el mentón, con esa mirada que indicaba que tenía información valiosa—. Ha enviudado hace un año. Se rumorea que ha venido a buscar esposa en Londres y que tiene un hijo de seis años.

La vizcondesa sintió de nuevo ese vacío en el estómago, así que se abrazó a sí misma.

—¿Anne ha muerto? —preguntó Collette muy consternada.

—He oído de mi esposo que padecía de una enfermedad en los pulmones y que por eso William la había llevado a un lugar fresco y alejado de todo el ajetreo de Londres —repuso la marquesa.

Aunque la noticia no la alegró, Collette debía reconocer que su parte egoísta sintió que la justicia divina existía. No podía creer que solo a ella le sucedieran las cosas malas. Sus amigas observaron hacia el jardín de invierno y saludaron a su hermano mayor, que salía de este para entrar al palacete; saludó también a la visita y se perdió tras las majestuosas puertas de madera tallada.

—Os echaré de menos mientras estoy lejos —anunció Collette.

—Te mantendremos informada de todo lo que acontece en Londres mientras no estás —afirmó Margaret, refiriéndose a William, aunque no lo mencionase de forma directa.

—Por favor, evitad informarme sobre ese caballero —mencionó, incapaz de pronunciar su nombre por el rencor que le tenía.

—Eres una aburrida. Pero te mantendré al tanto de todas formas —se quejó lady Rose, y hundió los hombros, desanimada.

Recordó aquellos tiempos en los que regresaban a sus casas por vacaciones y mantenían comunicación a través de extensas cartas, las cuales leían emocionadas apenas llegaban. Por eso es que conocían a detalle la trunca historia de amor de la dama cuyos llorosos ojos intentaban parecer indiferentes.

De las cuatro, ella era la única que estaba prometida y tan enamorada al conocerse, por lo que ninguna pudo creer cuando leyeron en una desgarradora carta que no se casaría con William, sino con un vizconde viudo.

A pesar de todo, estaba agradecida con la vida por haberlas conocido.





CAPÍTULO 12

Herefordshire, 1802

La escuela de señoritas de lady Abott era más bella de lo que imaginó; fue lo primero que divisó esa mañana cuando llegaron tras un largo y tedioso viaje en carruaje. Los recibió, junto a muchas señoritas que se instalaban en su nuevo hogar, un imponente palacete cuyas fachadas estaban cubiertas en partes por glicinias en flor y otras pocas por hiedras —las cuales no entorpecían la vista de los altos ventanales que le daban al edificio un aire majestuoso—, unos candelabros colgantes que nada tenían que envidiar a las cortes reales, como también la refinada decoración del interior.

Collette fue la primera en llegar a la habitación que le asignaron y la que, según indicaciones de la señorita Greenwill, mano derecha de lady Abott, compartiría con otras tres jóvenes a quienes aún no tenía el placer de conocer.

La emoción que le generaba esa nueva etapa de su vida competía con la angustia de estar lejos de sus amigos, aunque se había encargado de dejarles algunos recuerdos para cuando la echasen de menos.

La acompañaron los condes, que se mostraron muy complacidos en que su hija hubiese aceptado formarse en tan prestigiosa academia como lo hizo lady Dorset en sus tiempos de juventud. Una vez que la acomodaron en Aberling hall, se retiraron a una posada cercana en la que permanecerían hasta que su hija terminara de adaptarse a su nueva vida.

Collette acomodaba sus baúles, pero oyó pasos afuera de la habitación. Su corazón palpitó por la emoción de que fuesen sus nuevas compañeras las que conversaban animadas detrás de la puerta.

La primera en ingresar a la estancia fue una joven de pelo castaño y piel cetrina, con una mezcla de alegría y timidez en el rostro. Sus delgados labios formaron una amable sonrisa al ver que ya había alguien en la habitación. Collette no tardó en enterarse de que era la hija del barón de Helford.

—Hola. Mi nombre es Frances —expresó la muchacha con un brillo especial en los ojos mientras cruzaba la estancia, y la celadora que la acompañaba le indicaba a un lacayo que dejase los baúles fuera de la habitación—. Vivo en Yorkshire, pero me hace mucha ilusión los años que pasaremos aquí. ¿Y tú?

—El mío es Collette, y también me hace ilusión vivir aquí —repuso la hija de los condes, y, antes de dar unos pasos, oyeron voces a sus espaldas, lo que las llevó a girarse a ver de quiénes se trataba.

Dos jóvenes de pelo rubio y con atuendos muy llamativos peleaban por algo que no se llegaba a entender, pero, al notar que casi chocan contra unos equipajes, se detuvieron abruptamente. Se desafiaron una vez más con la mirada antes de percatarse de que tenían público y de recibir una reprimenda por parte de una dama que las seguía con dificultad.

—Deteneos de una buena vez —amenazó la mujer mayor, y golpeó con su abanico primero a una y luego a la otra—. No hagáis que me arrepienta de haber convencido a vuestro padre de enviaros a la escuela de lady Abott.

Collette y Frances observaban con atención lo que sucedía y se quedaron muy quietas. La dama que las acompañaba tenía un aspecto noble y, a pesar de las arrugas que adornaban su rostro, les dio a entender que no se trataba de la madre de las muchachas.

—¿Qué dirán de vosotras si os oyen pelear por semejante tontería? —reclamó la abuela, y frunció los labios con reprobación. Las dos jóvenes que permanecían expectantes en el interior no llegaron a oír el porqué peleaban, pero no parecía tratarse de algo serio—. Sois hermanas y debéis manteneros unidas. Espero no enterarme de que os metéis en problemas mientras estáis en Aberling Hall. Lady Abbott es amiga mía y tiene completamente prohibido ser condescendiente con vosotras.

Ambas jóvenes asintieron con pesar y por fin se percataron de la presencia de Collette y Frances. Sonrieron avergonzadas y se dedicaron una mirada de reproche una vez más antes de presentarse.

—Perdonad a estas muchachas tozudas —se excusó la mujer mayor, y ambas bajaron la mirada antes de ser presentadas—. Estas son lady Margaret y lady Rose Monteverre, mis queridas nietas.

Collette y su nueva amiga saludaron a las hermanas con cordialidad, y estas parecieron olvidar su batalla por el momento. Sonrieron y se presentaron como era debido ante la dama cuyo nombre no conocían pero que no tardaron en hacerlo.

—Josephine, mi querida y vieja amiga —mencionó una dama de suma elegancia que avanzaba en compañía de la señorita Greenwill hacia la abuela de las hermanas.

—Nunca pierdes la oportunidad de mencionar que ya no somos las jóvenes de antaño —reclamó lady Josephine con fingida indignación, a lo que la otra mujer respondió con una tímida sonrisa.

—Ideas tuyas, querida, porque me siento igual que antes —respondió la directora de Aberling Hall, y levantó el mentón—. ¡Pero mirad qué preciosas se han puesto las hijas de George! Aún recuerdo cuando el disoluto de vuestro padre se colaba a escondidas para visitar a vuestra madre —añadió la directora con el semblante serio—. Aprovecho para advertiros que no intentéis semejante salvajada, porque recibiréis un castigo ejemplar.

Las cuatro muchachas cruzaron miradas y un ligero destello de complicidad surgió en ellas. Todas negaron a la par y mostraron su rostro más inocente.

Esa fue la tarde en la que Collette, Frances, Rose y Margaret empezaron su amistad, con esa predisposición de guardar secretos y vivir nuevas aventuras, con sus diferentes caracteres y procedencias, empezaba la nueva vida que las uniría por muchos años; incluso después de separarse para ocupar los sitios a los que el destino las guio.



No pasó ni siquiera una semana antes de que Collette se hubiese enterado de que lady Rose y lady Margaret habían estado a punto de no asistir a Aberling Hall por reticencia de su padre, ya que ambas estaban siendo cortejadas por caballeros con mucha riqueza pero con fama de libertinos. Lord James Monteverre, marqués de Huntington, temía que sus dos preciosas hijas cometiesen los mismos errores que sus progenitores en el pasado, lo cual condujo a la pareja a casarse porque el heredero venía en camino. Así también se enteró la hija de los condes de

Dorset que las hermanas tenían un hermano mayor que era el orgullo de la familia y objeto de deseo de muchas damas, pero que era poseedor de un carácter hosco y frío, lo que justificaba su soltería a sus casi veinticinco años.

De lady Frances no había mucho que conocer, solo que era hija del conde de Ashford, la menor de cuatro hermanos y que su salud no era la mejor de todas, por lo que sus padres creyeron oportuno que pasase un tiempo en un lugar como Aberling Hall, en compañía de otras jóvenes de su edad. Su voz era suave y su sonrisa parecía la de un ángel, pero no era difícil adivinar que algo en ella no estaba bien. Se agotaba con facilidad y a veces debía faltar a clases; sin embargo, ella no deseaba rendirse, así que ponía todo de sí para seguir a sus compañeras de habitación.

Por último, al enterarse las tres jóvenes de la historia de Collette, no pudieron evitar suspirar con anhelo. Aunque las hermanas estaban siendo cortejadas, no tenían sentimientos tan profundos como los que parecía tener su amiga hacia su prometido.

Con ellas, para Collette, se aligeraba la tristeza de dejar el hogar que la había cobijado por dieciséis años y fuera del cual se creía imposible de resistir. Echaba de menos a William y al viejo Norris, pero también disfrutaba de esa nueva amistad que experimentaba. Se preguntaba constantemente si William leía sus cartas o si las guardaría para cuando en realidad las necesitara, como ella le aconsejó; pero lo sabría cuando él le enviase las suyas.

Las empezó a recibir medio mes después de su llegada a Herefordshire. William le explicaba que quería dejar que ella se asentara antes de empezar a remitir sus misivas, de tal modo le daba tiempo a la añoranza para que hiciese lo suyo. Le contaba que ni la cabaña ni las tardes con el viejo Norris eran tan divertidas como cuando ella los acompañaba, pero que le deseaban una feliz estancia. Esperaba leer que pronto la visitaría o que leyó sus cartas, sin embargo, su prometido no mencionaba nada sobre ello.

—«Los árboles empiezan a vestir de otoño, y pronto el viento me recordará que no tendré tu calor para abrigarme, ni tu mirada para sentirme cobijado y feliz. Abrígate correctamente y no salgas fuera de hora, a menos que sea para verme» —leyó Collette.

Las cuatro amigas chillaron de emoción al escuchar lo que leía Collette, pero la que en realidad mostraba un semblante soñador era Frances, con esos tranquilos ojos grises que observaban a las demás sugerir respuestas para el joven enamorado. Ella nunca había experimentado algo parecido y no tenía muchas esperanzas de hacerlo en el futuro dada su condición. Sus padres no lo sospechaban, pero ella sabía lo que el doctor Johnson les informó en privado.





CAPÍTULO 13

Los meses pasaron y las cuatro amigas casi no se percataron. William visitó a Collette varias veces, pero ella no imaginó que esa noche de crudo invierno él se atrevería a trepar los muros de Aberling Hall para llevarle una terrible noticia.

Se las ingenió para enviarle una nota en la cual la citaba en el lugar de siempre, el jardín de invierno, el cual casi nadie visitaba y resultaba un lugar propicio para sus encuentros.

Collette se apresuró a vestir una abrigada capa y a pedirle a sus amigas que la cubriesen si se presentaba la celadora. No esperaba a William hasta dentro de un mes, por lo que le urgía saber a qué se debía esa visita tan repentina y urgente.

El muchacho, que cada vez estaba más apuesto, se apresuró a buscar consuelo en su prometida, que lo recibió con emoción y lo rodeó con los brazos. No tardó en notar que algo no iba bien, que no era normal que William no buscara sus labios al verla o que su mirada estuviese tan desanimada. La abrazaba como si temiese que se la arrebataran o que se desvaneciese de repente, eso desconcertó a la joven.

—Espero que sea porque me has echado de menos —susurró ella, acunando el rostro de su amado, pero los ojos del muchacho se veían tristes y derrotados, como con una profunda pena a su alrededor.

—Collette... —empezó a decir, y observó su reacción, que cada vez parecía más preocupada—. No traigo buenas noticias.

La cogió de la mano y la condujo a un asiento tras una enorme maceta llena de rosas que cuando florecían eran rojas como la sangre y desprendían un aroma tan dulce que parecía irreal.

—Cuéntame sin rodeos, William —pidió la muchacha, e intentó contener el temblor que empezaba a apoderarse de su cuerpo.

—Es que no hay forma bonita ni rápida de decir algo como lo que vengo a contarte. —Le acarició la mano y suspiró muy profundo.

Ella lo observó temerosa, imaginando un montón de posibilidades, y ninguna de ellas se acercaba a lo que William pronunciaría segundos después.

—El viejo Norris ha muerto —mencionó con la voz quebrada.

Sus ojos se veían ligeramente brillosos por las lágrimas, y ella llevó ambas manos a la boca para ahogar un grito de dolor.

—¿Qué ha sucedido? —pidió saber la muchacha, sin poder contener las lágrimas.

—Una rama le cayó en la cabeza y ni siquiera ha podido pedir ayuda —contó William, con la mandíbula tensa. Se sentía impotente porque debía visitarlo esa tarde y su padre lo envió a hacer un encargo a Londres—. Al parecer recogía leña y no vio cuando una de las ramas se desprendió del árbol. Según el doctor Harrison, el pobre no sufrió. Fue una muerte instantánea. Tu padre lo ha encontrado esa misma tarde porque acompañaba a algunos criados para indicarles dónde debían reparar las cercas después de un temporal.

Collette no pudo contener más su llanto. Se apretó contra el pecho de William y reveló todo el dolor que sentía con esa pérdida. El viejo Norris se había convertido en alguien muy importante para los dos y lo llegaron a querer como si fuese un familiar y no solo un sirviente. Fue un hombre sabio y tolerante que no dudaba en ayudar y en transmitir sus conocimientos a los demás.

—Esperaba cualquier noticia menos esta —dijo Collette entre sollozos.

La hija de los condes de Dorset visitó la tumba del viejo Norris cuando regresó a Reading por Navidad. Llevó un ramillete de campanillas de invierno a la cabaña, que parecía desolada sin su dueño, y la colocó en un jarrón sobre la mesa donde acostumbraba a jugar al ajedrez con la señorita Mildred. Paseó la mirada por el pequeño salón y una lágrima rodó al ver que su tetera parecía esperarlo en el lugar de siempre.

—Cuidaremos este lugar por usted, señor Norris —susurró Collette, que se sorbía la nariz y acariciaba una de las sillas del comedor.

William se acercó hasta donde ella se encontraba y la rodeó con los brazos. Ese lugar estaba lleno de recuerdos de los tres; los vio desde el inicio de su relación y aun así seguiría acobijándolos.





CAPÍTULO 14

Londres, 1817

—¿Estás seguro de que lo has oído bien? —inquirió el marqués de Reading a su criado de confianza, y este afirmó con vehemencia.

—Me lo ha contado una de las doncellas de Lyngate House —respondió el hombre.

William curvó un poco los labios y negó con la cabeza.

—No preguntaré qué métodos has utilizado para conseguir esta información, pero te lo agradezco. Dile al señor Nollan que prepare el carruaje y llama al ama de llaves —pidió, y revisó unos papeles que tenía sobre el escritorio.

—Me retiro, entonces, su señoría —se despidió el sirviente, con una venia.

William sonrió con el rostro pensativo.

—Probaré que no me has olvidado, querida Collette —susurró, y se irguió de un salto.

Los baúles no tardaron en estar listos y el pequeño Patrick correteaba feliz porque le gustaba la casa de Reading. La familia del vizconde de Lyngate partía esa tarde, pero él se adelantaría para poder llevar a cabo su plan. Conocía a Collette y sabía dónde la encontraría si iba a Cliveden Manor.

Era consciente de que ella seguía casada, pero incluso se conformaría con ser su amante con tal de tenerla de vuelta. Ser su amante, podría aceptarlo. Solo necesitaba quebrar sus barreras, recordarle lo bien que encajaban sus cuerpos, lo dulce que eran sus besos y que tanto amor no pudo haberse esfumado.

La sonrisa de esperanza no se le borró durante todo el viaje.



Reading, 1817

Desde que se casó, Collette no pasaba tanto tiempo en Cliveden Manor como aquella vez. Los condes de Dorset entendían su negativa a regresar a ese lugar que tanto daño le causó, pero la echaban mucho de menos, por lo que cursaron una invitación especial al vizconde y toda su familia para pasar una temporada en Reading.

Una guerra fría se instauró entre lord Lyngate y su esposa desde la boda del duque de Devon, y aquel no tardó en imaginar que el mal humor de Collette se debía a ello. No existía violencia física, pero sí palabras llenas de veneno, las cuales la esposa decidió ignorar y no darle el gusto de pensar que tenía razón.

Por fortuna, el vizconde no siempre estaba en casa porque realizaba viajes semanales a Londres por asuntos de negocios, así que Collette tenía tiempo de reflexionar a solas. Le encantaba visitar la cabaña abandonada del viejo Norris y, después de varios días acudiendo a ese lugar, ya no dolían tanto los recuerdos que quedaron grabados en su interior.

Lo que no esperaba era lo que vería al cruzar el umbral aquella vez: un apuesto y elegante caballero acariciaba la superficie de la mesa del comedor y observaba las flores que ella trajo el día anterior. Ni siquiera necesitó que él se volteara, conocía su forma de pararse, de colocar la mano cuando estaba nervioso y de suspirar. El inconfundible pelo dorado seguía algo alborotado por la ventisca y su pálida tez hacía contraste con la levita de terciopelo azul que tenía puesta.

A pesar de que se detuvo de inmediato, la brisa que la siguió se robó un poco de su dulce aroma para delatar su presencia. El intruso se tensó y se giró muy lento, hasta que sus miradas se encontraron. El corazón de Collette pareció saltarse una pulsación, mientras que el de él parecía detenerse. En completo silencio, se observaron y una cantidad de dolorosos recuerdos y sentimientos afloraron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la recién llegada, con completa indiferencia.

—He venido a presentar mis respetos al viejo Norris —respondió, y señaló con el mentón el pequeño ramo que reposaba sobre la mesa. Una verdad a medias.

No podía dejar de mirarla; se veía incluso más hermosa de lo que recordaba. En su corazón nada había cambiado a pesar de los años.

—Puedes hacerlo en el cementerio del pueblo, donde descansan sus restos —comentó un poco molesta, rodeando al marqués para coger otro jarrón y colocar el nuevo ramo—. No eres bienvenido en Cliveden Manor.

William apretó los labios con frustración y deseó rodearla con los brazos para estrecharla tan fuerte que pudiese recomponer esos pedazos de alma que ahora parecían inexistentes. Comprendía a la perfección su enfado y no la culpaba, aunque sí esperaba que ella no lo viese como a la plaga; él también se sintió roto por mucho tiempo, mas eso no evitó que diera unos pasos hacia ella y que Collette retrocediera.

—¿Seremos enemigos como lo han sido nuestros antepasados y como hemos jurado no actuar? —preguntó William, con los ojos fijos en ella.

El frío que se colaba por las rendijas de la ventana enrojecía sus mejillas e hizo tiritar a Collette.

—Qué curioso. Recuerdo que tú has decidido esto cuando me entregaste a los brazos de lord Lyngate —dijo ella entre dientes. Entrecerró los ojos y pareció pensar en algo en lo recóndito de su memoria —A ver si lo recuerdo... Ah, sí, me habías dicho que fuese sensata y que aceptase mi destino, que era nuestro deber.

El marqués sintió una opresión en el corazón al ver todo ese dolor en aquella oscura mirada.

—¿Y qué con todos los demás recuerdos que hemos tenido aquí? —preguntó suplicante, y acortó la distancia hasta arrinconarla contra la mesa—. ¿Es que jamás me perdonarás? —añadió, y acercó tanto su rostro al de ella que pudo oler el fresco aroma de su piel.

—He decidido no volver a confiar en nada que salga de tu boca —respondió Collette, con una sonrisa triste—, no después de haberme lastimado y humillado como lo has hecho. No puedes culparme, solo me protejo de los caballeros como tú, que juran amor y luego lo tiran como un deshecho.

Ella levantó el mentón y colocó una mano en el pecho de él, la que no tardó en bajar muy lento hacia su cintura sin despegar la mirada de la de él. Esa mujer sabía pelear, conocía las debilidades de su enemigo y no dudaría en hacerlo si eso pudiese lastimarlo.

Retrocedieron paso a paso, en completo silencio, con un simple pero ardiente toque por parte de la vizcondesa, quien esa vez arrinconó al intruso contra el sillón donde tantas veces se besaron. Él no pudo más que sentarse al ver que ella lo empujaba y parecía querer besarlo, pero

no imaginó que solo se trataba de venganza.

Ella se agachó hasta que su nariz rozó el cuello de William y fue tanteando hasta acariciarle la mejilla. Collette sintió cómo el cuerpo que tenía debajo empezaba a reaccionar y le supo a gloria, pero debía mantenerse fuerte y continuar. Él llegó a pensar que lo besaría, que volvería a sentir esa suave presión de los rosados labios de su amada, pero ella solo abrió los ojos para verlo con los suyos cerrados y jadeando.

Con una risa despiadada, la dama se alejó del caballero y se sacudió la ropa. No iba a negar que moría por besarlo, de desvestirlo y de entregarse a él como lo hizo en el pasado, en ese mismo lugar. Pero su orgullo la impedía perder la razón.

En su cabeza resonaban las palabras de su padre, el conde, cuando le advirtió, con ojos llorosos, que no confiara en William, porque era solo una pieza en el juego de su padre y que no iría en contra de su familia. Lo comprobó la tarde en que la abandonó a su suerte, sin importar que su corazón quedase roto en mil pedazos. Debía ser fuerte, no podía confiar tan fácilmente en aquel que la traicionó.

William sintió un profundo vacío y negó con la cabeza con resignación. Regresó a ese lugar con la esperanza de verla, como lo llevaba haciendo desde aquella tarde en que sus caminos se separaron, pero ella nunca lo hizo; hasta ese día, en que el destino parecía haberse conmovido con su pobre corazón.

—Tú nunca volverás a tocar este cuerpo, ni probarás de estos labios, William —sentenció Collette, con una mirada helada.

Sus labios decían todo lo contrario a lo que deseaba, pero no estaba dispuesta a bajar la guardia. Aunque solo quiso provocarlo, comprobó que su cuerpo todavía lo reconocía, todavía esperaba sus caricias y sus besos. Aún la quemaba el recuerdo de la noche en que hicieron el amor, aquella primera vez en la que se convirtieron en un solo cuerpo y que se juraron amor eterno.

—Ya lo veremos, querida, ya lo veremos —dijo William una vez que ella se marchó del lugar. Se sintió como todo un ingenuo por caer tan fácil ante sus encantos, pero nunca dijo que era fuerte para resistirse. Su cuerpo era un vil traidor, y ella lo sabía.





CAPÍTULO 15

Londres, 1805

No se hablaba de otra cosa que de la presentación en la corte de la joven y hermosa hija de los condes de Dorset y la de sus amigas, las hijas del marqués de Huntington. El rumor se debía a que la reina había tenido la deferencia de elevar una ceja y curvar levemente los labios al tener enfrente a una fresca y elegante Collette, lo que no pasó desapercibido para las demás damas que acompañaban a las demás debutantes. La estricta educación que recibió, primero de su institutriz y luego en Aberling Hall, empezaban a dar sus frutos. Collette no había pisado la larga cola de su vestido de debut ni había tropezado, como tanto había temido desde que recibieron la notificación del lord Charmbelán.

No obstante, los marqueses de Huntington decidieron ofrecer un baile para presentar a sus hijas y a sus amigas, lady Collette y lady Frances, ante sus amigos de la alta sociedad británica.

Para desgracia de Collette, también estaba invitada lady Anne Stuart, hija del conde de Inverness, que cursaba su segunda temporada y se veía más hermosa de lo que recordaba la muchacha; y no perdió la ocasión de mostrarse ante William, a pesar de conocer sobre su compromiso.

Se la habían topado incluso días antes, en sus paseos por Hyde Park, como si alguien la informara de todos los movimientos de la pareja. Collette sentía una gran aversión hacia ella y rogaba que William no la encontrara tan hermosa como todos la halagaban. Si tan solo se admirase a su prometido, como muchas otras jóvenes, podría tolerarlo, pero no con esa mirada desafiante y triunfal que siempre le mostraba cuando se cruzaban, como advirtiéndola de que no se confiara demasiado.

De todas formas, la noche había resultado maravillosa y las debutantes acabaron con los pies doloridos y con sonrisas radiantes en sus rostros. Habían sido el centro de atención, pero Collette rebotaba de felicidad al recordar los dos bailes de seguido que había concedido a William, a pesar de que, seguramente, esa mañana los cotilleos se centrarían en eso.

Pero, la mañana los recibió con una urgente misiva hizo que los condes de Dorset y Collette regresaran por unos días a Reading hasta que se solucionaran los inconvenientes con unos caballos que escaparon de los corrales del establo. El conde sugirió a su esposa que se quedase con su hija para continuar disfrutando de los bailes a los que estaban invitados, pero lady Dorset se negó por completo, y prepararon las maletas antes de lo esperado.

La muchacha, presa de la ansiedad que le generaba pensar en que su prometido pudiese quedarse solo en Londres y con lady Anne rondándolo con descaro, escribió una breve nota y se la entregó a uno de los criados de la casa que tenían en la ciudad para que se la diera a William lo antes posible.

—Iré con vosotros —se apresuró a decir William al notar la tristeza de su prometida.

—¿Y tus padres? ¿No se molestarán contigo por marcharte antes de tiempo? Todavía queda bastante de la temporada —mencionó Collette, preocupada de que su prometido se metiese en problemas.

—Les diré que me quedaré en casa de mis tíos por unos días —repuso el muchacho, cogiendo la mano de su amada para acariciarla.

—¿Piensas que lo creerán? —preguntó la muchacha con más esperanzas.

William asintió convencido.

—Lo hago cada año, cuando no soporto sus estúpidas peleas —comentó el joven, y la atrajo hacia sí para besarla en la cúspide de su cabeza—. ¿Cómo podría quedarme si mi amada me pide que no la abandone? —susurró muy cerca de su oído.

Tanta cercanía hizo que a la muchacha se le erizara la piel. Collette lo rodeó con los brazos a la altura de la cintura y apoyó el rostro en su fuerte pecho. Ese era su lugar, aquel donde ella se sentía segura, donde quería permanecer por el resto de su vida.

—Me aterra la idea de que te quedes aquí y que esa víbora rastrera se te meta por los ojos —reconoció la muchacha en un susurro—. Podría tolerar a otras mujeres, pero no a ella.

—¿Es decir que estaría bien si otras damas se me acercan? —preguntó William con un tono divertido, pero la muchacha levantó la mirada. Estuvo a punto de reír al ver cómo fruncía los labios.

—No. No puedes mirar a otras damas. Ya tienes una prometida —le espetó.

William levantó ambas manos en señal de rendición y se despidieron unos minutos después, antes de que alguien los descubriera en la esquina donde acostumbraban a encontrarse. La señorita Mildred esperaba unos metros más allá, pero Collette no deseaba que alguien fuera de cotilla a sus padres y estos la castigaran.



Una vez en Cliveden Manor, Collette recortó un ramillete de lilas y campanillas para llevarlas a la casa del guarda, en memoria de su viejo amigo. Las flores del campo que rodeaban la precaria edificación estaban en su mejor momento, y, con cariño, recordó que fue el señor Norris quien le enseñó los nombres de estas y cómo cuidarlas.

El destino parecía estar a su favor y solo existía un lugar en donde deseaba estar en ese momento. A lady Dorset la aquejaba un fuerte dolor de cabeza, por lo que pidió a su hija que no la molestara mientras descansaba, y su padre, el conde, acompañaba a algunos lacayos a buscar a los caballos que escaparon. La señorita Mildred ni siquiera tuvo la opción de oponerse a que su joven ama se encontrara a solas con su prometido porque solo encontró una nota donde le pedía que la cubriese en caso de que sus padres preguntaran por ella.

William acudió a la hora que acordaron esa mañana, y los tenues rayos del sol que buscaban cobijo en el horizonte teñían con un brillo especial la piel y el pelo del muchacho. Collette frunció el ceño con curiosidad al ver que cargaba con una canasta en los brazos y se apresuró a abrirle la puerta.

—¿Y eso? —preguntó emocionada.

El hijo del marqués levantó la tapa, y la joven pudo divisar una variedad de carnes asadas y panes, como también algunos dulces decorados con arándanos.

—Festejaremos tu presentación en sociedad y la proximidad de nuestra boda —mencionó William, y se relamió los labios. Sus ojos brillaban de manera especial, como si la sola idea de la inminencia del enlace lo emocionara de sobremanera. Deseaba poder verla cada día sin tener que

esconderse, sin tener que esperar horas y horas para el encuentro, sino despertar mirando esos enormes ojos.

Ella asintió.

—Prepararé la mesa, entonces —anunció Collette, emocionada.

Su pelo suelto estaba arreglado con unas trenzas adornadas con florecillas, lo que le confería un aspecto etéreo.

William pareció pensarlo mejor; la detuvo al sostenerla del antebrazo y la atrajo hacia sí después de depositar la canasta sobre la mesa.

—¿Me permite primero un baile, milady? —bromeó el muchacho, con una sonrisa cargada de complicidad.

Ella aceptó y le tendió una mano. Pronto se encontraban meciéndose al son de una música imaginaria, desplegando con elegancia los conocimientos que adquirieron acerca de los pasos del vals.

Las curiosas manos de William recorrieron la espalda baja de su prometida, y esta no pudo evitar tensarse ante tan íntimo contacto. Sus miradas se encontraron y parecían decir más que las palabras, hasta que ella se puso de puntillas y rozó apenas los labios de su amado, lo que provocó el inicio de un incontrolable incendio.

El muchacho profundizó el beso y no se conformó solo con los labios. Descendió por su cuello, y ella sintió que sus piernas ya no se podían sostener. No podían esperar más lo que sus cuerpos reclamaban con urgencia. No importaba que faltaran dos meses para la boda, ellos ya no podían contener el creciente deseo que estuvieron reprimiendo desde que declararon su amor.

—Ya no puedo contenerme, Collette. Te deseo con toda mi alma —susurró William, dibujando la silueta de su amada con los dedos.

—No te contengas —suplicó la muchacha, con los ojos cerrados por el placer que le generaba la forma en que él le acariciaba.

La cargó en brazos y la llevó a la cama que una vez perteneció al viejo Norris y a su esposa; la depositó con cuidado y le sacó los zapatos y las medias con la misma delicadeza con la que se trata a una flor. Le acarició las piernas con las yemas de los dedos y le levantó el vestido hasta quitárselo por completo. La muchacha se quedó solo con sus enaguas y el pequeño corsé que cubría sus inexpertos senos.

Ella se arqueaba por el placer que la inundaba, mientras que él le bajaba la ropa interior y desataba el corsé para liberar a las dos pequeñas protuberancias que esperaban ansiosas por su contacto. Apenas vio los dos botones rosados y tensos, William se agachó a saborearlos con cuidado, pero pronto su pasión se intensificó y empezó a chuparlos hasta hacerla desfallecer.

Él no se desnudó al principio, sino que solo se bajó los pantalones para dejar a la vista su predispuesto deseo, y Collette ahogó un gemido de sorpresa. Ellos se miraban como si fuese la primera vez que se conocían, y es que sus cuerpos habían cambiado de cuando eran niños y se bañaban en el arroyo sin malicia.

William besó el vientre plano de Collette y subió de nuevo hasta llegar a sus labios anhelantes. Sin dejar de mirarla, le abrió las piernas y se colocó entre ellas. La volvió a besar, y ella cerró los ojos.

—No tengas miedo, solo intenta relajarte —susurró el muchacho con excitación, pegando los labios en su cuello.

Ella asintió y obedeció, pero emitió un fuerte gemido al sentir que William empezaba a empujar en su interior y le robaba la inocencia. Lo hizo con cuidado y delicadeza, pero no pudo

evitar que le doliera. Se miraron sin decir una palabra, y ella lo besó en el cuello antes de susurrar que estaba bien, como si le estuviese dando permiso para continuar.

El hijo del marqués no lo dudó y empezó su sensual vaivén de caderas mientras ella se aferraba a su espalda con ambas manos y le besaba el hombro. Archeaba la espalda cada vez que él la llenaba y el dolor poco a poco fue convirtiéndose en un sentimiento más placentero.

Ella sonrió una vez que su prometido cayó rendido sobre sus pechos. Le acarició el pelo y estuvieron en un tranquilo silencio, interrumpido solo por sus agitadas respiraciones, hasta que a ella le rugió la panza por culpa del hambre.

—Me tiemblan las piernas. No creo ser capaz de llegar a la mesa, pero muero de hambre — pronunció Collette, pero William se negaba a dejar ese abrazo que aún los unía.

—Traeré la comida a la cama, pero no te vistas aún —pidió el muchacho, que disfrutaba de la vista que tenía.

Deseó durante años conocer cada rincón del cuerpo de su amada, y ahora lo hacía.

Esa noche no se movieron de la cama. Volvieron a hacer el amor antes de quedarse dormidos en un estrecho abrazo; hasta que la claridad que trajo el amanecer los despertó junto con el trino de las aves que empezaban a buscar comida.

Fue la primera vez de ambos, y ese recuerdo permanecería en sus mentes por el resto de sus vidas. Las caricias se grabarían en la piel de cada uno, reconociéndose como únicos y absolutos dueños del cuerpo del otro. Podrían pasar por ellos otras manos, pero aquellas marcas jamás se borrarían.





CAPÍTULO 16

Reading, 1817

El marqués de Reading acudió cada tarde a la casa del guarda esperando a que Collette también lo hiciera, pero no fue así. Confiaba que en algún momento ella lo reconsideraría y cruzaría el portal de la cabaña para echarlo fuera como lo hizo días atrás. Observó, día tras día, el prado cubierto de nieve que antes debió estar lleno de flores; las que ella tanto amaba.

Por su parte, Collette dejó de visitar la cabaña por temor a volver a encontrarse con William. Aunque esa vez tuvo la fuerza de alejarse cuando sus cuerpos se buscaban en secreto, no podía asegurar que corriese con la misma suerte la próxima vez. Rose le dijo que era viudo, lo que significaba que era libre. Ella no lo era, pues seguía casada con lord Lyngate y debía ser muy precavida. Tuvo suerte con Charles, pero la aterraba la idea de que se enterase de la existencia de William y que eso lo pusiese en peligro, porque conocía muy bien a su esposo y sabía que era de armas tomar.

La inminencia del año que llegaba tenía a todos ocupados en Cliveden Manor, en especial a los sirvientes de la mansión, ya que debían ocuparse de que nada faltase para la cena de Año Nuevo y tanto la cocinera como el ama de llaves organizaban el menú y la cocina, mientras que otros criados hacían la compra en el mercado.

La vizcondesa notó que algo angustiaba a Monique cuando se unió a ella y a los condes de Dorset en el té, pero no logró que le contase el motivo. Supuso que no deseaba hablar frente a los dueños de casa, aunque luego, en la intimidad de sus aposentos, lo haría. Se le cruzó por la mente que pudo haber discutido con su padre por algún motivo, porque la muchacha había ido a llevarle un pequeño refrigerio al despacho donde se encontraba leyendo algunos documentos en compañía de su administrador.

—¿Deseas compartir conmigo eso que te tiene tan angustiada, querida? —preguntó Collette una vez terminada la cena y de despedir a la doncella de su hijastra mayor para peinarle ella misma el largo pelo.

La muchacha la vio a través del espejo, pero no se sentía capaz de mantener la mirada a su madrastra.

—Solo estoy de mal humor, madre —se excusó la joven, solo que no sonó convincente.

—Si deseas, podemos salir a cabalgar mañana, solo tú y yo —sugirió Collette, convencida de que entonces podía sacarle más información.

La muchacha lo pensó por un momento, pero terminó por asentir débilmente.

—Pero ponte una capa abrigada porque la nieve no ha amainado y no deseamos que enfermes antes del inicio de la temporada.

La temporada social en Londres comenzaba, y ella tenían un candidato ideal para la mayor de las hermanas, así que un resfriado no estaba en los planes. De pronto, Collette se tensó al pensar en algo: si era cierto que William enviudó y buscaba asentarse en Londres para criar a su heredero, podría significar que buscaría una esposa esa temporada, y ella no deseaba ser testigo de eso por segunda vez. Era verdad que la primera vez eligieron por él, pero jamás olvidaría el dolor que le causó su boda con una mujer que no fuera ella.

En aquel entonces lo había culpado de traición, pero esta vez no tenía derecho a molestarse, ella estaba casada con el vizconde y William era libre de elegir a cualquier dama.

—¿Madre? —preguntó Monique al notar que Collette se quedó absorta y no le respondía.

—Oh, perdona. ¿Qué me decías? —se disculpó la madrastra.

—¿Conoce al pretendiente que mi padre ha escogido para mí? —inquirió dubitativa.

Collette asumió que era eso lo que tenía a la joven en ascuas. Asintió.

—Es un marqués muy apuesto. No será su primer matrimonio, pero es un muy buen partido —respondió con una sonrisa cómplice.

Le agradaba la idea de que Edward hubiese decidido tomar una nueva esposa después de la muerte de Frances, y no dudó un segundo en sugerir a lady Rose, a su hijastra mayor, cuya segunda temporada terminó sin propuesta matrimonial. El vizconde se mostró reticente a la sugerencia, pero cuando le comentó el tamaño de su fortuna y su parentesco con la familia real, de inmediato aceptó la oferta. A Collette no le importaban esas cosas, pero sí lo feliz que fue su amiga al casarse con el hermano mayor de las Montvere.

La muchacha se animó enseguida y le devolvió la sonrisa a su madrastra.

—¿Ha sido mi padre su primera propuesta de matrimonio, madre? —preguntó Monique, tocando sin querer una herida muy dolorosa en el pecho de su madrastra.

Collette sintió que su corazón se aceleraba y no supo si negar o afirmar.

—He tenido varios pretendientes —mintió. Había estado prometida con William toda su vida y su corazón jamás hubiese elegido a otro candidato que no fuese él—, pero mis padres eligieron al vizconde para mí.

Disimuló como pudo las lágrimas que le ardían en los ojos.

—¿Y lo ha aceptado así sin más? También era un viudo —mencionó la joven con interés.

Nunca habían hablado al respecto, y la muchacha sentía curiosidad hacia el pasado de la mujer que se desposó con su padre.

Collette suspiró muy profundo y se quedó en silencio por un momento. En ese instante pensó en lo mucho que lloró con la decisión de sus padres, porque William se negó a luchar por los dos y porque él se casó con lady Anne Stuart; la mujer que se apropió de lo que consideraba suyo, incluyendo sus sueños junto al amor de su vida.

—A veces los padres ven más allá de lo que nosotras a una edad temprana, así que he tenido que confiar en ellos —respondió lady Lyngate, que le dedicó una mirada maternal. Le acarició la cabeza y le trenzó la melena.

—¿Ha amado alguna vez? —preguntó, convencida de que nunca vio a Collette enamorada de su esposo.

La vizcondesa entrecerró los ojos y apretó los labios. Sus recuerdos de los días anteriores, cuando volvió a tener a William frente a los ojos, hicieron que su corazón latiera más rápido. Asintió, pero no dijo palabra alguna. Sus pensamientos no pudieron evitar regresar muchos años atrás, como a aquella vez en que se enteró de la terrible noticia de su compromiso con un caballero que no era el amor de su vida, al que le había entregado su cuerpo y su alma, sino un vizconde viudo con dos niñas a quienes debería criar como suyas. Las mismas la acogieron mejor de lo que esperaba, pero ella siguió sintiendo un tremendo vacío en su corazón.

—Alguna vez te lo contaré —respondió, y le apretó los hombros a su hijastra, que asintió con una sonrisa.





CAPÍTULO 17

Reading, 1805

Collette todavía tenía muy vívido el recuerdo del cuerpo de William meciéndose sobre el suyo cuando todo su mundo se desmoronó. Ni siquiera pasó una semana de aquella noche en la que se convirtieron en uno, y las voces de sus padres discutiendo en el despacho la dejaron petrificada.

La señorita Mildred se apresuró a alcanzarla en el vestíbulo y su mirada llena de consternación debió de ser una pista fundamental, pero la muchacha preguntó de igual manera qué sucedía para que los condes estuviesen tan furiosos.

—Un criado ha venido a buscar a vuestro padre y, después de unos minutos de reunión en privado, se ha desatado una acalorada discusión —informó la mujer, que miraba de tanto en tanto hacia la puerta cerrada.

—¿No has intentado escuchar tras la puerta? —preguntó la muchacha de manera natural, como si no fuese la primera vez que la doncella lo hacía.

La sirvienta negó con la cabeza.

—No me he atrevido esta vez, milady. Su padre está furioso y solo pude oír el nombre del marqués de Reading.

El corazón de Collette se detuvo, y esta se apresuró hacia el despacho de su padre. La doncella intentó detenerla, pero fue en vano. Debía averiguar lo que sucedía, si involucraba a William o a su familia.

El conde detuvo su furibundo descargo cuando se percató de una presencia no esperada en la estancia. Su mujer, la condesa, se tensó por completo y se apresuró a alcanzar a su hija, pero su mirada no era muy alentadora.

Collette divisó a un criado que mantenía la cabeza gacha ante su padre, mientras que este apretaba los puños y mascullaba maldiciones en voz baja.

—¿Qué sucede, madre? —preguntó la muchacha, titubeante y sin dejar de mirar a su ofuscado padre.

La condesa estuvo a punto de responder, pero su esposo la interrumpió:

—Sucedre que hemos de cancelar tu compromiso con el hijo de la sabandija esa de Wembley. —Señaló a la ventana que estaba orientada hacia las tierras del marqués de Reading—. No permitiré que esa familia ponga una mano sobre mi preciada hija. ¡No lo permitiré!

Las lágrimas en sus ojos hicieron un contraste perfecto con la dureza con la que apretaba la mandíbula.

—¿Qué dice, padre? —preguntó Collette, sintiendo que el piso se desvanecía debajo de sus pies.

—Lo que has oído, hija, que no te casarás con el hijo de ese crápula. —El conde, en su furia, barrió todo lo que tenía sobre el escritorio con una mano.

—Cálmate, querido, o te puede hacer mal —sugirió la condesa, y el caballero apoyó ambas manos sobre el mueble y suspiró reiteradas veces para tranquilizarse.

—No puede estar hablando en serio, padre —dijo la muchacha, con las lágrimas que empezaban a rodar por sus sonrojadas mejillas.

—Hija —empezó a decir el conde mientras se acercaba a ella a grandes pasos—, este hombre aquí es uno de mis criados de confianza que se ha infiltrado hace unos años en la casa del marqués para mantenerme informado. —Señaló al hombre de ropas raídas que saludó a la joven con un asentimiento de cabeza—. Me ha contado algo que ni siquiera puedo repetir. —Se masajeó las sienes con dos dedos y suspiró—. Pero me temo que no puedo permitir que te cases con William.

—¿Qué pudo haberle dicho que sea tan terrible como para romper un acuerdo del abuelo? —exigió la muchacha, sin disimular su desesperación. Su pecho subía y bajaba.

—No hay acuerdo más valioso que tu felicidad, hija, y no permitiré que te cases con el hijo de ese malnacido para luego tener que... No, no lo permitiré —expresó con seguridad, y la joven se quedó tiesa—. Es lo que ha venido a contarme Jerome, que el marqués tiene otros planes para su hijo y que iba a humillarte días antes de la boda anunciando que su hijo se casará... con una dama de Londres —titubeó un poco—. Nunca te ha considerado como a una futura nuera, solo deseaba herirnos. Y casi lo logra, pero nosotros nos adelantaremos.

Collette sintió que todo su mundo se venía abajo. Apretó el brazo de su madre y negó con la cabeza. Se resistía a pensar que William supiese de eso y lo aceptara. Debía ser un malentendido y sintió que debía buscarlo de inmediato para juntos hallar la verdad. La oscuridad se cernió sobre ella y no pudo escuchar más lo que dijeron sus padres.



Acudió a la casa del guarda por varios días, pero William no apareció. La espera se volvía agónica y necesitaba encontrarlo cuanto antes. Envío a un criado a Waddeson Manor con una nota dirigida a su prometido, pero uno de la casa le dijo al enviado que el hijo del marqués había regresado a Londres después de que su padre fuera a buscarlo personalmente muy enfadado; no sabían si volvería pronto o si se quedaría allá lo que restaba de temporada.

Collette no entendía por qué no se despidió, pero recordó que se desmayó luego de enterarse de la terrible noticia y que pasó en cama todo un día.

¿Y si William la buscó en ese momento y no la encontró? La angustia la estaba matando. Necesitaba comunicarse con él sin perder el tiempo. Necesitaba saber la verdad.

Cuando regresó a Cliveden Manor fue abordada por su doncella, que traía el rostro pálido y consternado.

—¿Qué sucede, señorita Mildred? —preguntó Collette, preocupada. Llevaba puesto un favorecedor vestido de paseo rosa y el pelo recogido, pero sin sombrero.

—Ay, milady —pronunció con angustia—. Debe acompañarme a su habitación para que la arregle.

—¿Por qué motivo? —inquirió confundida. Nadie le avisó que recibirían visita.

—Su padre la requiere en el salón azul con suma urgencia, pero debe acudir presentable —anunció la doncella, instándola a seguirla hasta sus aposentos.

—¿Ha venido alguna visita importante? —quiso saber la muchacha, pero la sirvienta no contestó.

—Pase, por favor —le indicó la señorita Mildred una vez que llegaron al umbral de la habitación de su ama.

Collette esperaba cualquier cosa menos lo que sus ojos vieron al entrar al salón azul, donde sus padres acostumbraban beber el té. Un caballero de unos cuarenta años, de buen ver aunque podría ser su padre, le sonrió apenas la vio. Un escalofrío le recorrió la espalda y estuvo a punto de retroceder, pero su padre la invitó a pasar.

—Pasa, hija, para poder presentarte como corresponde al vizconde de Lyngate —mencionó su padre, quien señaló con la mano al caballero que hacía una leve reverencia a la joven.

La muchacha se acercó con pasos dudosos.

—Es un placer conocerla, milady —dijo el vizconde, con una mirada lasciva que solo ella pudo percibir.

El caballero le dio un beso en el dorso de la mano, y ella hubiese deseado poder restregar su mano para borrar esa incómoda sensación.

—El placer es mío, milord —respondió ella con mucha educación, aun sin saber de qué se trataba todo eso.

¿Acaso sería algún socio de su padre?

—El vizconde ha venido a pedir tu mano, hija —expresó el conde, y Collette se quedó petrificada, sintió que le faltaba el aire y que un desahucio la invadía.

Ella negó con la cabeza y empezó a lagrimear, hasta que se convirtió en un llanto y se marchó del salón sin dar explicación. Los condes se disculparon con su invitado, y lady Dorset siguió a su hija para calmarla.

—Perdone usted, milord —se excusó el conde—, pero nuestra hija no esperaba que la comprometiésemos tan temprano. Es un poco consentida y debe sentirse abrumada por la noticia, solo eso.

El vizconde asintió convencido y tomó asiento como le invitó el dueño de casa.



Collette se encerró en su habitación y sacó un papel y una pluma del cajón de su mesilla para escribir una misiva que no tenía la seguridad de que llegaría a su destino, pero que necesitaba enviar de todas formas; la dobló en cuatro partes y buscó unas monedas en su ridículo. Su pecho se movía tan agitado que sentía que de pronto podría dejar de respirar. Las lágrimas brotaban sin cesar y necesitaba hablar con William con suma urgencia.

Se cruzó con su madre de camino a las caballerizas, donde acudiría a buscar a uno de los mozos de cuadra para que llevase la nota a Waddeson Manor de inmediato, pero no se detuvo.

—Déjeme coger un poco de aire, madre —pidió la muchacha, sin revelar el verdadero motivo por el cual salía al jardín trasero—. Le prometo que regreso en un momento.

La dama asintió resignada y le pidió que no tardase mucho, que debía volver al salón azul cuanto antes.

Como lo prometió: regresó en unos pocos minutos, con los ojos hinchados y la nariz roja. El cielo plomizo aparentaba que era más tarde, pero se debía solo a que el otoño parecía desatar toda su ira en esos días, lo que coincidía con el estado de ánimo actual de la hija de los condes. Lady Dorset la esperaba en la puerta con un pañuelo, mientras que la señorita Mildred aguardaba a su lado. Collette deseó poder cerrar los ojos y despertar descubriendo que todo había sido un mal sueño.

Pero, al regresar al salón del té, entendió que no era una pesadilla y que ese caballero que le doblaba la edad sería su esposo y no William, como siempre lo soñó. Debía encontrarlo y plantearle huir porque no podía soportar la idea de que ese hombre la poseyese cada noche, noches que planeó vivir con su verdadero amor, aquel con quien imaginó envejecer.

Incluso planearon dónde vivirían y cómo llamarían a sus hijos, adónde viajarían de luna de miel y lo que les gustaría hacer cada día que estuviesen lejos de Londres. Parpadeó varias veces y se disculpó con el vizconde por su arrebató, como se lo pidió su madre encarecidamente.

—Hija, he intentado persuadir a tu padre con respecto a su decisión, pero no lo he conseguido. Dice que prefiere verte triste a verte arruinada para toda la vida, y en eso coincido con él. Lo siento mucho —se disculpó la condesa mientras acariciaba la cabeza de su amada hija—. No espero que lo entiendas, pero, cuando tengas hijos, sabrás lo mucho que os queremos y que no deseamos perderos.





CAPÍTULO 18

Reading, 1818

William no dejó de acudir a la cabaña del guarda por haberse cansado de luchar, sino por la repentina enfermedad que aquejó a su pequeño. Antes de la muerte de Anne, eran ella o la niñera las que se encargaban de cuidar al niño, pero desde entonces él decidió que se encargaría de arroparlo por las noches y cuidarlo cuando enfermase.

Su plan de recuperar a Collette tendría que esperar. La temporada social estaba cerca y confiaba en que tendría más oportunidades de buscarla en la ciudad.

—Papá... —susurró el niño, casi dormido—. Quédate conmigo esta noche —pidió con los ojos apenas abiertos.

El marqués lo besó en la frente y asintió.

—Por supuesto. No tenía pensado dejarte solo —dijo con sumo cariño.

—Pensé que estar aquí sería más divertido —dijo el niño, y sonrió con tristeza—. Apenas he podido salir unos días a jugar.

—¿Volverás a comer tantos dulces a escondidas? El doctor Lewis ha dicho que eso te ha provocado una indigestión y que en unos días estarías completamente repuesto —comentó William, y el niño frunció los labios a la par que negaba con la cabeza—. Pronto volveremos a la ciudad y podrás ver a tus amigos.

—Padre... —susurró el niño, mirando hacia el hombre que le acariciaba la cabeza—. Extraño a mi madre —sollozó con tristeza—. ¿Volveré a tener una?

William deseaba prometerle que sí, que haría todo lo que estuviese a su alcance para darle una nueva mamá, pero eso sería muy cruel. Deseaba que Collette lo criara, que le diese ese cariño materno que le fue privado por la muerte de Anne, porque, aunque ella no amaba a su esposo, su hijo lo era todo.

—Buscaremos una en Londres, ¿te parece bien? —preguntó.

El niño se sorbió la nariz, asintió y pronto se quedó dormido. Su padre lo observó roncar muy suave y sonrió. No tenía la culpa de los errores de los mayores, del odio que se tuvieron sus padres, de todas las veces que se hirieron; él fue y siempre sería su mejor regalo.

Deseaba que creciera libre y feliz, curioseando como él mismo hizo en su niñez. Pensó en Collette y las tantas aventuras que vivieron de niños, en lo feliz que era cuando la tenía cerca en aquel entonces. Se juró no ser como su padre y criar a su hijo en la libertad de escoger.

Al día siguiente, si la condición de Patrick mejoraba, iría por última vez a la casa del guarda a despedirse del viejo Norris, porque no creía volver a ver a Collette en Reading. Pasó el dorso de la mano por la frente del niño y asintió. La fiebre estaba cediendo.



Los días pasaron más rápido de lo esperado y los que fueron a sus casas solariegas regresaban a

Londres para el inicio de la temporada. Pronto empezarían a llegar las invitaciones, y los vizcondes no deseaban que sus hijas perdiesen la oportunidad de socializar, o que el marqués tuviese ojos para otra joven que no fuese Monique.

El cochero subía los baúles al carruaje cuando Collette decidió ir por última vez a la casa del guarda para despedirse del retrato del viejo amigo. Se disculpó de sus dos hijas y dijo que había olvidado algo importante en su recámara.

Las dos muchachas revisaban por última vez sus habitaciones para cerciorarse de que no olvidaban nada y no prestaron demasiada atención a las palabras de su madrastra.

La piel de Collette parecía más pálida con aquella capa de terciopelo color vino que llevaba puesta. Observó la conocida edificación y demasiadas emociones la invadieron de repente: añoranza, tristeza, soledad, frustración. Pero, después de un profundo suspiro, abrió la puerta. Por un segundo pensó que encontraría a William parado en el salón, como la última vez que lo vio, y se tensó, aunque pronto se dio cuenta de que estaba sola. Jamás hubiese imaginado que tendría esos sentimientos al pensar en reencontrarse con su pasado.

Se paró frente al retrato del viejo Norris por un rato y se despidió. Le contó brevemente todo lo que no le pudo contar la vez que fue interrumpida por el intruso, como si el viejo guarda estuviese mirándola con esos ojos sabios y asintiera. No tardó mucho, pues pronto debían partir para Londres y sus hijas se preocuparían si no volvía.

Dio una oteada final a la estancia y se dispuso a abandonarla. Pero la puerta se abrió de manera inesperada y unos profundos ojos azules se quedaron fijos en los de ella. Se quedó helada y no pudo pronunciar palabra alguna. Su peor temor se materializaba frente a ella y se acercaba con pasos seguros.

—Collette... —susurró William, y dejó su sombrero sobre la mesa una vez que la alcanzó.

—¿Qué hace aquí, lord Reading? —preguntó con sarcasmo cuando al fin le salió la voz, porque unas manos invisibles la habían ahogado por un breve momento.

El recién llegado hizo una mueca de frustración.

—He venido con la esperanza de encontrarte, Collette. Te pido que me escuches, aunque sea una vez —pidió suplicante, y estuvo a punto de coger su mano, pero ella la retiró antes de que pudiese hacerlo y retrocedió.

La vizcondesa se debatía entre dejarlo ahí plantado o escuchar por fin lo que tanto anheló por años. Se armó de valor y se cruzó de brazos, como para que él no tuviese la osadía de querer cogerle de nuevo las manos en un intento por calmarla.

—No tengo mucho tiempo, pero lo escucho, milord —respondió Collette con indiferencia, aunque su corazón latía descontrolado.

William se sintió desconsolado al ver esa barrera que los separaba, pero asintió.

—Quería que supieses que no ha sido mi elección casarme con Anne en el pasado, y que solo acepté porque no tuve otra opción —dijo, y sus ojos se entristecieron a la par que una triste sonrisa. Ella apretó más los brazos alrededor de su cuerpo, como si eso la protegiese de lo que podía decirle a continuación—. Te he pensado y echado de menos cada día desde que nos separamos en este mismo lugar.

Collette hizo acopio de todas sus fuerzas y recordó aquella tarde en que todos sus sueños se rompieron. Endureció su corazón. Todavía lo odiaba por haber elegido abandonarla en vez de luchar por ese amor que decía sentir. Levantó un poco la barbilla, pero no dijo nada. Lo imaginó saliendo de la abadía del brazo de su esposa y las manos invisibles apretaron de nuevo su garganta.

Le he dejado claro desde el día de nuestra boda que no esperase mucho de mí, porque yo te amaba, a pesar de que el maldito destino nos hubiera separado. —Se limpió una rebelde lágrima que rodó por su mejilla—. La he llevado lejos porque no deseaba romper más tu corazón al vernos juntos, y luego ella enfermó de los pulmones. No voy a negar que también lo he hecho un poco por mí; no deseaba verte feliz al lado de un hombre que no fuese yo.

Collette tragó saliva con dificultad y asintió.

—Me he enterado de su muerte —afirmó, pero no dijo que lo sentía ni le ofreció sus condolencias.

—He pagado todos estos años una culpa que nunca me perteneció, resignado a la infelicidad lejos de ti. —dijo con un susurro quebrado; intentó de nuevo acariciarle la mejilla, pero ella retrocedió cautelosa

—No espere que olvide el pasado solo porque ha enviudado, lord Reading —dijo más bien para darse valor a ella misma, o flaquearía—. No imagina todo el rencor que reside en mí desde aquel entonces.

William la observó con tristeza.

—¿Y cómo crees que me he sentido al ver que te casabas con el socio de mi padre? Estaba destrozado, pero nada podía hacer.

Esas palabras despertaron una terrible sospecha en Collette y entrecerró los ojos.

—¿Socios? —preguntó incrédula.

William asintió.

—Lo han sido por mucho tiempo, hasta que mi padre murió y yo me negué a continuar tratando con él —aseguró el marqués—. En parte porque nunca he confiado en él y porque no soportaba la idea de verlo sabiendo que podía disfrutar de lo que debí disfrutar yo.

William fue acercándose despacio a ella, con la clara intención de comprobar que esos labios continuaban siendo suyos. Estuvo a punto de besarla, pero la vizcondesa lo alejó con una bofetada una vez que adivinó su intención. Estuvo a punto de preguntarle cuál pudo haber sido ese motivo tan importante que lo llevó a hacer tal elección en el pasado, aquello tan inevitable como para abandonarla y casarse con la única mujer con la que no deseaba verlo, pero unas voces a lo lejos la devolvieron a la realidad.

Era la voz de su esposo y la de Monique que gritaban su nombre. Se tensó por completo al imaginar que podrían descubrirlos en ese lugar, así que no lo pensó dos veces: se giró a mirar a William y le hizo un gesto para que se escondiese en la habitación hasta que ella se fuera.

Collette se dispuso a salir de la cabaña, pero él la alcanzó antes de llegar al umbral, la rodeó con sus brazos por detrás y hundió el rostro en el hueco de su cuello. Ella sintió terror, pero él saboreó el aroma a rosas que provenía de su piel; le suplicó que lo perdonase. Se sentía tan bien estar así que deseaba permanecer de esa manera hasta el anochecer.

—La vida nos está dando una segunda oportunidad, Collette —susurró él, con un cálido aliento que le rozó el cuello. Ella se tensó ante su contacto y él decidió probar suerte con aquello que rondaba por su cabeza desde el día anterior—. No me importa ser tu amante, o que me ignores en público, pero volvamos a ser felices como antes, cuando estábamos llenos de sueños, de deseos...

Las voces se oían cada vez más cerca, así que endureció su corazón. No podía permitir que los descubriesen. No quería imaginar lo que diría su esposo si la encontrara a solas con un caballero que no era él.

—Si tomo un nuevo amante, me aseguraré de que no sea usted —pronunció entre dientes,

con el corazón golpeándole el pecho con furia ante ese inesperado contacto—. Si eso era todo lo que deseaba decirme, me retiro, pero quédese escondido hasta que me marque, milord, que usted es viudo pero yo no.

Collette separó los brazos que la rodeaban y salió de la cabaña dando un portazo. Tenía pensado buscar un nuevo amante, pero ahora lo consideraba una extrema necesidad o podría caer en las redes del enemigo. Reconoció que ese simple abrazo alteró todo su cuerpo y estuvo a punto de claudicar, pero también comprobó que el odio era un poderoso aliado cuando lo que se busca es sobrevivir al dolor, porque hay heridas que el tiempo no cura.

William, desde su escondite, la vio marcharse y golpeó la pared con rabia por no haberle confesado el verdadero motivo por el cual renunció a ella aquella vez. Se reprendió por no haber sido más insistente y retenerla hasta oír toda la verdad, porque ahora no sabía si tendría otra oportunidad de hablar con ella a solas.

¿Lo perdonaría si supiese la verdad? ¿Le creería después de tantos años?





CAPÍTULO 19

Londres, 1805

La temporada social estaba en su apogeo cuando se anunció la boda del viudo vizconde de Lyngate con la joven lady Collette Monteaux, hija de los condes de Dorset. Aunque muchos estaban confundidos con el cambio de prometido, acogieron con emoción la noticia; la boda se celebraría a finales de mayo y casi toda la aristocracia recibió una invitación. Fue imposible evitar los cotilleos del porqué el compromiso de lady Collette y lord William se terminó y del porqué ambos se encontraban en puertas de bodas por separado.

Después de su abrupta y dolorosa separación, Collette y William no se volvieron a ver; aunque no fue por falta de ganas, sino porque solo se harían más daño. El nombre de la nueva prometida del hijo del marqués no había trascendido, pero la hija de los condes tenía un persistente mal presentimiento.

En su prueba final del vestido, a manos de la prestigiosa madame Maxim, como era de esperarse, Collette tuvo la mala suerte de oír de boca de unas jóvenes que encargaban unos modelos para el próximo baile, que el apuesto y codiciado lord William Wembley se casaría con la hija del conde de Inverness, y se rumoreaba que irían de luna de miel a París.

La muchacha, cuya modista se encontraba ajustando las mangas el vestido, se desvaneció sin motivo aparente. Por suerte, madame Maxim y su ayudante, la señora Margaret Premierly, la sostuvieron a tiempo antes de que cayera al suelo y se hiciera daño. Cuando recobró la consciencia, sintió el tibio rastro de unas lágrimas a los costados de su rostro; le dolía tanto el corazón que no tenía ganas de levantarse del sillón en el que estaba; a pesar de que la señora Premierly la abanicaba, Collette sentía que sus pulmones se negaban a trabajar.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó la modista, con el rostro preocupado y sin entender lo que había sucedido, aunque pronto empezó a atar cabos y no fue difícil adivinar lo que causó el vahído de la futura novia.

Collette asintió con pesar, mas no pronunció palabra alguna. La levantaron entre ambas y dieron por terminada la cita; en esas condiciones no era conveniente continuar, era evidente que lo que oyó le afectó de sobremanera, y ni siquiera podía mantenerse de pie sin ayuda.

—Concertaremos otra cita el fin de semana para la prueba final —recomendó madame Maxim a lady Dorset, que acababa de volver de la tienda de enfrente.

—¿Qué te sucede, Collette? —preguntó la madre, con el rostro preocupado, al ver el rastro de lágrimas en el pálido rostro de su hija.

—Nada, madre. Solo deseo marcharme a casa —contestó con la voz quebrada—. Estoy agotada.

La condesa miró a madame Maxim, y esta negó con la cabeza indicando que no sabía lo que le sucedía, aunque sí tenía sus sospechas. La señorita Mildred se apresuró a ayudar a su ama y, con la ayuda de un lacayo, la metieron al carruaje. Se alejaron hacia la casa de los Dorset en Londres, pero la muchacha tenía la mirada llorosa y perdida hacia los cristales de la ventanilla, por donde veía pasar a las todas las personas que circulaban por Hyde Park, hasta que sus ojos se

rindieron de nuevo.



Tiempo después de aquel incidente, el día de la boda llegó, y la fiel doncella ayudaba a Collette a vestirse; era la única que sabía que la muchacha perdió su pureza con lord William, por lo que le sugirió que se hiciese un pequeño corte en el dedo para derramar unas gotas de sangre sobre la sábana en su noche de bodas.

La hija de los condes se había resignado a su cruel destino y evitó pensar en William y su inminente boda, si no, moriría de tristeza. Intentaría olvidarlo con su esposo e intentaría ser un poco feliz.

La señorita Mildred abrochó un imperdible en las enaguas de su ama y le explicó dónde debía hacer el corte y cuándo dejar caer la sangre para que no la pillaran. La novia asintió como un autómata y le agradeció por todo lo que siempre hizo por ella.

El banquete se celebró en el hogar de los Dorset en Londres, pero William encontró un lugar perfecto para esconderse y espiar a su amada al regresar de la ceremonia religiosa. El dolor se desbordó de sus ojos cuando la vio descender del carruaje ayudada por su esposo; ese debió ser él y no el vizconde. Se limpió las lágrimas y sintió un ramalazo de impotencia y golpeó con el puño la pared que tenía al lado, con tal fuerza que los nudillos le sangraron.

Renegaba con toda el alma la suerte que les tocó. Ella se veía preciosa con ese vestido tan elaborado y ese peinado que la hacía ver como toda una princesa. La imaginó bailando con ese vizconde y deseó poder robársela; pero solo ahogó un gemido agónico y se retiró. Sabía que esa noche él la tendría en su cama y que muy pronto olvidaría el bello momento que pasó junto a él.

Al sentirse cansado de tanto caminar, se percató de que estaba casi a las afueras de Londres y gritó al viento como si alguien le estuviese clavando un puñal en el pecho y lo estuviese estrujando. Le preguntó al cielo si alguna vez volvería a ser feliz al lado de su amada, si la vida les daría una segunda oportunidad, si ella lo olvidaría con el tiempo, y lo más importante, si lograría perdonarlo alguna vez.



En la noche de bodas, Collette hizo todo lo que la señorita Mildred le indicó. El vizconde pensó que las lágrimas de su inocente esposa eran por el dolor físico que le estaba generando, pero no imaginaba que en realidad era por el dolor en su alma por dejar que otro hombre la poseyera.

Lord Lyngate la había deseado desde el primer día que la vio en Cliveden Manor y se lo demostró en la cama. Ni siquiera la desvistió por completo cuando le abrió las piernas y se introdujo en ella, haciendo que la joven emitiera un grito de dolor. Aunque no era virgen, su cuerpo todavía no se acostumbraba a ese tipo de actividades, y William lo había hecho con mucha delicadeza, no con la lujuria desmedida con la que la embestía el vizconde.

Sin dejar de moverse dentro y fuera de ella, fue levantando su vestido hasta quitárselo del todo, para después desanudar su corsé y poder así adueñarse de sus bien formados pechos. El

caballero ni siquiera con su difunta esposa sintió tal pasión, por lo que no se contuvo en lo absoluto, y Collette solo se dejó hacer. No tenía la más mínima intención de abrazarlo como a William o tan siquiera besarlo, así que solo giró la cabeza a un costado y cerró los ojos cada vez que la embestía con fiereza.

Orgulloso, el hombre se fijó en las gotas de sangre en las sábanas la mañana siguiente mientras su esposa dormía. No imaginó que ella había perdido su virtud con el verdadero amor de su vida, a quien llenó de besos y caricias como intentando grabar esa sensación en su piel.



Semanas después, cuando William se casó, Collette aún se encontraba de luna de miel por Austria, donde la llevó el vizconde para conocer a unos parientes lejanos. Se enteró de la fecha por madame Maxim antes de partir, por lo que en dicho día ella se sumió en un profundo pesar, preocupando a su esposo de sobremanera; se negó a salir de la habitación y alegó que se encontraba indispuesta, lo que lo llevó a imaginar que el ansiado heredero por fin estaba en camino.

Cada vez que cerraba los ojos, veía de nuevo el rostro triunfante de lady Anne en la noche de su presentación en sociedad. Sintió de repente que esa mujer lo supo desde siempre: que el amor de ellos tenía los días contados.

Los imaginó asistiendo a los mismos bailes a los que ella acudiría junto a su esposo y le dolió el corazón. No tendría la fuerza para estar en el mismo salón que ellos, verlos tan cerca como ella desearía estar de su amado William.

¿Acaso debería comportarse como si no lo conociese o como si estuviese feliz con su nuevo esposo? ¿Debería herirlo tanto como él la hirió?

Por su parte, William se negó a consumir su matrimonio en la noche de bodas. Lady Anne lo esperaba en la cama, ataviada nada más que con un diáfano camisón que provocaría a cualquier caballero que no fuera su esposo, en tanto este prefirió dormir en el cuarto de baño, metido en la bañera y con unas copas de más, para humillación de la recién casada.

Sí, se sintió un poco infantil, pero quería lastimarla un poco por haber mencionado, horas antes, que siempre supo que lo suyo con Collette no tenía futuro y que ella era su mejor opción. Su rostro solo podía expresar lo enfadado que estaba con ese matrimonio y debió ser un presagio de lo que serían sus noches en adelante.

Cuando ya no tuvo excusas para posponer el acto conyugal, una vez que los padres de ambos intervinieron, solo cerró los ojos e imaginó que era a su amada Collette a la que le hacía el amor y no a su esposa. Sus recuerdos aún vívidos de aquella noche fueron el aliciente para cumplir con su deber. Estuvo a punto de sentirse culpable por ello, pero desde que le comunicaron con quién se casaría, dejó en claro que no esperaran mucho de él, porque nunca la iba a querer como quiso a Collette.





CAPÍTULO 20

Londres, 1818

El cielo de Londres todavía estaba colmado del humo que emitían las chimeneas de las casas cuando la familia del vizconde de Lyngate regresó ante la proximidad del inicio de la temporada. El mayordomo de Lyngate House fue el primero en recibir a los señores de la casa con una elegante reverencia y tendió al vizconde la correspondencia; este revisó la procedencia de cada sobre y se decantó por uno en especial, el cual le sacó una perversa sonrisa.

—Los duques de Derby no decepcionan —mencionó lord Lyngate mientras agitaba una invitación—. Presiento que darán un magnífico baile este año, ya que será la primera vez que cuenten con la presencia de su amada hija y su nuevo esposo.

Collette entendió que sus palabras tenían la intención de herirla, pero ella solo asintió y se quitó la capa que estaba cubierta por algunos copos de nieve.

—Entonces, no deberíamos perdérselo —respondió, con una sonrisa que sorprendió a su esposo porque demostraba verdadera felicidad—. Deberíamos visitar a madame Maxim cuanto antes —añadió para sus hijastras, que dieron unas palmaditas de emoción.

—Antes de que las demás clientas se nos adelanten —respondió Giorgiana, que cogió del brazo a su madrastra y compartió con ella una mirada cómplice.

Collette cruzó con su esposo una mirada intensa, y este se quedó pensativo porque parecía decirle que aceptaba el desafío y que no estaba dispuesta a perder. Notó en ella un brillo extraño, algo que hasta ese momento pasó por alto.

Monique estuvo muy callada durante todo el viaje, y no pasó desapercibido para la madre, que le dedicó una breve mirada ante su falta de comentarios respecto a la visita a la modista; parecía absorta y en un debate interno que no podía comprender. No le preguntaría en ese momento qué la tenía de ese modo, sino que esperaría por la noche, cuando se retirasen a sus aposentos, para intentar sonsacarle alguna información.



Esa misma tarde acudieron las tres damas al taller de la modista. Collette se decantó por una seda carmesí para el baile de los duques de Derby. No lo hubiese elegido de no ser por el comentario de unas damas que esperaban ser atendidas por madame Maxim, que parecía ser de lo que se hablaba en Londres por esas fechas: había un nuevo viudo en el mercado matrimonial y no pocas damas se mostraban interesadas en captar su atención.

Aunque la vizcondesa no lo demostró, la modista sabía cuánto afectaban tales comentarios a su clienta, por lo que dejó el rollo de seda mostaza sobre el mostrador y cogió el carmesí para mostrárselo.

—Desearía ver el rostro del marqués cuando la vea con el vestido que planeo confeccionar para usted, milady —comentó la modista, casi en un cómplice susurro que solo la aludida oyó.

Collette acarició la tela y suspiró pensativa.

—Han pasado tantos años... —repuso después de un breve silencio.

No necesitó explicar el qué, ya que madame Maxim estaba en conocimiento del gran secreto que ella guardaba y del que pocos sabían.

—¿Lo ha visto? —preguntó la modista mientras comprobaba que las medidas de su clienta seguían siendo las mismas—. Me he enterado de la muerte de su esposa.

A Collette se le tensó la mandíbula al oír ese comentario, todavía le provocaba un terrible malestar recordarla. Asintió.

—Lo he hecho —confirmó, refiriéndose a verlo, y cogió dos rollos de encaje que la modista le tendió para que escogiese—. Dos veces.

Madame Maxim levantó una ceja y la conversación acabó cuando Monique y Giorgiana se acercaron con algunos ribetes y encajes que estaban sobre el mostrador del taller.

—Serán seis vestidos para cada una, ¿no es así? —preguntó la modista tomando notas en su cuaderno.



Semanas después, Bromely Manor daba la bienvenida a sus distinguidos invitados a la primera fiesta de tantas que ofrecería la aristocracia inglesa esa temporada.

Una fila de carruajes se sucedía y de ellos bajaban pintorescas damas con sus mejores galas junto a sus respectivos acompañantes, entre las cuales se encontraba lady Lyngate, que ingresaba al recibidor de la residencia de los duques de Derby del brazo de su esposo y seguida por sus dos hijastras.

A las tres damas se les entregó un carnet de baile, en nácar para las solteras y blanco para la casada. La música inundaba todo el lugar y no hubo invitado que no desviase la mirada hacia los recién llegados, en especial hacia la vizcondesa.

Los anfitriones, acompañados por el marqués de Lys y los duques de Devon, recibían a los que ingresaban y les deseaban una feliz velada. El vizconde observó con interés la interacción de su esposa con Charles Bradbury, solo que esta fue de lo más normal entre dos conocidos que se tienen aprecio, incluso con la nueva duquesa. Él esperaba ver rostros incómodos, pero eso no sucedió.

—Se ve muy elegante esta noche, excelencia —expresó Collette a Serena, a modo de saludo. La duquesa llevaba puesto un elegante vestido azul con bordados en plata, el cual combinaba con la tiara que adornaba su cabeza.

—Me hace sentir halagada —repuso la duquesa de Devon, con mucha educación, percatándose de las miradas de los demás invitados hacia la dama que tenía enfrente. Y es que el vestido que llevaba la vizcondesa era una verdadera obra de arte; le ceñía en los lugares justos y contrastaba con el color de su tez. Empezaba a dar de qué hablar, como era costumbre—. Usted no tiene nada que envidiar. El rojo le queda muy bien.

Ambas damas se trataron con respeto y con la discreción que les exigían sus posiciones y el pasado que compartían. Aunque Serena no sentía rencor hacia la vizcondesa, sí mantenía una mínima distancia social para evitar cotilleos innecesarios. Siempre pensaba que, de no haber sido por ella, jamás hubiese conocido a su esposo.

Esa noche prometía algunos sobresaltos, y uno de ellos fue la llegada del viudo marqués de Reading, que apareció solo y se robó todas las miradas del público femenino. Collette se tensó por completo al verlo, porque esos ojos azules no se despegaban de ella, a pesar de estar rodeado de muchas jóvenes disponibles. Rememoró la sensación de sus anhelantes brazos alrededor de su cintura y le recorrió un escalofrío.

La vizcondesa de Lyngate podía saludar a Charles con total tranquilidad a pesar de la añoranza, pero no estaba segura de poder contener sus sentimientos ante William, que parecía decidido a hacerle la vida imposible. Se alejó de la pista de baile, a la espera de pasar inadvertida, pero pronto sintió el peso de una mirada a su espalda. La duquesa de Devon se acercó a tomar algunos bocadillos y fue testigo de la reunión de dos almas heridas que tenían muchos asuntos que zanjar. Estuvo a punto de retirarse con un platillo lleno de tartaletas cuando oyó que el marqués le pedía un baile a la vizcondesa. Sonrió y pensó en lo que le diría a la duquesa de Derby al día siguiente: no soy cotilla, sino una dama bien informada.

Serena era de las que podía adivinar lo que sucedía con solo mirar, por lo que no tardó en notar lo nerviosa que parecía estar Collette, ni la intensidad con la que ese caballero la observaba. Creyó haber oído mal, pero estaba segura de que este la había llamado por su nombre, así que debían ser cercanos.

¿Acaso la vizcondesa tenía un nuevo amante?

—Debería invitar a la duquesa de Devon —sugirió Collette, dedicando a Serena una sonrisa incómoda, aunque se arrepintió de inmediato al recordar la escena que sucedió en la temporada anterior, cuando la hija de los marqueses de Aberdeen, en complicidad con un amigo cercano y cegada por los celos, dejó en ridículo a la hija de los duques de Derby, exponiendo su discapacidad en la pierna al punto de humillarla frente a todos los invitados. Debió pensar en otra dama y no precisamente en ella. Ahora se sentía culpable por su indiscreción—. O alguna de las damas solteras que estarían dispuestas a bailar con usted, milord.

Serena movió las manos en negativa, pero con una cálida sonrisa. Aunque para entonces ya no se notaba tanto su cojera gracias a los zapatos especiales que le mandaba hacer su esposo, todavía prefería evitar los bailes.

—No es que quisiera desairarlo, milord, pero no creo que en mi estado sea lo más conveniente —se disculpó, y la vizcondesa lo entendió de inmediato.

—Es una maravillosa noticia, excelencia. Por favor, reciba mis más sinceras felicitaciones por su futura maternidad —se apresuró a decir Collette, antes de llevar su mano al vientre de manera inconsciente.

El gesto no pasó desapercibido para William, pero se limitó a felicitar a la duquesa.

—Debería aceptar el baile, milady. Usted es una muy buena bailarina —sugirió Serena, quien empezaba a sospechar que esos dos necesitaban una pequeña ayuda.

La vizcondesa de Lyngate estuvo a punto de protestar cuando vio que el marqués escribía su nombre al lado del vals, lo que hizo que a Serena la intrigase aun más lo que esos dos escondían. Aunque a Collette había dejado de interesarle la opinión que tenían los demás hacia ella, esa temporada no deseaba ser el centro de todas las miradas por el bien de sus hijas. Una vez que se despidieron, la duquesa regresó hasta donde Charles conversaba junto a un grupo de caballeros.

William aguardó paciente a que llegase el momento de posar de nuevo sus manos en el cuerpo de su amada, aunque antes de eso tuvo que soportar ver a otros hacerlo, en especial al vizconde, que parecía más pegajoso que nunca, o al conde de Rutland, que lucía muy cercano a Collette y lo llevó a preguntarse qué tipo de relación tenían.

Una vez llegado su momento, William y Collette tomaron su lugar en la pista y, a pesar de que muchas parejas los rodeaban, ella sintió que estaban solos. Su corazón latía desaforado y temía que la delatase ante el caballero que la observaba con esa mirada en la que ella reconocía al antiguo William, ese que parecía desnudarla sin mover siquiera un dedo. Los primeros acordes sonaron y sus cuerpos buscaron la cercanía que exigía el vals, a tal punto que podían sentir el temblor del otro.

Sus miradas decían todo aquello que no podían las palabras, y el roce de sus cuerpos les recordó a esa apasionada noche en que se convirtieron en uno y que les quemó la piel para toda la eternidad.

—Te ves hermosa, Collette. No te imaginas los celos que siento cada vez que veo que alguien te toca —susurró el marqués, fijándose en lo hermosa que se veía—. No hubo un día en el que no te tuviese en mis pensamientos, o en que no imaginara nuestras vidas de haber aceptado tu oferta de huir. Espero que alguna vez aceptes escucharme; necesito que sepas la verdad.

Ambos parecían a punto de llorar, pero Collette apretó los labios antes de hacerlo.

—Te lo he dicho antes, y espero que lo recuerdes, William: te detesto tanto como te amé. Es muy tarde para nosotros —sentenció al momento que el cuarteto de cuerdas ejecutaba los últimos acordes.

—Tus labios dicen eso, pero tu cuerpo lo contradice —murmuró con disimulo, y le acarició la espalda baja, causándole un leve temblor. Su cuerpo era un traidor—. Tu corazón sigue latiendo muy fuerte cuando me ves, tus ojos me buscan hasta en medio de la oscuridad. —Sus cuerpos estaban peligrosamente cerca, pero Collette se mantenía firme, solo que no sabía por cuánto tiempo más—. Solo debes decir que sí y me tendrás a tus pies, mi amor.

Ella ni siquiera esperó a que terminara la música, sino que lo miró con reprobación y pronunció unas duras palabras:

—No me sigas. —Y se marchó hacia una de las puertas que daban al jardín de Bromely Manor.

Todos los presentes tenían sus ojos puestos en los anfitriones y en las jóvenes solteras que esperaban concretar matrimonios esa temporada, por lo que solo Charles y Serena notaron que la vizcondesa se perdía tras las puertas limpiándose unas lágrimas. Se dedicaron una rápida mirada y asintieron.

—¿Vamos a ver qué ha sucedido? —preguntó Serena, y su esposo asintió de inmediato.

El espíritu caritativo de la duquesa no tuvo en cuenta que se trataba de la examante de su esposo, sino solo el hecho de que parecía cargar con una gran pena. La vio salir muy turbada y creía saber el motivo.

Collette se recostó en una de las paredes de la mansión y se limpió las cristalinas lágrimas del rostro a la par que miraba hacia el cielo estrellado. Sollozaba en silencio y apretaba su pecho, como si le doliese el corazón.

—¿Te sientes bien? —preguntó Charles, que llegó hasta ella antes que Serena, que regresó para buscar una copa de limonada para ofrecerla a Collette.

—No deberías estar aquí, Charles, no ahora que tu esposa está encinta y... —mencionó, y vio a la duquesa acercarse a ellos con total tranquilidad—. Excelencia —se apresuró a decir, asustada—, no es lo que parece.

Serena le tendió la bebida con amabilidad y asintió.

—Lo sé —respondió amable—, pero nos hemos preocupado al verla abandonar el salón en estas condiciones y hemos querido venir a ver si se encontraba bien.

Collette asintió y se sorbió la nariz. El duque conocía la historia de su compromiso fallido, pero no que el marqués de Reading era aquel amor que la dejó con el corazón roto. Collette no se guardó nada y sintió que el peso que parecía aplastarla se hacía cada vez menor.

Serena lamentó que esa mujer, a la que todos veían fuerte y desafiante, y por la que había sentido un poco de celos al principio de su relación, en realidad hubiese sufrido tanto en la vida. Aunque en esa ocasión no lo mencionó, la duquesa se enteró por su esposo de la tragedia que cernió su vida cuando la conoció. «Nadie debía enterrar a un hijo», pensó.

—Espero que su embarazo le sea leve y que goce de buena salud, excelencia —dijo la vizcondesa una vez que llegaron al final de su desahogo.

La pareja aguardó a que ella se compusiera y la acompañaron de vuelta al salón.

El vizconde casi bufó al ver que la duquesa de Devon acompañaba a los examantes y que no parecía molesta en lo absoluto. Apretó la copa que tenía en manos, sin que nadie lo notase, y pronunció unas maldiciones en voz baja.





CAPÍTULO 21

Londres, 1810

Charles regresaba de una fiesta organizada por su amigo, el conde de Rutland, en la pequeña temporada, y notó a lo lejos a una mujer que se tambaleaba al borde del Támesis. Detuvo su carruaje y se apresuró hacia ella sin titubeos. A pesar de la densa neblina que cubría el lugar y las copas de alcohol que llevaba encima, pudo cogerla del brazo justo cuando tomó el impulso de saltar a las oscuras aguas.

La dama, pálida como un fantasma y con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, giró la cabeza para mirar al que la sostenía con fuerza.

—Solo déjeme morir con mi pequeño, por favor —suplicó la mujer con la voz ronca. Todo su cuerpo convulsionó en un lastimero llanto, y Charles la sostuvo con más fuerza hasta devolverla a una zona segura.

Se percató de que la dama tenía las muñecas vendadas y supuso que no era el primer intento de acabar con su vida.

—Lamento mucho que piense que su vida ya no tenga sentido como para querer acabar con ella —dijo Charles con la mirada fija en ella—. Por lo que ha mencionado, asumo que ha perdido a su hijo, pero piense en que él no desearía ver a su madre terminar así.

—¿Es usted padre? —preguntó la vizcondesa, con el rostro lleno de lágrimas.

Charles negó con la cabeza.

—No, no lo soy, pero sí soy un hijo, y me sentiría muy infeliz si mi madre acabase con su vida por mi culpa.

Collette levantó la mirada y apretó los labios hasta que le dolió.

—La vida me ha arrebatado todo lo que amo, como si se empeñase en verme infeliz —dijo, y sollozó de nuevo—. Mi primer amor, el hombre a quien he entregado mi corazón y todo el amor que podía sentir, y ahora a mi pequeño hijo. —Levantó la mirada y pareció buscar en Charles una explicación—. ¿Qué he hecho para merecer esto? —indagó con rabia.

—Lamento todo lo que le ha sucedido —mencionó Charles, y la tomó de la mano para infundirle apoyo—, pero le ruego que lo piense mejor.

Él sabía quién era ella, la conocía de bailes anteriores y no podía creer que aquella mujer a la que tanto admiraba era la misma que se veía frágil y derrotada entre sus brazos esa madrugada en la que ni siquiera los faroleros empezaban sus faenas.

—Ya no tengo motivos para vivir —susurró cansada.

—Le ofrezco una esperanza —dijo sin dudar—. Si dice no tener motivos para vivir, cuente conmigo para sobrellevar sus penas. Seré quien la escuche y la conforte hasta que recupere las ganas.

Collette lo observó con curiosidad y se preguntaba por qué ese caballero parecía tan persistente. ¿Acaso la conocía? ¿Qué esperaba de ella?

—Estoy segura de que a mi marido no le hará mucha gracia —repuso con un toque de amarga ironía.

—No necesita enterarse —sugirió Charles, con una leve sonrisa.

La vizcondesa sonrió con amargura, pero tampoco se negó. Si ese joven tan apuesto no hubiese llegado a tiempo, su cuerpo ya estaría flotando en las turbias aguas del Támesis. Pensó en su esposo y apretó los puños. Lo odiaba con todas sus fuerzas y se le ocurrió una idea para vengarse de él.

—Lo pensaré —prometió la dama, y se limpió las lágrimas con la manga del vestido.

Charles sacó un pañuelo del bolsillo de su levita y se lo pasó.

—Hágalo. Estaré esperando su respuesta —afirmó el caballero, y le señaló el carruaje—. Ahora, permítame acercarla a su casa. No es seguro que ande por las calles a estas horas y sola.

Ella negó con la cabeza, pero Charles insistió hasta convencerla.

De camino a Lyngate House el caballero se presentó correctamente y le indicó dónde podía encontrarlo una vez que tomase una decisión respecto a su ofrecimiento.

Aquel fue el inicio de una relación amistosa que luego se convirtió en algo más. Ese caballero la salvó de sus demonios y le devolvió parte de aquella felicidad que había perdido años atrás.



Esa noche, Collette soñó de nuevo con el accidente que le arrebató a su pequeño Oliver, quien fue su motivo de orgullo y alegría, de apenas cinco años de edad. Ella se había negado a que lord Lyngate llevase al niño a cabalgar siendo tan joven, pero el vizconde alegó que él mismo aprendió de muy niño y que, cuanto antes empezaran, más rápido aprendería.

La mala noticia no se hizo esperar. Cuando vio llegar a su esposo con el cuerpo de su pequeño en brazos, se hizo realidad el peor de los presentimientos de Collette. Se apresuró a alcanzarlos y todo su mundo se vino abajo al notar que Oliver no respiraba y que unas magulladuras cubrían parte de su rostro.

Retiró con brusquedad al niño de los brazos de su padre y lo pegó a su cuerpo como si eso le fuese a devolver la vida. Un llanto desesperado hizo que todos en Lyngate House acudiesen a ver qué había sucedido para que la señora de la casa gritase de tal manera. Nadie dijo nada, solo se quedaron petrificados observando la escena.

El niño era el rayo de luz en ese enorme palacete, encantador y con una sonrisa digna de un ángel. Sus hermanas lo adoraban y no podían dar crédito a lo que veían, a pesar de que la institutriz se esforzó por cubrirles los ojos.

—¡Sabía que no era una buena idea! ¡Te lo he advertido! —exclamó la destrozada madre mientras seguía aferrando el pequeño cuerpo entre sus brazos—. Jamás te perdonaré, Anthony, ¡jamás lo haré!





CAPÍTULO 22

Londres, 1818

El vizconde de Lyngate aceptó el cortejo del marqués de Huntington para su hija mayor, Monique, solo después de enterarse de que estaba emparentado con el regente y que gozaba de su favor – alimentaba su anhelo de rodearse de la realeza en todo su esplendor y este parecía ser un buen camino—. Collette solo tuvo que hacer un inocente comentario acerca de la relación de primos entre lord Huntington y el regente en el momento en que lord Lyngate estuvo a punto de cavilar.

El pretendiente llegó a Lyngate House acompañado de su hermana, la marquesa de Surrey, que se encontraba de visita y quiso aprovechar para ver a su amiga Collette, porque tenía algo muy importante que contarle. Vestido con una levita de gris oscuro, calzas en color beige y unas botas de cuero negro, lord Huntington acaparó de inmediato la atención del público femenino que estaba reunido en el pequeño salón.

El viudo decidió que era el momento de rehacer su destrozada vida después de la muerte de Frances, porque, como noble, se esperaba de él un heredero para su señorío. A pesar de sus casi cuarenta años, mantenía una figura que muchos caballeros más jóvenes podrían envidiar. Monique lo conoció en el baile de los duques de Derby y el caballero de mirada gélida le robó unos cuantos suspiros.

Lady Rose aprovechó el momento en que lord Lyngate y su hermano intercambiaban algunas palabras para apartar a su amiga hacia un rincón del salón. Collette no necesitó ser demasiado inteligente para adivinar qué era lo que le preguntaría.

—Necesito saber por qué anoche has dejado plantado a William —inquirió con un tono cauteloso refiriéndose al baile. Sus enormes ojos grises buscaban en el rostro de su amiga alguna respuesta.

—Porque es un sinvergüenza —masculló Collette con fastidio—. Piensa que soy débil y que caeré rendida a sus pies cuando se le dé la gana. No lo logrará.

—¿Y has sentido algo cuando...? —sugirió la marquesa con curiosidad.

—Por supuesto que lo he sentido, pequeña bruja —reconoció la vizcondesa, avergonzada—. Tampoco es que fuese de piedra.

—Con respecto a William... —empezó a decir la marquesa de Surrey, y observó si nadie las podía escuchar. Al comprobar que los demás estaban en sus propios asuntos, continuó—: He oído algo que no sé si deba contártelo, pero eres mi amiga, ante todo, y creo que si no te lo advirtiese estaría traicionando nuestra amistad.

Collette entrecerró los ojos y le indicó con un gesto de mano que continuara.

—Ayer por la mañana he oído sin querer la conversación de Raymond y William, pero solo el final.

—¿Sin querer? —preguntó Collette, elevando una ceja.

Su amiga la reprendió con la mirada.

—Juro que ha sido sin querer —afirmó, y resopló. Su rostro dejaba entrever que lo que estaba a punto de decir era algo muy serio.

—Perdona, continúa —la invitó la vizcondesa, llevándola hacia el jardín para contar con mayor privacidad.

Lady Rose parecía contrariada, dolida, temerosa de cometer un error, pero de estar en el lugar de Collette, agradecería que su amiga hiciese lo mismo.

—He escuchado decir a William que planeaba acercarse a ti a cualquier costo, que buscaría la forma de recuperarte —empezó a decir, y volvió a mirar a su alrededor con cautela.

—Me he dado cuenta de eso —respondió Collette, y se llevó una mano a la sien. No comprendía por qué esa noticia había alterado tanto a su amiga—. Me ha acorralado un par de veces. Debo reconocer que en una de ellas casi caigo en la tentación.

Lady Rose apretó los labios y escogió las palabras que pensaba decir.

—Ten cuidado, Collette —advirtió, más seria que de costumbre. La vizcondesa frunció el entrecejo—. Me cuesta creer en lo que te contaré, pero lo he oído tan bien que me duele.

Collette asintió titubeante, sin dejar de mirar a su amiga.

—Lo que sea que hayas escuchado, dímelo. No importa lo duro que sea.

—Después de jurar que te recuperaría, Raymond le preguntó a William si continuaba pensando en su venganza, a lo que él respondió que sí, que no le importaba cuánto tiempo le tomase llevarla a cabo, que es un plato que se come frío.

Un frío se apoderó del cuerpo de Collette, uno que solo había sentido trece años atrás, cuando el agua de la lluvia la caló hasta los huesos una vez que William la abandonó. Fijó la mirada en lady Rose y su mandíbula se tensó.

—Así que era por eso... —susurró, y apretó los puños.

—No sé a qué venganza se refería, Collette, ni he escuchado toda la conversación, pero quería advertirte. —La marquesaladeó la cabeza e hizo una mueca con la boca—. No desearía verte lastimada de nuevo. Intentaré sonsacar información a mi esposo, tal vez he malinterpretado algo.

Collette no negó ni afirmó, sino que se quedó pensativa por un rato. Estaba segura de que su amiga no le mentiría ni desearía su sufrimiento. ¿Acaso su padre tenía razón en pedirle que no creyese en William? ¿Será que su corazón se había equivocado tanto con ese hombre que la miraba como el objeto más valioso de su existencia?

Se reprendió por haberse emocionado cada vez que lo vio o lo sintió.

—Opino que deberías vengarte de él primero —sugirió la marquesa, elevando una ceja y curvando los labios en un atisbo de sonrisa.

Su amiga entrecerró los ojos y pareció considerarlo.

—Debes hacerle creer que lo consiguió y lo dejas con las ganas. Luego escoges un nuevo amante —dijo lady Rose mientras caminaban de vuelta al salón.

Ambas amigas intercambiaron miradas, aunque la vizcondesa no parecía muy convencida con la idea.

—El baile de los marqueses de Aberdeen es la próxima semana. Piénsalo —dijo lady Rose, y se despidió.



Una semana después, William arropaba a su hijo antes de partir hacia el baile de los marqueses

de Aberdeen. Estuvo a punto de declinar la invitación, pero un comentario de la esposa de su amigo, el marqués de Surrey, durante una visita, lo hizo reconsiderar su decisión.

Solo necesitó escuchar lo bello que le quedó el vestido que la acompañó a comprar y que, seguramente, captaría la atención de todos los presentes en la velada. La sola idea de volver a sentir su cercanía en un baile lo convenció de asistir. No descansaría hasta que ella le diese una oportunidad, aunque sea como amante. Su cuerpo anhelaba el contacto con el de ella, poder mirarse en esos dos orbes negros y desafiantes, o escucharla maldecir con esos labios que deseaba saborear.

El mayordomo avisó que el cochero lo esperaba afuera y William besó la frente de su hijo antes de partir.

La familia del vizconde llegó primero a Aberdeen House. Los invitados eran anunciados en la entrada por un lacayo, mientras que un cuarteto de cuerdas amenizaba la velada. Como era costumbre, el baile de los marqueses prometía todo aquello que la alta sociedad podría esperar de un baile: buena música, una alta concurrencia de invitados ilustres, deliciosos aperitivos y mucho material para los cotilleos, ya que muchos aguardaban expectantes del primer encuentro público de los duques de Devon y la que estuvo a punto de convertirse en la duquesa, lady Cecilie Staton, hija de los anfitriones.

Esa noche, la encargada de llevar el atuendo carmesí fue ella, a la que nadie veía desde su partida a Escocia, donde pasó un año visitando a una tía. Bajó —más tarde de lo esperado— las escaleras como una princesa y saludó a todos con una exquisita elegancia, incluso a la vizcondesa de Lyngate, con quien no tuvo una muy buena relación en el pasado, debido a su rivalidad por el afecto de su excelencia, el duque de Devon.

Las dos damas intercambiaron una incómoda mirada, y a Collette le pareció ver un cambio en la que un año antes se mostró como toda una arpía. Lady Cecilie seguía teniendo ese aire de superioridad, pero, a diferencia de la temporada anterior, un velo de cautela la rodeaba y parecía evitar llamar la atención de manera equivocada.

La vizcondesa aceptó la copa de champagne que le ofreció uno de los camareros y paseó la mirada entre los invitados que conversaban en el salón. Sonrió con cariño al ver a Lord Huntington y a Monique conversando en compañía de Giorgia y lady Rose, pero era otra presencia la que sus ojos añoraban. Aunque su orgullo le recordara que debía mantenerse alejada de aquel caballero, debatía en su corazón si estaba más tranquila por no haber visto a William por ninguna parte o si se sentía triste por el mismo motivo.

Se encontró de repente observando su carnet casi vacío y echando en falta a aquel que juró no querer volver a ver. Afortunadamente, su esposo se enfrascó de inmediato en una conversación entusiasta con unos caballeros y no le prestaba atención.

«¿A qué estás jugando, maldito traidor? —le reclamó a su músculo latente, y bebió de la copa que estuvo agitando—. No deberías alterarte cada vez que ves a alguien entrar, ni esperar a toparse con él por algún recoveco».

Y como si lo hubiese invocado, el lacayo anunció la llegada de Lord William Wembley, marqués de Reading, para tormento de su corazón. Bebió de un trago el contenido de su copa y cogió otra de la bandeja que llevaba un sirviente hacia la mesa de aperitivos. Necesitaba aire fresco.

Observó una vez más hacia la dirección de William y se escabulló hacia la puerta que daba al jardín, perdiéndose entre las sombras. Él la captó, pero no la siguió de inmediato, sino que conversó un momento con algunos de los invitados y buscó con la mirada a lord Lyngate, que

continuaba en el selecto grupo de caballeros que conversaban de negocios.

Con un andar tranquilo y seguro, el marqués de Reading abandonó el bullicioso salón y buscó con la mirada a la dama que debía estar por ahí, el objeto de su deseo prohibido. Esta se percató de su presencia y se giró a mirarlo con desaprobación.

—¿Se le ha extraviado algo por aquí, lord Reading? —ironizó Collette, pero no se movió, sino que continuó mirando el cielo estrellado desde debajo de la pérgola adonde había buscado cobijo.

William le preguntó con un gesto si podía tomar asiento a su lado. Ella lo pensó por un rato y asintió luego de unos segundos que parecieron eternos. Pensó en lo mucho que desaprobaba lady Rose esa respuesta, pero pensó que no le dañaría solo un momento a su lado. Un momento que le serviría de consuelo cuando decidiese desenmascararlo y alejarlo para siempre.

—Luces maravillosa esta noche —susurró el marqués, y miró sus manos para que ella no notara los nervios en su mirada.

Collette sonrió melancólica, pero no se sentía con ganas de discutir o recordar el pasado, así que, después de un profundo suspiro, desvió la mirada hacia su acompañante.

—¿Podemos tener una tregua esta noche? No deseo hablar del pasado, ni de lo que nos duele, solo... sentémonos aquí.

William se relamió los labios y asintió, aunque deseó posar la mano sobre la de ella, que estaban cubiertas por guantes blancos. Gimió de manera casi imperceptible al fijarse en el elegante arco de su cuello, o el mechón de pelo que se había escapado del peinado y que parecía acariciarle la espalda. Era inútil pedirle a su cuerpo ignorar la cercanía. Estaban tan cerca que podían sentir el calor de sus cuerpos y el aroma de sus jabones.

Collette sintió la necesidad de hacer contacto físico y acarició los dedos de su acompañante con los suyos, pero pronto se arrepintió. Sonrió con tristeza y recordó las tantas veces que entrelazaron sus manos y soñaron despertar así, cuerpo contra cuerpo y con las manos unidas. Pensó en las palabras de lady Rose y se le estrujó el estómago. Todavía necesitaba una pequeña venganza para calmar su alma.

Volvió a bajar la mano, pero en vez de posarla sobre la mano de William, lo hizo sobre su muslo, haciendo que todo el cuerpo del marqués se tensara. Él cerró los ojos, invadido por un inoportuno placer, que solo fue en aumento a medida que ella trazaba un camino hacia la bragueta de su pantalón. Acercó tanto su rostro que pudo sentir su cálido y agitado aliento a la vez que el bulto en su entrepierna crecía.

William apretó el borde del banco en el que estaban sentados y gimió de placer, mientras que ella lo observaba con descaro, para luego levantarse y dejarlo entusiasmado. Pensó que podía ser más fuerte, que podría resistir hasta verlo suplicar, pero su cuerpo se ratificaba como un traicionero.

—¡Maldición! —lo oyó decir a sus espaldas, pero ella no se detuvo.

Estuvo a punto de regresar al interior del salón, pero vio a los duques de Devon y a los anfitriones acompañando a lady Cecilie al jardín. No podía permitir que la vieran sin compañía en ese lugar, por el bien de sus hijas.

Ese pensamiento le hizo decidir que de ahora en más evitaría al marqués de Reading. Le gustase o no, seguía casada y a la sociedad le encantaba arruinar vidas con cotilleos.

Collette regresó al salón después de que los duques de Devon lo hicieran y lo primero que encontraron sus ojos fue la mirada furibunda de su esposo, que bebía un brandy. Este sonrió con malicia y sacó el reloj de su bolsillo para controlar la hora. Parecía pendiente de algo o de

alguien, así como Monique, que se dirigía hacia ella, parecía preocupada por algo, lo que desconcertó a su madrastra.





CAPÍTULO 23

A la mañana siguiente, la noticia del intento de asalto al carruaje de los duques de Devon al regresar a su casa, después del baile que ofrecieron los marqueses de Aberdeen, ocupaba los titulares en las calles de Londres. Un muchacho agitaba el periódico y exclamaba que la duquesa abatió a uno de los bandidos con su pistola y que el duque recibió un golpe en la cabeza al intentar protegerla. Todos los presentes se veían sorprendidos porque no esperaban que su excelencia fuese tan diestra con las armas. Las mujeres usualmente se limitaban al pianoforte, al bordado, a la declamación y a algún que otro deporte, pero no a disparar pistolas.

Collette se dirigía a la residencia de lady Rose cuando la noticia llegó a sus oídos. Disminuyó la velocidad de su montura, tirando de las riendas, y observó la considerable cantidad de personas que se acercaban al niño sin dientes que recibía los peniques por su mercancía con una gran sonrisa.

Su primer impulso fue la de desviar su camino y dirigirse a Devon House a enterarse por los mismos duques de lo sucedido, pero la razón la detuvo de inmediato. Aunque su preocupación por Charles y Serena era del todo sincera y desinteresada, los demás podrían sacar conclusiones equivocadas al verla llegar sola a Devon House. No deseaba causar más incomodidad de la que ya debía estar pasando la pareja, en especial a la duquesa, cuyo estado de gravidez aún peligraba y por lo incómoda que resultaría la situación.

Azuzó de nuevo a su caballo y cabalgó sin detenerse hasta llegar a la casa de su amiga.

De no haber estado tan absorta por la noticia, la vizcondesa hubiese notado la presencia del marqués de Reading, que esperaba paciente a hacerse con un ejemplar del periódico. William, que aún no podía olvidar el contacto de su mano contra su pierna y la forma en que reaccionó su cuerpo ante ello, notó la preocupación en el rostro de Collette al oír la noticia y se preguntó por qué la afectaba tanto, pero dos criadas que cargaban con panes recién horneados en sus canastas respondieron a su cuestionamiento:

—¿Crees que sean ciertos los rumores de que la vizcondesa de Lyngate fue la amante del duque de Devon? —preguntó una de ellas, mientras observaba a la dama alejarse hacia los jardines de Kensington.

—¿La vizcondesa de Lyngate, amante del duque de Devon? —inquirió la otra, muy sorprendida.

La primera asintió de manera efusiva y le indicó que bajase la voz; aún así, William logró oír lo que susurraban.

—Mi señora lo ha oído de una de sus amigas la temporada anterior, antes de la boda de los duques —respondió la criada que sacó el tema, y ambas se detuvieron a escuchar lo que agregaba el niño a voces—. ¿Y si el plan hubiese sido acabar con la duquesa para dejarle el camino libre?

La otra doncella ahogó un gemido de sorpresa.

—No digas tonterías. La vizcondesa está casada, no lo olvides.

—Eso nunca ha sido un impedimento —repuso la criada más osada, y se encogió de hombros—. Siento envidia de ella y de la duquesa, ambas gozaron de los favores de ese apuesto noble.

William pagó al niño lo que costaba el periódico y sopesó las palabras de las criadas. Se sintió egoísta por haber esperado que Collette no fuese feliz con su esposo, pero no consideró la

posibilidad de que ella pudiese tener un amante; estaba equivocado. Observó de nuevo la dirección en la que se perdió la vizcondesa sobre su montura y exhaló con decepción.

¿Y si a eso se debía el hecho de que Collette siguiese rechazándolo? ¿Acaso sí dejó de amarlo?

—Charles Bradbury... —susurró al leer el titular.

Recordó la fiesta de los duques de Derby y la imponente presencia del yerno de estos; era un rival considerable. La duquesa había mediado para que Collette aceptara su invitación a bailar, lo que lo llevó a preguntarse si esa pobre dama estaba en conocimiento de lo que unía a su esposo y a la vizcondesa; le había resultado una mujer muy dulce y lo incomodaba la idea de que su antigua prometida pudiese hacerla sufrir.

No lo iba a negar, unos terribles celos lo embargaron al imaginar a su Collette siendo amada por otro hombre y que este la hiciese feliz. Debía encontrar el momento para arreglar las cosas con ella, o moriría. Tal vez si le contaba la verdad tras su ruptura ella lo perdonaría. O tal vez no, pero debía intentarlo.

En el pasado no pudo luchar contra su padre y la perdió; esta vez no estaba dispuesto a hacerlo de nuevo, contra nada ni contra nadie, a menos que ella así lo deseara. Regresó a Londres para recuperarla, aunque tuviese que esperar años por ella.



Un momento después, el mayordomo informaba a Collette que lady Rose no se encontraba en casa, por lo que no tuvo de otra que regresar a la suya, aunque estuvo tentada en realizar una visita de cortesía a la duquesa viuda de Devon. Tenía un persistente mal presentimiento y no se quedaría tranquila hasta saber que tanto Serena, el bebé y Charles estuvieran fuera de peligro.

Al final regresó a su casa y decidió que esperaría por lo menos un día antes de visitar a su amiga, Margot Bradbury, la madre de Charles. Le resultó extraño encontrar bordando sola a Giorgiana cuando era casi imposible verla sin Monique rondando a su alrededor.

—¿Tu hermana ha salido a dar un paseo? ¿Cómo es que no la has acompañado? —preguntó la vizcondesa mientras se sacaba los guantes y el sombrero.

Giorgiana negó con la cabeza y observó a su madrastra con preocupación.

—En realidad... ella no ha bajado aún. Me ha dicho que se encuentra indispuesta y que la dejásemos dormir un poco más. —La muchacha frunció los labios y dejó el bordado sobre su regazo.

—¿Indispuesta? —inquirió la madrastra, preocupada.

Miró hacia las escaleras y entregó las prendas que se había quitado a una de las doncellas.

Levantó un poco las faldas de su traje de montar y se apresuró hacia la habitación de su hija mayor. Dio unos leves golpes en la puerta y oyó una débil respuesta de la ocupante.

—Me ha dicho tu hermana que te sientes indispuesta —afirmó Collette a la par que tomaba asiento en el borde de la cama, donde la muchacha permanecía acostada y con la mirada perdida hacia el exterior—. ¿Deseas que envíe al cochero en busca del doctor?

Monique negó con la cabeza y se sentó al lado de su madrastra.

—Madre, el doctor no puede curar este desasosiego que siento —murmuró la muchacha, con los ojos llorosos—. Me siento terriblemente culpable y no sé cómo remediarlo.

Collette empezó a preocuparse y le acunó el rostro con las manos.

—Sea lo que fuese que has hecho, puedes contármelo; no te lo guardes, o será peor —mencionó la dama.

—¿Padre ha salido? —preguntó Monique, con los labios temblorosos.

Collette asintió.

—¿Qué... es eso que te atormenta, hija? —insistió Collette, más preocupada al oír sobre el periódico.

—Hace tiempo oí una conversación entre él y un hombre al que no reconocí —empezó a decir, y se limpió una lágrima—. Lo había olvidado, hasta anoche que lo he vuelto a ver. —Apretó los labios y los puños—. Oí a mi padre decirle al hombre que no vería un penique si no terminaba el trabajo.

Collette sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—¿Has oído cuál era ese trabajo? —preguntó, a pesar de sospechar de qué se trataba.

La muchacha asintió.

—La primera vez que los oí hablar pensé que papá estaba bromeando cuando mencionó lo de eliminar de su camino al duque de Devon, pero temo que realmente haga algo en contra de su excelencia. —La muchacha levantó la mirada llorosa hacia su madrastra, y esta apretó los labios con rabia—. Sé que es mi padre, pero matar es algo terrible. El duque de Devon y su esposa son muy amables, no entiendo por qué papá desea hacerles daño.

Collette le acarició el pelo y negó con la cabeza.

—Tampoco lo sé, hija. Pero concuerdo en que es un acto terrible.

—Madre, si llegase a suceder algo a los duques y mi padre es encontrado culpable, nadie querrá casarse con nosotras; arruinará nuestras vidas para siempre —afirmó Monique, sollozando con tristeza. Su pretendiente, lord Huntington, le caía muy bien y tenía la esperanza de que su relación se estrechase más con el tiempo y la convivencia, así que la entristecía la idea de perderlo.

—No lo permitiré —prometió Collette, con el mentón elevado. La seguridad en su voz hizo que la muchacha cesase su llanto y la mirase con esperanza.

—Por favor, advierta a los duques, para que estén atentos y nada les suceda. —La muchacha unió las manos en señal de súplica, pero Collette negó con la cabeza.

—No te preocupes, yo me encargaré. Intenta reponerte pronto y no comentes esto con nadie, ni siquiera con tu hermana, ¿me oyes? —inquirió la vizcondesa, levantando la barbilla de la muchacha con un dedo.

Monique afirmó dubitativa.



Mientras tanto, en una zona alejada del centro de Londres, el vizconde estaba tan furioso, que arrojó todo lo que estaba sobre la mesa del mercenario que contrató para acabar con Charles Bradbury. El lugar se encontraba en los barrios bajos de Londres, y la humedad se reflejaba en las mohosas paredes de la precaria casa en la que se refugiaba el malviviente.

El robusto y corpulento hombre con una cicatriz en la cara no sabía si reír o llorar al ver que lord Lyngate resoplaba con furia mientras iba de un lado a otro en la pequeña sala; al fin y al

cabo, era él que había perdido a uno de sus mejores hombres en manos de la que aparentaba una débil duquesa.

¿Quién hubiese imaginado que tendría tal puntería y arrebató? Por fortuna, los demás hombres huyeron a tiempo, o hubiesen tenido el mismo final que el desgraciado de Linus.

—Me debe cincuenta libras, milord —mencionó el hombre, una vez que se cansó de verlo refunfuñar.

El vizconde se detuvo de inmediato y le dedicó una mirada furibunda.

—¿Cincuenta libras? No ha cumplido con la misión —repuso airado.

—De haberla completado hubiesen sido cien, además, tendré que encontrar otro sirviente —respondió el hombre, y se limpió las uñas con la punta de su navaja—. Lo que pagarán esas cincuenta libras es mi silencio, milord.

—¿Estás loco? —farfulló el vizconde, reconociendo que no debió confiar en un malviviente como ese, a pesar de las referencias que le había dado su administrador.

—Puede ser —bromeó el hombre, con una risa siniestra—. Pero usted estará muerto si no me paga.

Lord Lyngate pateó una precaria silla de madera, y esta perdió una de las patas al caer. Su plan no debió fallar, pero no contaba con que la duquesa fuese tan diestra con las armas.

¿Cuántas veces le ganaría el duque de Devon? Pensar en él lo puso aún más furioso. Recordaba las veces en que Collette bailaba con él y lo miraba como si de verdad lo quisiese, como nunca lo había mirado a él, su esposo, y del ridículo que pasaba por los comentarios de los que sospechaban de su amorío clandestino.

—No he traído suficiente dinero conmigo —mencionó cuando recobró la compostura—. Volveré en unos días con la suma que me pides.

El hombre se acercó a él y acercó el filo de la navaja a su cuello. El vizconde se tensó y empezó a sudar.

—Mi amiga y yo la estaremos esperando —repuso el corpulento malviviente, señalando con la mirada a lo que pegaba peligrosamente contra la piel del noble—. Le daré una semana. No se le ocurra nada tonto. Estoy seguro de que mi jefe estará muy contento de que sea usted el que termine en un barranco y no ese duque.

Lord Lyngate asintió nervioso y apretó los puños a ambos lados de su cuerpo. Aunque contaba con esa suma de dinero en casa, se negaba a ceder ante la estafa de ese hombre; debía encontrar la forma de deshacerse de ellos y callarlos para siempre, o no dejarían de chantajearlo.





CAPÍTULO 24

Collette no podía acudir a sus amigas para que la ayudaran, no desde que existía la posibilidad de que Monique se case con lord Huntington. Observó con cautela a su esposo durante el desayuno y sintió que él también parecía estudiarla en secreto. Monique intentaba no hacer contacto visual con su padre, en tanto que Giorgiana engullía todas las masas que puso el lacayo frente a ella, ajena a aquello que atormentaba a los que la rodeaban.

Debía advertir a Charles del plan de su esposo, pero no quería que Serena malinterpretase el hecho de que no quería que ella oyese la conversación. La verdad era que no quería generarle algún daño a su bebé con la noticia que les llevaría, pero debía ponerles sobre aviso; sabía que el vizconde no se detendría hasta lograr su objetivo.

Habían pasado dos días de aquel encuentro de lord Lyngate y el malviviente, y estuvo a punto de dejar pasar su amenaza, cuando de repente el mayordomo anunció la llegada de un caballero que insistía en que el vizconde lo recibiera. El sirviente repitió las palabras del que esperaba frente a la residencia, y estas tenían escondidas algunas amenazas.

—Hazlo pasar a mi despacho —anunció el esposo de Collette, y esta lo observó con los ojos entrecerrados.

El dueño de casa se limpió la boca con una servilleta y la arrojó con enfado sobre la mesa antes de ir a su despacho.

No pasó mucho hasta que el mayordomo regresó acompañado de un hombre canoso y de mal aspecto, aunque bien vestido. Las dos hijas del vizconde acompañaban a su madrastra al vestíbulo cuando el hombre se percató de la presencia de estas. Observó con interés a Monique, y ella sintió un escalofrío en todo el cuerpo.

La doncella de las muchachas las ayudó a cada una a colocarse el bonete y les entregó unas sombrillas para que el calor no les lastimara la piel. Collette recordó a la señorita Mildred y deseó que fuese feliz en América, adonde se marchó después de que el vizconde la acusara de robar unas joyas de su difunta esposa apenas regresaron de la luna de miel. La vizcondesa estaba segura de que lo hizo por haberse negado a complacerlo en la cama a causa de sus constantes malestares.

La aisló de todos, le robó su felicidad y su juventud.

Collette ya no tenía nada que perder, pero recordar a su antigua doncella la llevó a pensar en el hombre que la había traicionado y roto el corazón. Debía encontrar la forma de alejarlo de sus pensamientos, o terminaría por oír sus razones. No se sentía preparada para dejar atrás todo aquel dolor que la fortaleció en su completa soledad, aquello a lo que se aferró cada vez que deseaba morir, mucho menos otorgarle la victoria en su venganza.

Pero, sobre todo, debía encontrar la forma de advertir a Charles sin involucrar a Serena, porque podría salir lastimada.

Las tres damas y su doncella caminaban por los jardines de Kensington cuando se toparon con el apuesto marqués de Reading, que caminaba junto a una criada y el pequeño Patrick. Collette se quedó helada y Monique se percató de su reacción.

—Madre, ¿qué sucede? —preguntó preocupada.

Era demasiado tarde para esquivarlos, sería evidente. La madrastra se armó de valor y continuó con su elegante andar. No podía flaquear, no le daría William esa satisfacción de

parecer intimidada por su presencia.

—Estoy bien, no te preocupes —la tranquilizó. Aunque a medida que se acercaban, Collette observaba con más atención al niño que le sonreía con inocencia.

Giorgiana lo comprendió enseguida, pero se limitó a apretar el brazo de su madrastra e hizo todo lo posible por contenerla.

—Lady Lyngate —saludó William, antes de mirar siquiera a las damas que la acompañaban —, ha pasado un tiempo...

El marqués se había propuesto recuperarla y, al parecer, empezaría por acercarse a su familia.

—¿Os conocéis, madre? —preguntó Monique con curiosidad.

—Es... —titubeó Collette.

—Hemos sido vecinos y amigos en el pasado. Nuestros terrenos colindan en Reading —comentó William con tranquilidad, mientras la niñera le pasaba un juguete de madera al pequeño de pelos dorados que observaba a las damas con interés.

Collette deseó agacharse y acariciar el suave pelo del niño, pero temía evocar los dolorosos recuerdos en plena calle, por lo que se contuvo. Reconoció en el pequeño al William de su pasado, aquel que la encontró fisgoneando en la casa del guarda y que le brindó su amistad.

—Oh, ¿es así, madre? —preguntó Giorgiana, con el rostro alegre. Collette casi nunca hablaba de su pasado y para ellas era un asunto que les generaba curiosidad—. Nunca lo ha mencionado.

Collette levantó el mentón y enfrentó a su enemigo:

—Es porque ya no lo somos. Si nos disculpa, milord —dijo, y lo rodeó para avanzar en su paseo.

Las dos muchachas la siguieron, pero no pudieron evitar mirar una vez más al apuesto caballero que decía ser amigo de su madrastra.

—¿Podemos volver a serlo? —preguntó, para sorpresa de la vizcondesa.

Esta se quedó helada en medio de la acera. Su corazón se aceleró tanto que estuvo a punto de levantar la mano para sostenerlo. Recordó las palabras de su amiga y se preguntó por qué William insistía en esa estúpida venganza. Le costaba creer que todo lo que vivieron fue una mentira. Necesitaba averiguar la verdad y reunir el valor para terminar con ese enfrentamiento de una vez por todas.

Volver a ser amigos... ¿Era eso posible? ¿Era eso lo único que podrían recuperar?

Collette se giró a mirarlo y sopesó sus palabras. William la traicionó como prometido y como amante, pero nunca como amigo; siempre la había protegido y nunca dejó de escucharla. De verdad echaba de menos tenerlo a su lado, a pesar de la tajante advertencia de lady Rose.

No respondió, solo dio la vuelta y se alejó.



Al llegar a Bloomerg House, William pidió al mayordomo el atado de cartas que había ignorado en su despacho, entre las cuales vio unas invitaciones. Escogió del montón la que estaba buscando y la golpeó contra la palma de su mano, con una sonrisa traviesa en los labios. Todavía tenía tiempo de prepararse para la noche.

Conocía a Collette más que nadie y sabía dónde estaba su debilidad.

Salió de su despacho canturreando y acompañó a Patrick a un paseo que duró hasta la tarde,

luego de visitar a algunos amigos. Nunca se había alegrado tanto por la rapidez en la que pasaban las horas.

El marqués de Reading tenía un plan para recuperar la atención de su amada y lo llevaría a cabo la noche en que los condes de Rosslyn ofrecían uno de los mejores bailes de la temporada.

La velada estuvo marcada por la comprensible ausencia de los duques de Devon, pero con la presencia arrebatadora de dos damas que parecían destinadas a opacar a cualquiera que estuviese a su lado: lady Cecilie Burton, hija del marqués de Aberdeen, y lady Collette Huxley, vizcondesa de Lyngate.

Dos rumores circulaban esa noche: una buscaba un esposo y la otra un nuevo amante. La vizcondesa y la hija de los marqueses de Aberdeen se saludaron de manera educada, pero se dedicaron una mirada crítica. Una lucía tan brillante como una perla con aquel vestido color crema y el pelo tan rubio que las ninfas estarían celosas, en tanto la otra, con ese vestido verde, podría ser confundida con una seductora sirena.

Lord William Wembley divisó a su objetivo de la noche y se acercó a saludar. Se veía impecable como siempre, robando la mirada y algún que otro suspiro a las jóvenes que observaban a los caballeros que llegaban.

—¿Me concedería un baile esta noche, milady? —preguntó, después de saludar con un beso en la mano de lady Cecilie, que le sonrió un poco sorprendida. El caballero se aseguró de que Collette estuviese lo suficiente cerca para ver cómo la ignoraba.

La vizcondesa curvó un poco los labios y pasó de largo sin mirarlo. Lord Lyngate fue retenido por lord Holland y sir Thomas Dollowey apenas llegó, por lo que lord Vincent Frost, conde de Rutland y mejor amigo del duque de Devon, no tuvo reparos en acercarse a la examante de este para saludarla.

Cecilie entrecerró un poco los ojos al ver hacia donde se dirigía la mirada del marqués y sonrió con complicidad una vez que él se percató de su error. Un momento después, la hija de los marqueses de Aberdeen se tensó al oír a quiénes anunciaba el lacayo y su aspecto se ensombreció como el sol en un eclipse. William lo notó, sin embargo, se limitó a sonreír.

—¿Nos ayudamos mutuamente? —propuso sin titubeos ante la cercanía de los recién llegados.

La muchacha elevó el mentón con su acostumbrada altivez y sonrió de costado.

—Será un placer, milord. —Le tendió su carnet y él, sin dejar de mirarla, anotó su nombre no solo en un baile, sino en dos. Si iban a causar un escándalo, que valiese la pena.

Aunque ver a William coquetear con la misma dama que la había sacado de quicio la temporada anterior le consumía por dentro, no lo iba a demostrar. Si él quería iniciar ese juego, ella aceptaría, a saber quién terminaba perdiendo.

Collette sonrió ante un comentario de Vincent y se mostró confiada en todo momento, demostrando gran cercanía al conde. Este era apuesto, con una elegancia que demostraba la pureza de su linaje y no eran pocas las jóvenes que cuchicheaban al verlo, por lo que el marqués de Reading no pudo evitar preguntarse cuál era la relación que los unía.

Aún así, William estaba seguro de que aquel obstinado corazón no lo había olvidado. Sus miradas se buscaban, se desafiaban y se decían todo lo que sus orgullosos labios se negaban a expresar. No le quedaba de otra que jugar su carta de los celos, y confiaba en que lady Cecilie cumpliera esa misión.

El conde de Rutland no sentía atracción hacia la vizcondesa, sino que los unía algo parecido a la amistad que compartía con Charles; a pesar de eso, los curiosos que los observaban debían

imaginar que estaban planeando escabullirse en algún momento de la fiesta; en especial, algunas de las damas cotillas que acudían especialmente a los bailes para ese menester. Al notar que el duque no asistió al baile ni al anterior, debía encontrar la forma de hacerle llegar el mensaje antes de que fuera tarde.

—Debe ayudarme a hablar con Charles, milord —susurró Collette, fingiendo una sonrisa. Lord Rutland entrecerró los ojos de manera casi imperceptible, pero sabía que ella no le pediría eso sin un motivo muy importante—. Es de suma importancia que lo haga pronto.

El conde le pidió el carnet y escribió su nombre al lado de una cuadrilla.

—Explíqueme un poco más durante el baile —sugirió el caballero, mirando por el rabillo del ojo a los curiosos que no les quitaban los ojos de encima—. En este momento tenemos demasiado público.

Vincent sonrió con malicia al ver a cierta dama que recorría el gran salón —adornado por fragantes rosas y fresias— del brazo de su hermana y lo reprobaba con la mirada. Lady Sophie Staton levantó una ceja y negó con la cabeza, como para que solo él lo comprendiese.

—¿Podría explicarme por qué lord Reading parece querer atravesarme con la mirada? —preguntó con una divertida sonrisa—. Lady Cecilie no ha perdido el tiempo...

Collette curvó los labios en una sonrisa maliciosa.

—No merece la pena mencionarlo. Hablaremos de lo que importa durante el baile. Hasta entonces, milord —se despidió la dama, y caminó de vuelta hacia donde se encontraba su esposo para iniciar el vals.

Mientras sus cuerpos se mecían y giraban al son de la música, sus ojos se desviaban a ratos hacia la pareja que se movía con elegancia al son que emitía el conjunto de cuerdas apostado en una esquina. William parecía contento y conversador con lady Cecilie, y Collette recordó el malestar que le generó esa muchacha la temporada pasada, cuando la veía coquetear con Charles. Aunque el duque de Devon fue su amante por años, Collette no consideraba lo de su propiedad, no como lo hizo con el caballero de pelo dorado que en ese momento hacía girar con maestría a la sonriente hija de los marqueses de Aberdeen. De pronto, comprendió qué era lo que le molestaba de lady Cecilie: el tremendo parecido con la exesposa de William.

El baile acabó y el marqués de Reading se apartó a un costado de la pista a esperar a su próxima pareja, hasta que oyó la conversación de unos jóvenes caballeros.

—Anda, ve de una buena vez —animó uno de los caballeros a su amigo al ver que titubeaba—. Es tu oportunidad. Has esperado este momento desde la temporada anterior. Quién dice y es tu día de suerte; puede que se convierta en algo más que un simple baile.

Los segundos que tardó el joven en decidirse fueron suficientes para que el marqués de Reading se acercase a Collette a pedirle un baile, sin dejar de mirarla a los ojos, sin dudarlo, sin posibilidad de arrepentimiento. El muchacho se detuvo al ver que alguien se le había adelantado; con el rostro decepcionado regresó al grupo.

En un rincón del salón, lady Rose se mostraba preocupada al extremo al ver a su amiga ser abordada por su antiguo prometido. Lord Surrey frunció el entrecejo al percatarse de lo que tenía absorta a su esposa, y le impedía responder a la pregunta que había hecho momentos antes.

—¿Qué sucede, Rose? —preguntó su esposo, agitando levemente la mano frente a sus ojos.

La dama se sobresaltó y lo fulminó con la mirada. Se veía molesta.

—Estoy preocupada por Collette —respondió al fin, y se cruzó de brazos—. Me aterra la idea de que tu amigo consiga su objetivo.

El marqués de Surrey entrecerró los ojos sin comprender lo que insinuaba su esposa.

—¿Y cuál se supone que es su objetivo, querida? ¿Acaso tú lo sabes? —cuestionó, con una leve sospecha en el tono.

—No intentes negarlo, Raymond, no eres ese tipo de persona —afirmó lady Rose, y su rostro se suavizó, aunque se vio ligeramente triste—. Sabes perfectamente lo que William se trae entre manos. Lo que no entiendo es por qué lo ayudarás a vengarse de Collette. Ella es nuestra amiga...

Los ojos de lady Surrey se cristalizaron y su esposo lo comprendió de inmediato. Su rostro se tensó por completo y la apartó de la vista de los invitados que estaban cerca.

—Por favor, dime que no le has dicho nada a Collette —dijo Raymond con terror en la mirada.

—Debía advertirle a mi amiga. Tú lo hubieses hecho de tratarse de él —reclamó la marquesa, con el mentón elevado.

El marqués se masajeó las sienes con los dedos y maldijo en voz baja.

—Has cometido un terrible error, Rose —reclamó el marqués, y miró hacia sus amigos, que parecían conversar rodeados de una tensa aura—. Debiste habérmelo preguntado antes. Te lo hubiese dicho. —Se podía notar la tristeza por su desconfianza reflejada en su rostro—. Nunca te he mentado, cariño...

—¿Advertirle a mi amiga que el hombre que ama solo desea recuperarla para vengarse está mal? ¿Es ese el error que me atribuyes? —inquirió lady Rose, mientras su esposo negaba con la cabeza.

—No, tu error fue escuchar a escondidas y a medias una conversación para luego sacar tus propias conclusiones —expresó Raymond, y cerró los ojos—. Cuéntame qué es lo que has oído.

La marquesa, temerosa, le contó a su esposo lo que había oído en aquel entonces y él completó las partes que faltaban. Se sintió muy mal al comprender del error que mencionaba su esposo: William no planeaba vengarse de Collette, sino de su esposo. Además, de verdad la amaba y deseaba recuperarla.

Mientras, al otro lado del salón, tal vez fueron los celos, esos ojos, o esa sonrisa, o tan solo la añoranza que sintió en ese momento, pero Collette asintió y le dejó escribir su nombre en uno de los bailes que sobraban en el carnet; se aseguró de que fuese uno donde el contacto físico era necesario. Era consciente del fuego que los envolvía y que podía terminar por consumirlos, en especial a ella, pero una fuerza superior con la que todavía no podía pelear la llevó a caminar a su lado hasta la pista de baile.

La música comenzó y ella rememoró tiempos lejanos, en los que un viejo guarda les indicaba qué movimientos hacer las veces que fuese necesario hasta que lo hiciesen con fluidez. Sus cristalinos ojos se encontraron con los de William, y sintió que sus costillas la oprimían. Sus manos tan solo se rozaron y ella pensó en las incontables veces en las que él la ayudó a montarse a lomos del caballo o a subir a alguna roca o árbol; nunca le dijo que no podía hacerlo, sino que se limitaba a protegerla de ser necesario.

Quería pensar que su amiga había escuchado mal y que ese hombre, que parecía estar a punto de llorar, era sincero y de verdad la amaba como ella pensó, que no fue parte del macabro plan de su padre y no estuviese tras esa venganza. Su corazón le pedía confiar, pero su razón le advertía que mantuviese cautela.

Sus cuerpos no erraron ningún movimiento, y es que era imposible que lo hicieran si juntos aprendieron a hacerlo. Solo necesitaba mirarlo para recordar que a su lado solo era esa muchacha libre que se animaba a todo y que confiaba ciegamente en él como para entregarle su vida. Pero

también bastaba esa mirada para recordar en cuántos pedazos dejó su corazón, tantos que se quedó inservible, solitario y sin esperanzas, resignado a sobrevivir a la sombra de un hombre cruel y despiadado que la alejó de todas las personas que le importaban para tenerla bajo su control.

Una opresión en el pecho se apoderó de Collette al recordar que su negativa a huir con ella aquella tarde la había confinado a vivir en una constante tristeza y soledad, sin amor y con un corazón que se negaba a volver a sentir, a confiar. Por eso Charles se ganó un lugar especial en su vida, porque le devolvió algo de esa confianza que perdió, le devolvió la esperanza y la amabilidad de un amigo en el que podía confiar. Por eso debía salvarlo.

William también tenía los ojos brillosos al mirarla; era diferente a la Collette de antaño. La que tenía enfrente estaba rota, decepcionada y obstinada en vengarse; pero solo él podía ver a la verdadera que pedía a gritos ser rescatada de aquella cárcel para volver a ser feliz; aquella que no encontraba las piezas que le faltaban a su alma para volver a vivir, para volver a amar. Era él. Él se las llevó, y ahora debía encontrar la forma de colocarlas en su sitio y redimirse.

—¿Me has echado de menos? —preguntó de nuevo William, con la voz quebrada. La acercó a su cuerpo más de lo que era debido, pero por fortuna nadie lo notó—. Porque yo lo he hecho, cada maldito día de mi vida. —Sus ojos estaban fijos en los de ella —Debemos hablar, Collette. Solo dime el día, el lugar y la hora y hablaremos.

Collette limpió con disimulo su rostro. La música acabó en el momento oportuno.

—Estoy segura de que encontrará muchas damas que deseen conversar con usted, milord. Lady Cecilie parece una buena candidata, no debería perder su oportunidad —ironizó la vizcondesa, y se alejó.

William resopló por lo bajo con frustración, ya que no podía detenerla o causarían un revuelo; ella seguía casada y tenía una familia. Aunque su plan de provocarle celos a Collette parecía haber funcionado, temía que terminase obteniendo el resultado opuesto a lo que buscaba.

Ella lo había prometido aquella tarde de otoño, se lo gritó cuando se negó a mirarla por temor a flaquear en su decisión: «Si nos volvemos a ver, fingiré que no te conozco».

Se lo merecía, debía reconocerlo aunque le doliera, pero se juró encontrar el momento para decirle, de una vez por todas, todo aquello que había callado por años y la hizo creer que no fue amada, que fue abandonada porque no era suficiente. Ella lo era todo para el marqués y debía enterarse.

La vio aceptar al joven que fue animado por sus amigos a invitar a bailar a la vizcondesa y apretó los puños detrás de la espalda; deseó coger del brazo a Collette y llevarla lejos de cualquiera que la mirase como lo hacía ese muchacho, que parecía tener esperanzas de algo más que un mero baile.

Ella, en cambio, le dedicó una tierna mirada al joven por su valentía y reconoció que era bastante apuesto. Un recuerdo del pasado afloró en su mente: Charles hizo lo mismo muchos años atrás, cuando Collette regresó a su vida social después del luto por Oliver. Le ofreció un nuevo comienzo y ella aceptó; primero fue un baile, luego coincidencias en reuniones sociales que los llevó a conocerse, a confiar el uno en el otro y empezar una peligrosa amistad. Pero la vizcondesa necesitaba aferrarse a algo, o no podría conseguir recuperarse de tanto dolor.

Pasaron años hasta que los dos amigos secretos sintieron que el baile no era suficiente. Entonces el calor de la primavera y la oportunidad de la noche en una gran mansión con demasiadas habitaciones vacías, los llevó a dar un paso del que ya no pudieron retroceder.





CAPÍTULO 25

Londres, 1815

Collette entrecerró los ojos al ver que Charles regresaba ofuscado del jardín, adonde había ido para encontrarse con lady Charlotte Ferdinand, la condesa de Durham, de la que llevaba siendo amante desde hacía dos temporadas. El baile de los duques de Norfolk estaba en su mejor momento y muchas jóvenes suspiraron esperanzadas al ver regresar al salón principal al soltero más codiciado de Londres; pero él se alejó por uno de los pasillos y no regresó.

Llevaban siendo amigos por casi cinco años y la vizcondesa lo conocía lo bastante como para saber que algo no iba bien, así que, con la excusa de rellenar su vaso de limonada, siguió los pasos del caballero, no sin antes cerciorarse de que nadie la viera abandonar el gran salón.

Caminó con cautela por un pasillo decorado por retratos y candelabros cuyas velas estaban a punto de extinguirse, pero no tardó en encontrar a Charles. La puerta entreabierta de la biblioteca lo había delatado, y ella se giró a mirar a ambos lados antes de adentrarse en las fauces de la silenciosa habitación.

Charles caminaba de lado a lado frente al gran ventanal y no se percató de la inesperada presencia de Collette hasta que ella estuvo muy cerca; bajó el vaso que llevaba en la mano sobre el escritorio de madera y se cruzó de brazos. El caballero se veía frustrado por algún motivo, pero se relajó un poco al ver que se trataba de la vizcondesa.

—¿Desea hablar? —preguntó Collette al notar que su amigo llevaba una mano al pelo y lo alborotaba.

Hasta ese momento, ella se había resignado a observarlo desde lejos, a preguntarse cómo se sentirían esas manos sobre su piel, o esos labios invadir los suyos, porque no se planteó la idea de ser la amante de alguien. Llevaba meses conteniendo un creciente deseo cada vez que se encontraban durante un paseo o algún baile, y esos ojos claros, ese pelo dorado, le recordaban a su amor perdido del pasado.

Charles resopló y se sentó al borde del escritorio, con ambas manos a sus costados.

—Charlotte me ha dicho que debemos terminar —comentó de mala gana—. Su esposo ha descubierto que tiene una aventura y, aunque no sabe quién es el amante, ha amenazado con batirse a duelo con el desgraciado. —Charles aflojó el cuello de su camisa y negó con la cabeza—. Yo no temo, pero ella está aterrada de que uno de los dos muramos y que todo Londres sepa de su desliz.

La vizcondesa sabía que Charles tenía varias amantes, pero Charlotte era su favorita. Lo sabía porque acostumbraban hablar de muchas cosas; una de ellas las cuestiones del corazón. Él no buscaba amor, aún no buscaba sentar cabeza, y por eso la condesa era su favorita, porque estaba casada y no le exigiría un compromiso.

—No tardará en encontrar a otra que esté dispuesta —mencionó Collette, dando unos pasos hacia él; se sentó a su lado y verlo de tan corta distancia hizo que le diera un cosquilleo en el estómago.

Charles negó con la cabeza y se echó a reír con ironía.

—No lo dudo —afirmó el caballero, pero tenía la mirada perdida en algún punto de la puerta

—. Pero ella me gustaba de verdad. Estábamos a punto de besarnos cuando ella me detuvo. — Cerró los ojos y su sonrisa hizo que a Collette se le antojase probar esos labios—. Por eso he venido aquí. No deseo ver a todas esas jóvenes que esperan a que las invite a bailar.

Collette apenas sonrió, pero se acercó lo bastante a su amigo como para acomodarle el pelo revuelto con los dedos; lo observó con atención a los ojos y no dijo nada, sino que fue acercándose muy lentamente hasta posar sus suaves labios sobre los de él, haciendo que se quedase mudo por la sorpresa. De todas las mujeres en las que consideró como posibles amantes, la vizcondesa de Lyngate no era una de ellas, y no por no encontrarla atractiva, porque le había gustado incluso antes de salvarla aquella madrugada, sino porque no quería arruinar lo que tenían, pero la temblorosa mano de su amiga sobre su pecho alterado, la cual iba bajando sin que ella despegase sus labios de ese ardiente beso, no le dejaba dudas de que esa noche todo era posible.

—Milady... —susurró Charles con los labios aún pegados a los de ella.

Collette le acarició el rostro con una mano y con la otra cogió la de él y la llevó a su pecho. Al fin se separaron y de sus labios no salió palabra alguna, sino solo una sonrisa cómplice que lo invitaba a continuar. Charles la cogió por la cintura y la depositó sobre el lustroso mueble donde segundos antes estaban reposados; buscó una vez más la aprobación en su mirada y la encontró.

—¿Está segura? —quiso saber el caballero, pero ella no dudó en asentir—. Nuestra amistad...

—Seguirá intacta, pero le añadiremos más diversión —respondió la vizcondesa, y se sacó un guante a la vez.

Charles ya no dudó, sino que besó su cuello mientras le levantaba la falda del vestido y le abría las piernas con lujuria. De su cintura fue subiendo las manos hasta llegar a sus pechos y a las mangas de su vestido, las cuales bajó hasta dejar al descubierto a esas dos frutas maduras que lo invitaban a probarlas. Las besó y las succionó hasta que Collette no pudo aguantar el gemido y apoyó ambas manos a sus costados para sostenerse.

No se dio cuenta en qué momento fue que su nuevo amante se bajó los pantalones, ni en qué momento la despojó de su ropa interior, pero le fue imposible no notar el momento en que Charles la poseyó. Se meció con lujuria dentro y fuera de ella como si no hubiese mañana, como si deseara borrar el recuerdo y la frustración que causó lady Charlotte en él. Ella le rodeó el cuello con ambos brazos y emitía un gemido ahogado al ritmo de las profundas embestidas del hombre que tenía la frente pegada a la de ella y observaba la unión de sus cuerpos. No era una simple colisión de carne, sino que era una nueva oportunidad para ambos.

Collette por fin recordó lo que era el placer y lo mucho que lo echó en falta. Podía contar con los dedos de sus manos las veces que hizo el amor con su esposo después de la muerte de Oliver, si es que a eso se podía llamar hacer el amor.

Charles se retiró de su interior y la bajó del escritorio para recostarla boca abajo sobre el mueble y continuar con su sensual vaivén en esa posición. Ella arañaba la superficie lustrosa, pero no le importaba; sus pechos desnudos se aplastaban contra el frío mueble, y un fuego inmenso ardía en su interior con cada embestida.

Una hora después, ambos compartían una sonrisa cómplice mientras conversaban con otros invitados de regreso al atestado salón de baile, con sus atuendos impecables como al inicio de la noche. Nadie diría que ambos compartían desde aquel momento secretos y recuerdos que los unirían para siempre. Charles se negaba a sentar cabeza y Collette era presa de un matrimonio infeliz, con la cicatriz de un corazón roto en tantos pedazos que dudaba que le quedase algo para

continuar.

La vizcondesa había llegado a creer que jamás volvería a sentirse feliz y deseada al lado de alguien, incluso a escondidas, pero los encuentros que empezaron esa noche en la fiesta de los duques de Norfolk duraría más de lo que esperaban, hasta que el destino se encargara de separarlos.

Decidieron desafiar al peligro, a la suerte y a la soledad.





CAPÍTULO 26

Londres, 1818

A la mañana siguiente del baile de los condes de Rosslyn, una discusión en la planta baja hizo que Collette apresurara a su doncella para que terminase de arreglarla para el desayuno. No entendía por qué lloraba Monique si la noche anterior la vio tan feliz mientras bailaba con lord Huntington.

Ni siquiera dejó que la sirvienta terminase su peinado, sino que dejó unos mechones sueltos y bajó a ver qué sucedía. El vizconde sonaba airado y descontrolado.

—¿Se puede saber qué sucede? —preguntó Collette apenas cruzó el pasillo que llevaba al despacho de su esposo.

Abrió la puerta y vio a su hijastra mayor hecha un mar de lágrimas, sentada en uno de los sillones, y a su padre con los brazos en jarra, mirando hacia el jardín.

—¡Madre! ¡Por favor, no lo permita! —suplicó Monique, con los ojos llorosos y la respiración agitada.

—Déjame a solas con tu padre, por favor —pidió la vizcondesa, y observó que el aludido no se movió de su posición, como si la hubiese estado esperando.

La muchacha apretó la mano de su madrastra y se despidió titubeante. Collette le dedicó una mirada llena de confianza y le indicó la puerta.

—¿Qué es lo que sucede, Anthony? —preguntó la vizcondesa, acercándose a su esposo.

Este se giró y cogió un trozo de papel y una pluma.

—Sucede que esa muchacha necesita disciplina. —Señaló con la pluma hacia la puerta por donde se había marchado Monique—. He tomado una decisión y deberá aceptarla.

—¿Y se puede saber cuál es esa decisión? —preguntó con los brazos cruzados.

—He decidido aceptar la propuesta de matrimonio de sir Thomas Dollowey y no la del marqués de Huntington, por eso está histérica —sentenció el hombre, y resopló con indignación—. La has consentido demasiado y ahora piensa que sabe todo lo que es bueno para ella.

—¿Qué has dicho? ¿Casarla con ese vejestorio? —preguntó molesta, recordando que el caballero en cuestión debía rondar los sesenta años—. Pero si el marqués ya ha pedido cortejarla con intención de un compromiso matrimonial.

El vizconde comprendió con los años que su esposa era muy resistente al dolor propio, pero que no soportaba ver sufrir a sus seres queridos. Sonrió perverso y con la mirada distante, como perdida en un viejo recuerdo. Todavía sentía la rabia atragantada en la garganta al recordarla bailar de manera tan íntima con el marqués de Reading, sin pensar en todos los ojos que tuvieron encima y que, de nuevo, él sería el objeto de burlas como cuando fue la amante del duque de Devon.

—No sería la primera vez que arruino un compromiso, querida; no me subestimes. Aquí estamos tú y yo, ¿no?.

Los señaló a ambos con el dedo índice y ella sintió que el calor de su cuerpo la abandonaba. No podía creer lo que estaba oyendo: su esposo le estaba revelando que estuvo involucrado en la ruptura de su compromiso con William.

Collette se apoyó en la mesa porque su cuerpo se debilitó con esa noticia. El vizconde sonrió aún más al verla derrotada; quería herirla y por fin lo consiguió.

—Sí, querida, no fue difícil convencer a mi socio de que su hijo necesitaba a alguien mejor a su lado, y no a una forastera como tú. Ya detestaba lo suficiente a tu familia por lo que les arrebatasteis años atrás y solo necesitaba un pequeño empujón para tomar la decisión que al final los separó. —Se echó a reír como si le hubiesen contado un chiste—. ¿Crees que no sabía de lo vuestro? Lo he sabido desde siempre, pero te metiste en mis ojos la noche de tu presentación en sociedad y supe que debías ser mía y no de ese blandengue. Arthur Wembley aborrecía el tonto compromiso que habían establecido sus padres como ofrenda de paz y no dudó en seguir mi consejo. Él no quería la paz, quería veros arruinados, en la completa miseria. Y a ti, querida...

La vizcondesa tenía los puños y la mandíbula apretados. Deseaba rodearle el cuello con ambas manos, pero se contuvo. Lo dejaría ganar, pero solo hasta que ella tomase la ventaja y le devolviese el golpe.

—Nunca he sido tuya, Anthony, ni siquiera cuando me poseías —retrucó sus palabras entre dientes—. Cuando me tomabas, yo pensaba en él.

No se quedó a oír su furiosa réplica, sino que salió de inmediato hacia su habitación y pidió a su doncella que le preparase su traje de montar. Necesitaba despejar su mente y pensar en cómo podía ayudar a Monique. No permitiría que la historia se repitiera, no si de ella dependía. Una oscura idea afloró en su mente y lo consideró por unos segundos antes de salir hacia la caballeriza.

Estaba segura de que su esposo tramaba algo grande y que por eso se mostraba tan confiado; debía descubrir adónde iba y con quién trataba. No le sorprendería que volviese a contratar matones para acabar con Charles o William, solo que no podía permitir ninguna de las dos opciones.



Una vez en la calle, azuzó a su caballo y cabalgó en dirección a la residencia del conde de Rutland, sin doncella ni dama de compañía, como acostumbraba salir.

El conde de Rutland se encontraba en el salón cuando el mayordomo de Fanley House anunció la llegada de la vizcondesa de Lyngate. Un lacayo le había entregado el periódico y sobre la mesilla reposaba un vaso a medio llenar con un líquido ambarino, a la vez que un sirviente guiaba a la vizcondesa.

—He convocado a uno de mis hombres de confianza para que consiga información sobre esos malvivientes. Debe estar en ello —mencionó Vincent después de los saludos correspondientes. La seguridad de sus amigos era una prioridad, pero le extrañó un poco que ella hubiese acudido antes de que él la informara de sus avances.

—Necesitamos cortar el problema de raíz —murmuró Collette, con la mirada perdida en un punto de la diáfana ventana. El conde entrecerró los ojos, como si no comprendiera su comentario—. Debemos acabar con la vida de mi esposo.

Lord Rutland abrió los ojos como platos y se apresuró a cerciorarse de que nadie la hubiese oído; se acercó a ella dando una ágil zancada y la cogió del antebrazo. Conocía lo suficiente a Collette como para adivinar que si le pedía algo como eso era que había sucedido algo

sumamente importante.

—No me disgusta la idea, milady, pero debemos ser cautelosos con ciertos comentarios. Confío en la gran mayoría de mis sirvientes, pero he aprendido que nunca se debe subestimar al poder del dinero. —La condujo hacia el sillón y uno de los lacayos le acercó una bandeja con masas dulces, las cuales ella rechazó; con los nervios que cargaba, no podía tolerar nada en el estómago.

—Lo siento —se disculpó, y esperó a que se retiraran todos los sirvientes del lugar—, pero debe ayudarme a terminar con esta pesadilla.

Vincent notó la turbación en su rostro y ni siquiera preguntó que la había motivado a sentirse así. Él no cuestionaba los motivos, solo ayudaba a sus amigos con su astucia y su riqueza.

—Tranquila, querida, que puede contar conmigo. En especial si la vida de mis amigos está en juego.

—Anthony ha enloquecido —afirmó la vizcondesa, conteniendo con dificultad un gemido desesperado. Llevó una mano al vientre y se encontró con la mirada cautelosa de Rutland—. No solo desea acabar con Charles, sino con la felicidad de su propia hija —mencionó con furia, pero se quedó pensativa por unos segundos y continuó—: Me ha arruinado la vida hace años; no permitiré que lo haga con Monique. No lo haré, y el divorcio no es una opción, a menos que resulte en un suicidio social para mí. No le daré el placer de verme destruida.

—¿Y tiene algún plan? —preguntó el conde, con una sonrisa pícaro aflorando en sus labios. Le emocionaba el peligro.

Collette negó con la cabeza. Ella solo tenía la certeza de que el vizconde debía morir.

—Regrese a casa y actúe normal —sugirió Vincent, y bebió de un trago lo que sobraba de su bebida—. No sé qué es lo que planea su esposo contra la honorable Monique, pero también cuenta con mi ayuda si desea detenerlo.

Collette apretó su ridículo contra el pecho y lo pensó por un rato. Con que la ayudase con su esposo era suficiente; sospechaba que la decisión de casarla con sir Thomas estaba relacionada con el plan de acabar con Charles.

La vizcondesa se despidió de Vincent y este pidió que preparase su montura. Partiría de inmediato hacia Devon House para poner al tanto a Charles sobre lo que Collette le había comentado durante el baile y esa mañana.



Apenas salió de Fanley House, Collette se dirigió hacia la residencia del marqués de Surrey. Necesitaba la ayuda de la marquesa en ese momento.

Lady Rose se tensó por completo al ver llegar a su amiga a su residencia; se giró a mirar a los dos caballeros que conversaban en la sala del té y le invadió un sentimiento de culpa por lo que le había contado a Collette sobre William y había estado esperando la ocasión para aclarar el malentendido. Tal vez este era el momento, ya que las partes involucradas estaban presentes. William y Raymond eran amigos desde su época de juventud y no era extraño que los visitase las pocas veces que iba a Londres.

—Necesito hablar contigo de manera urgente —dijo Collette, incluso antes de saludar a la dueña de casa.

Rose sonrió nerviosa y asintió.

—Vayamos al jardín. Hace un día precioso —invitó, señalando con la mano hacía el verdel que las esperaba tras las dos puertas de madera tallada.

—¿Tú queriendo pasar el día afuera con este sol? —cuestionó la vizcondesa. Conocía demasiado a su amiga para saber que algo escondía; detestaba salir al jardín en días soleados, y ese era de los primeros en los que el astro rey irradiaba todo su esplendor.

—No moriré por aspirar un poco de aire fresco —se quejó la marquesa, poniendo los ojos en blanco.

—Escondes algo, pero no tengo tiempo de descubrir el qué —confirmó Collette, y le indicó que se apresurase. Lady Rose suspiró de alivio y la siguió—. Necesito que me ayudes con algo.

—Por supuesto —respondió la marquesa con convicción.

Todavía buscaba la ocasión para decirle que ella también necesitaba conversar sobre un tema importante, pero palideció al ver que su amiga se detuvo de inmediato y la observó con los ojos entrecerrados.

—Ni siquiera te he mencionado con qué necesito que me ayudes —dijo Collette, tirándose a mirarla con ironía, pero sus ojos divisaron la figura inconfundible del caballero al que su amiga no deseaba que viese—. Ahora entiendo tu extraña actitud...

La marquesa hizo una mueca de disculpa y le dio un ligero empujón hacia delante.

—Ha venido a visitar a Raymond —explicó con un tono de disculpa—. No se veían desde aquel día...

Collette lo sabía. No necesitaba explicación y tampoco podía enfadarse con su amiga.

—Lo sé. No te preocupes. Tengo asuntos más urgentes que atender en este momento y no tengo tiempo para preocuparme de los planes macabros de William.

—Y con respecto a lo que necesitas de mí, sabes que te apoyaré en lo que sea que necesites; para eso estamos las amigas —comentó lady Rose, y chocó su hombro con el de su amiga.

La vizcondesa la cogió de la mano y le dio un leve apretón. La marquesa estuvo a punto de decirle que se lo debía por haber metido la pata, pero Collette parecía muy angustiada por algo.

—No me preguntes nada, por favor, pero necesito que averigües las intenciones de tu hermano para con Monique —pidió sin titubeos.

Lady Rose volvió a poner los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—No necesito preguntarle —dijo, seguido de una sonrisa pícara—. Me lo ha comentado esta madrugada, cuando regresábamos del baile.

—Y... ¿puedes contármelo? —pidió Collette, con el corazón galopando desaforado, como si de su propio destino se tratara.

—Edward es un hombre práctico, Collette, y no toma decisiones sin considerarlo apropiadamente —respondió con orgullo—. Me ha confesado que Monique es la candidata ideal para ocupar el lugar que ha dejado Frances en su vida. En este momento debe estar buscando un anillo para ella.

Collette llevó una mano a la boca y ahogó un gemido.

—Sé que me has pedido que no pregunte, pero quiero que sepas que, si necesitas algo más, cuentas conmigo —insistió lady Rose, y le dedicó una mirada maternal—. Aún recuerdo que tampoco me habías cuestionado cuando te pedí aquel favor. —Ambas amigas se echaron a reír de algún recuerdo que solo ellas conocían—. De no ser por ti, Raymond y yo no estaríamos casados; yo no sería tan feliz.

Collette bajó la mirada y sonrió. Ella había perdido las esperanzas de ser feliz en aquel

entonces, pero eso no significaba que sus amigas debían sufrir la misma suerte. Su amistad se mantuvo fuerte en las buenas y en las malas, y si una necesitaba, nadie se negaba aunque el plan fuese descabellado o peligroso.

—Raymond ha tenido el valor que William no. No puedo creer que sean amigos.

Lady Rose frunció los labios con pena y se giró a mirar hacia la casa. Le pesaba la culpa por su indiscreción. Temía haber arruinado la felicidad de su amiga.

—¿Ha intentado hablar contigo, aclarar las cosas?

Collette suspiró y asintió.

—Varias veces —afirmó—. Aun así, no le daré el gusto de verme arruinada por una estúpida venganza. Soy una tonta por seguir amándolo después de tantos años, pero con los años me he vuelto más fuerte. Estuve dispuesta a abandonarlo todo por él, a huir por amor, pero él me dejó sola en la casa del guarda, sin la posibilidad de escuchar mi plan.

La marquesa le acarició el brazo y abrió la boca para decirle que cometió un error y que William no deseaba vengarse de ella, pero Collette no se lo permitió.

—La hizo su esposa, Rose, a ella, que me había desafiado abiertamente desde que nos conocimos, que había envidiado mi suerte de tener al amor de mi vida y a mi amigo en una misma persona. Aunque ya no sé si lo nuestro fue real. —Collette apretó los puños y cerró los ojos. —El destino se ha ensañado conmigo, por eso no puedo permitir que le suceda lo mismo a mi hija.

Lady Rose la miró confundida.

—Es cierto que Edward no está enamorado de la muchacha, pero lo veo muy dispuesto a volver a ser feliz. No entiendo por qué piensas que hará infeliz a tu hija —comentó la marquesa.

—Perdona, no me refería a Edward, sino a lo que estoy tratando de impedir. —Llevó una mano a la cabeza y acarició una de las trenzas que la adornaba—. Debo pedirte otro favor.

—Lo que necesites —afirmó la marquesa.

—Necesito tiempo. Debes convencer a Edward de que retrase un poco la pedida de mano. —Collette daba vueltas en círculos mientras parecía considerar sus palabras—. Y no permitas que pierda el enfoque si oye alguna noticia sobre Monique. No permitiré que su padre arruine su felicidad. Confía en mí, por favor.

Lady Rose asintió con convicción, aunque su rostro parecía querer saber muchas cosas.

—Me encargaré de ello —terminó por decir al comprender que su amiga no iba a contarle qué pasaba. Estaba segura de que debía tener un motivo para callar, por lo que no insistiría—, pero, Collette, necesito que me escuches respecto a algo muy importante.

—Deja que solucione este problema y escucharé eso que tienes que decirme —dijo para su amiga, y asintió.

—Promete que no me odiarás —pidió la marquesa, con la mirada suplicante.

—No lo haré —afirmó Collette, sin pensar en lo que motivó a su amiga a hacer aquel pedido. Debía regresar a casa para consolar a su hija.





CAPÍTULO 27

El marqués de Surrey había invitado a su amigo, el marqués de Reading, para advertirle sobre la indiscreción de su esposa, la que se mostraba muy arrepentida en el salón.

—¿Le has dicho que deseo recuperarla para llevar a cabo una venganza? —preguntó William, y mecía su dorado pelo con los dedos, echándose a reír con ironía.

—Lo lamento tanto, William —se disculpó la marquesa, y ni siquiera podía mirarlo a los ojos—. Lo arreglaré. Ha sido mi error y repararé los daños. Pero, por favor, te pido que no odies a Raymond; él es un buen amigo y no ha tenido la culpa de nada. Puedes odiarme si quieres...

El marqués de Reading se acercó y la cogió del antebrazo, mientras lord Surrey los observaba con cautela.

—Sé que lo has hecho porque eres una buena amiga —respondió William, y la animó a levantar la mirada—. Me alegra saber que tiene amigas como tú: que harían lo que fuese para verla feliz.

—Me siento terrible, William, perdóname —pidió lady Rose, y su esposo la rodeó con los brazos para luego depositar un tierno beso en su coronilla—. Prometo hablar con ella y aclarar este malentendido.

—Te agradezco mucho —dijo William, y los tres fueron interrumpidos por el mayordomo, que anunciaba a lady Lyngate.

Lady Rose se giró a mirar a William y, con un gesto de mano, le dijo que confiara, antes de alejarse hacia el recibidor. Todo su cuerpo se sintió en tensión al verla caminar al lado de su amiga hacia el jardín. Estuvo a punto de reír al ver a lady Rose tan asustada y mirarlos de manera fugaz, pero el recuerdo del motivo de su reunión lo hizo suspirar.

—Lamento mucho la intromisión de mi esposa —se disculpó Raymond, trayendo de vuelta a su amigo a la realidad—. No tenía idea de que había oído nuestra conversación.

—El viejo Norris siempre me decía que la venganza acarreaba infelicidad. —Sonrió melancólico—. Debí hacerle caso y solo buscar a mi Collette, sin pensar en esa estúpida venganza hacia el déspota de su esposo. Ahora dudo que crea algo que salga de mi boca.

—Si es necesario, yo mismo hablaré con ella —acotó lord Surrey, muy apenado.

Las vieron conversar en el jardín por un momento y a William le pareció ver preocupación en el rostro de Collette. Entrecerró los ojos y se preguntó qué podía tenerla de esa manera. Había querido evitarla, pero sus miradas se encontraron al momento en que se despedía del dueño de casa. Notar la decepción en su rostro al verlo fue como sentir el golpe de una caída libre.

—¿Te marchas sin hablar con ella? ¿No crees que podría ser una estupenda oportunidad de aclarar las cosas? —preguntó Raymond, con esperanza en la voz.

William negó con la cabeza y miró hacia la puerta.

—Ya tendremos la oportunidad de hablar a solas, pero espero que no sea muy tarde.



La vizcondesa debía regresar a Lyngate House. Se despidió de la marquesa de Surrey y se

acomodó los guantes antes de salir a la calle. Se preguntaba si Vincent había conseguido advertir a Charles sobre el plan de su esposo cuando sintió el tirón de un brazo que la atrajo hacia el cuerpo de un caballero. Cerró los ojos con fuerza al notar que estuvo a punto de ser arrollada por un carruaje que circulaba a gran velocidad por Brown Street.

Si su corazón ya galopaba descontrolado por el susto, lo hizo aún más al abrir los ojos y encontrarse a centímetros de un rostro demasiado familiar. Unos penetrantes ojos azules irradiaban el terror que debía sentir su dueño con la idea de perder a la dama que aferraba con fuerza; sus manos se negaban a aflojar su agarre.

—Debes tener más cuidado —susurró William, absorto.

Collette se removió y desvió la mirada de su salvador.

Siempre lo hacía, desde que se conocieron, por eso le resultaba difícil creer que todo hubiese sido una vil mentira por su parte. Él siempre llegaba a tiempo para salvarla de cualquier peligro: una rama que se quebraba, un caballo asustado, una reprimenda por salir de casa sin permiso y sin doncella, o por escapar de las habitaciones de la escuela de señoritas a deshoras. Pero Collette no sentía miedo, pues él la salvaría. Lo había hecho hasta aquella tarde en que le rompió el corazón. Ese día aprendió a salvarse a sí misma o a rendirse.

—No tengo tiempo para reprimendas, milord, pero gracias —respondió la vizcondesa, para sorpresa de su salvador.

William aflojó su agarre y ella se dispuso a retomar su camino, pero él la detuvo de nuevo por el antebrazo.

—¿Qué es lo que desea, lord Reading? —pidió saber Collette, impaciente. Deseaba, en partes iguales, soltarse y seguir aferrada; soltarse porque el contacto le dolía en el alma, y continuar aferrada porque se sentía segura.

—¿Qué sucede? Te ves nerviosa, preocupada —indagó el marqués con el ceño fruncido—. Si no me quieres a tu lado como amante, lo entiendo, pero parece que necesitas un amigo.

—¿No tiene nada mejor que hacer, milord? —preguntó Collette mientras estiraba con fuerza su brazo para tomar distancia—. Ha llegado trece años tarde.

Sus ojos reflejaron dolor al mencionar esas palabras, pero ya no estaba dispuesta a derramar una sola lágrima por ese amor perdido. Le dolía pensar que detrás de esas palabras podía haber un deseo de venganza, aunque algo en su interior la urgía a confiar.

—Sé que algo sucede. Déjame ayudarte —se ofreció.

Ella estuvo a punto de rechazarlo, pero pensó en Monique y en el plan —que no tenía— para salvarla. Si estaba dispuesto a ayudarla con ello, podía soportar cualquier cosa que le sucediese después.

—Debo salvar a alguien —susurró la vizcondesa a la par que observaba que nadie los oyese.

William sintió un estrujón en el estómago al intentar adivinar de quién se trataba; le dolía pensar que ella se encontraba así de desesperada por su amante.

—¿El duque de Devon? —preguntó, y observó la reacción de Collette.

Ella abrió los ojos con sorpresa, pero enseguida frunció el ceño.

—A él también. Pero me refería a otra persona —respondió con amargura, y entendió que él lo sabía, que estaba al tanto del lazo que la unía a Charles.

Por un momento, al ver que su cuerpo se tensaba y una mueca de tristeza se reflejaba en su rostro, pensó que por fin se había librado de su insistencia, así que retomó su andar. Pero apenas dio un paso, lo oyó a su espalda:

—Te ayudaré. Lo que sea que necesites, solo dímelo, te ayudaré.

Collette se sintió como aquella vez en que ese niño la cogió del brazo y le prometió que la ayudaría a regresar a casa, aquel día en que su vida cambió para siempre.

Asintió confundida y lo observó con recelo.

—¿Por qué? —preguntó, casi en un susurro—. ¿Por qué me ayudarás? —Olvidó que no lo tuteaba, porque cuando no lo hacía era para lastimarlo.

William se acercó lo bastante como para que solo ella lo oyese, sin temor a que alguien más los atrapara en esa posición. Cualquiera que los viese pensaría que se trataba de dos conocidos que se ponían al tanto.

—Porque esa persona debe ser importante para ti. —Sonrió con tristeza y ladeó un poco la cabeza. Lo dijo sin pensarlo, temiendo que ella lo confirmase—. Y si lo es para ti, lo es también para mí.

—¿Aunque esa persona fuese mi amante? —tanteó la vizcondesa con una sonrisa maliciosa. Por supuesto, William no sabía que lo suyo con Charles había acabado, y le gustó saber que podía sentir celos después de tantos años. Porque estaba segura de que, a pesar de la venganza, él la había amado de verdad.

—¿Lo es? —quiso saber el marqués de Reading, con una mueca de dolor que no pasó desapercibido para su acompañante.

—¿Te retractarías si te dijera que lo es? —inquirió Collette, con verdadera curiosidad, pero William negó con la cabeza.

—No. No tengo derecho a enfadarme porque tengas un amante —mencionó con tristeza, y desvió la mirada para no imaginar a Collette en los brazos de otro hombre—. Te ayudaré porque te he fallado en el pasado y quiero redimirme, quiero verte feliz.

Ella lo observó con una mirada crítica antes de aceptar su ofrecimiento, pero era consciente de que necesitaba a un amigo como William para lo que debía hacer.

—Solo te pido algo a cambio —mencionó el marqués antes de despedirse. Collette apretó los labios y negó levemente con la cabeza, pero él levantó una mano para detenerla—. Que cuando esto acabe, me des la oportunidad de contarte la verdad, aquella que nos destruyó.

Collette se tensó por completo, pero asintió. Si todo salía bien, haría el intento de escuchar sus razones, aquellas que daría lo que fuese por conocer a pesar del miedo que le generaban, las que podían sanarla o destruirla por completo. Estaba dispuesta a hacer las paces y continuar con sus vidas una vez que su pesadilla acabase y la felicidad de sus hijas ya no estuviesen amenazadas por el monstruo de su padre.





CAPÍTULO 28

William echó un último vistazo a la vieja carta que reposaba sobre su escritorio en Bloomerg House, y levantó la mirada hacia el retrato de su difunta mujer, que siempre parecía observarlo con desaprobación desde donde estaba, a un costado de la ventana que daba a la calle. Un sabor amargo lo remontó a la mañana en la que su entonces reciente esposa encontró el tesoro que con esmero cuidó.

Ese día comprobó que Anne engañaba a todos con ese rostro angelical y que en realidad era una bestia herida que deseaba hincar los dientes a todo aquel que le recordase que no era amada; por lo menos, no como a la dueña de esas misivas que William intentó ocultar de nuevo en el cajón de su escritorio. Las leyó cada día en que no tuvo a Collette a su lado, consolándose que cuando las escribió dejó impregnado no solo el dulce aroma que siempre la acompañaba, sino que las palabras escritas en ellas salieron directamente de su corazón.

En un ataque de furia se abalanzó hacia su esposo y se las arrebató casi todas, para luego romperlas en pedazos y arrojarlas al fuego de la chimenea. Sí, se casó con William, arrebatándole a Collette el prometido al que tanto amaba porque no podía olvidar las comparaciones que su madre siempre hacía entre ellas. Detestaba a la hija de los condes de Dorset pues, a pesar de no ser tan buena como ella, tenía la suerte de estar comprometida con un caballero tan apuesto como lord William Wembley, mientras que ella solo podía aspirar a los amigos de este o algún que otro vejestorio.

La única que se había salvado rezaba: «Te amo como solo Julieta podría comprender».

Nada volvió a ser lo mismo desde aquella mañana para William y Anne. No la culpó por reaccionar cómo lo hizo, porque él también hubiese sentido tal humillación al ver que su esposa seguía suspirando por otra persona. Lo que pudo haber sido una relación amena entre dos esposos, se convirtió en una de dos personas que no confiaban la una en la otra y que intentaban devolverse el golpe siempre que pudieran, como si eso llenase el vacío que dejó la falta de amor.

El nacimiento de Patrick, el único hijo de la pareja, los reconcilió un poco, pero para ese entonces se trataban como dos socios que seguían juntos por un bien común.

Años después de aquel acontecimiento, William acariciaba las letras en el papel y sonreía pensativo; recordó las veces que la leyó para soportar la ausencia de su amada, y después, para convencerse a sí mismo de que lo que decía esa carta era la verdad.

Pasaron algunos días del encuentro con Collette en la casa de su amigo, el marqués de Surrey, y había averiguado lo que ella necesitaba saber: el trato entre lord Lyngate y sir Thomas, el caballero al que el vizconde debía entregar la mano de su hija mayor.

Le ofrecía un buen pasar económico y matrimonio a Monique a cambio de acabar con sus enemigos de una vez por todas; sí, lo había oído bien, enemigos, en plural. No tardó en comprender que Charles Bradbury tendría un compañero para el más allá y que era él. Confiaba en el criado al que envió para espiar, por lo que solo restaba pensar en un plan para detener tales atrocidades. No deseaba morir, no ahora que tenía una leve esperanza de recuperar el amor de Collette, a pesar del malentendido que generó lady Rose en su intento por salvar a su amiga.

Buscaría la forma de demostrar la verdad y de recuperarla. La vida ya les había arrebatado demasiado y no estaba dispuesto a perder. En el pasado fue cobarde, pero creció y maduró, comprendió que su vida no era la misma sin Collette a su lado y que nunca se resignaría a

envejecer sin ella. Ya no era ese muchacho al que su padre lo había amenazado, aquel que no pelearía de ser necesario. Estaba resuelto a hacerlo esta vez.



En Lyngate House, Giorgiana caminaba en círculos dentro de su habitación y observaba, a ratos, por la ventana que daba a la entrada. Sus manos temblaban al ritmo en que lo hacían sus labios, pero no podía contenerlos. Se debatía entre guardar el secreto de su hermana mayor o contarle a su madrastra en busca de ayuda.

Se decidió por lo segundo al verla apearse del carruaje y entregarle un paquete al mayordomo, que a la vez indicaba a un lacayo que llevase la caja. Hizo acopio de sus fuerzas y se dirigió al salón.

Collette se sorprendió un poco al ver el rostro pálido y nervioso de su hija menor, por lo que ordenó llevasen el paquete a sus aposentos. Se acercó a la muchacha, que miró rápidamente a su alrededor antes de hablar.

—¿Ha sucedido algo en mi ausencia? —preguntó la vizcondesa, con el ceño fruncido.

Giorgiana apretó los labios.

—Madre, vayamos a mi habitación, por favor —pidió, y se giró a mirar a las escaleras.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó mientras seguía a la muchacha.

—Sé lo contaré en privado —masculló con frustración.

—Bien. Mejor —repuso Collette.

Cerraron la puerta de la habitación y Giorgiana sollozó.

—Creo que Monique ha huido, madre. Tengo mucho miedo por ella —dijo con palabras entrecortadas.

La vizcondesa abrió los ojos de sobremanera y la cogió de los hombros con sus dos manos.

—¿Qué dices, Giorgiana? —preguntó muy lento.

La muchacha desvió la mirada hacia la mesilla de escritura.

—Se ha llevado todo el dinero que estábamos ahorrando y me dejó esta nota. —Le mostró la breve misiva con unas escuetas palabras que rezaban: «Lo siento mucho». —Al parecer ha oído a nuestro padre rechazar la oferta de matrimonio de lord Huntington.

No necesitó más explicaciones. Sin mediar palabras, Collette salió rauda hacia el salón y pidió al mayordomo que preparase su montura. Llamó a su doncella y pidió que preparase su traje de montar y volvió a la habitación de Giorgiana, que seguía sollozando, y cuyos ojos enrojecidos buscaban respuestas en el rostro de su madre.

—Encontraré a tu hermana. —La voz de Collette sonó a promesa y la muchacha la rodeó con los brazos. Hasta ese momento, su mayor desafío fue el de mantener en secreto su relación clandestina con Charles y fastidiar a su esposo, pero haría lo que fuese necesario por evitar la ruina de sus hijas—. Si vuelve tu padre, actúa normal. Si pregunta por Giorgiana dile que ha salido a pasear conmigo.

La muchacha asintió con efusividad y se sorbió la nariz.

Mientras bajaba las escaleras, pensó a quién acudir: lord Rutland debía estar en Devon House en ese momento; lord Huntington podría quedarse con una mala impresión sobre su hija y retractarse de su propuesta; Margaret se encontraba de viaje y la única opción parecía ser su leal

amiga lady Rose. De pronto, un incómodo pensamiento se formuló en su atormentada mente: lord William Wembley. El marqués le ofreció su amistad y en ese momento lo necesitaba más que nunca, a pesar de todas las razones por la que su mente le decía que no lo buscase.

También pensó en Charles, pero sería del todo inapropiado, así que, apenas montó a lomos de su caballo, se dirigió hacia la casa de lady Rose; estaba segura de que ella sabía dónde encontrar al amigo de su esposo.

La marquesa sugirió que llamarían menos la atención de los curiosos si iban en un carruaje de alquiler, y así lo hicieron. De camino a la residencia del marqués de Reading, Collette puso al tanto a su amiga sobre la situación y le rogó que no tuviese prejuicios hacia su hija. Lady Rose comprendió de inmediato la desesperación en el rostro de su amiga aquella vez que la visitó de improviso y del por qué le había pedido que no hiciera preguntas.

—Pobre muchacha —susurró la marquesa, y apretó la mano de su amiga. Le dedicó una mirada de apoyo, y esta asintió—. Edward dice que no renunciará a ella —añadió para infundirle confianza.

—Eso si no se genera un escándalo con su huida —mencionó la preocupada madre, y se masajeó la sien.

—No permitiremos que eso suceda —afirmó lady Rose, y le señaló una casa muy elegante en Cross Road.

Se sentía culpable por no haber aclarado aún el malentendido que generó con su intromisión, pero no era el momento para hacerlo. Lo importante era encontrar a la muchacha sana y salva y evitar el escándalo; ya tendría la oportunidad de redimirse con su amiga.

El coche se detuvo frente a la edificación cuya fachada de ladrillos naranjas y unos ventanales que parecían dos ojos les dio la bienvenida.

—Aguarde por nosotras —ordenó la marquesa al cochero, y este asintió sin dudarlo.

La marquesa llamó a la puerta y un niño de pelo dorado las observó desde detrás del mayordomo que acudió a recibirlas, pero a Collette no le dio tiempo de angustiarse, porque una voz que le resultaba familiar se oyó desde algún lugar del interior.





CAPÍTULO 29

William no dudó en ofrecer su ayuda y la de sus criados de confianza para buscar a Monique. Dejó indicaciones al mayordomo y al ama de llaves para que cuidaran de Patrick y montó sobre su caballo. Pronto caería la tarde y el problema sería peor.

Las hijas del vizconde no tenían demasiadas amigas como para no saber a quiénes visitar, pero mientras menos personas se enteraran de la fuga de Monique, mejor. Por fortuna, Collette las conocía muy bien, así que no dudó en dirigirse a la residencia de los condes de Craven; lady Vanesa era la más cercana a las muchachas y empezaría con ella.

—Por favor, revisa los alrededores y en los locales de alquileres de coches —pidió la vizcondesa a William, que no tardó en marcharse hacia dichos lugares.

Lady Rose decidió acompañar a su amiga, que parecía necesitar apoyo moral.

La condesa de Craven recibió a las dos damas y les comunicó que su hija salió a dar un paseo en compañía de lord Essex y su doncella, pero que no debían tardar en regresar.

—¿Qué hacemos? —susurró lady Rose, para que solo Collette la oyera.

—No podemos esperarla. Iremos a buscarla a Hyde Park —anunció la vizcondesa a su amiga, y se disculpó con la dueña de casa antes de que oyese voces en el vestíbulo.

—Lady Lyngate —saludó lady Vanesa, y la aludida no necesitó preguntar si sabía algo de su hija, ya que su rostro palideció apenas la vio—. Lady Surrey.

—Me gustaría conversar brevemente con usted. Si no es molestia, por supuesto —dijo la vizcondesa, y dedicó una rápida mirada al apuesto caballero que la acompañaba.

—Por supuesto que no —respondió con voz entrecortada.

Se disculpó de Essex y las invitó a pasar al salón del té.

—Aquí podremos hablar con total privacidad —anunció la muchacha, y se sacó los guantes. Las manos no la ayudaban por los nervios—. Puedo adivinar a qué venís.

Collette asintió.

—Sé que es tu amiga y la aprecias mucho, querida, pero debes decirme lo que sepas antes de que arruine su vida para siempre —mencionó Collette, suplicante—. Y ten por seguro que no permitiré que su padre se salga con la suya. De eso me encargaré personalmente.

Lady Rose permaneció en silencio hasta que vio vacilar a la muchacha.

—Debes comprender que, si no la encontramos a tiempo, ella saldrá perjudicada y no quedará más remedio que casarla con algún anciano al que no le importe que a su futura esposa la hayan deshonrado. —El rostro de la marquesa estaba tenso e imponente—. ¿Crees que podrás mirarla a la cara cuando su vida sea un infierno por tu silencio?

Lady Vanesa se echó a llorar y negó con la cabeza.

—Le he pedido que no lo hiciera, hasta me he ofrecido a esconderla aquí, pero Monique me dijo que sería el primer lugar en el que la buscarían. —La joven se cubrió los ojos con las yemas de los dedos.

—¿Te ha dicho adónde pensaba ir? —indagó Collette mientras intentaba calmar su corazón.

La hija de los condes acarició el lóbulo desnudo de su oreja y habló:

—Me ha pedido dinero para alquilar un carruaje, pero yo no lo tenía, así que le entregué la única joya de valor que me quedaba: unos pendientes de diamantes que me regaló mi padre el día de mi presentación en sociedad.

Las dos amigas se miraron y adivinaron por dónde debían empezar.

—Has sido de gran ayuda, Vanesa; confirmo que de verdad quieres a tu amiga, mi hija — mencionó Collette, cogiéndole ambas manos—. Has hecho lo correcto. Muchas gracias.

—Dígale que lo siento —murmuró la muchacha. Collette asintió—. No es que sea una amiga desleal por revelar sus planes, pero no quiero que arruine su vida y sea infeliz. Deseo lo mejor para ella.

—Se lo diré —dijo Collette antes de despedirse—. Ah, por cierto... Te pido que mantengas este asunto en secreto. Ni siquiera con tu familia, por favor.

La muchacha asintió y las vio perderse tras la puerta a toda prisa.

Apenas salieron a la calle, el criado de William las interceptó sobre un caballo.

—Milady —llamó a Collette—. Su señoría ha encontrado a su hija y me pidió que las guíe hasta el lugar.

La vizcondesa suspiró muy profundo y contuvo las ganas de llorar. Lady Rose la apremió a subir al carruaje. El cielo se iba tiñendo de un naranja muy agradable, pero les recordaba que se quedaban sin tiempo.

No era propio que dos damas respetables anduviesen sin sus damas de compañía por la calle a la hora de la cena.

—¿Dónde está? —preguntó angustiada la vizcondesa cuando William la ayudó a descender del carruaje.

—Ella está bien —dijo el marqués, y le dio un leve apretón en el hombro.

—Eso no responde a mi pregunta —replicó Collette mientras paseaba la mirada por el lugar.

—Se encuentra dentro de aquel carruaje —respondió William, y señaló hacía el coche. Era uno de alquiler.

La vizcondesa miró al caballero con agradecimiento en los ojos, a lo que él solo asintió. Caminó a pasos acelerados hacia donde debía encontrar a su hijastra y contuvo las lágrimas de frustración que la embargaron.

—¡Madre, perdóneme! —sollozó la muchacha, y abrazó a la mujer que no dijo palabra, sino que expulsó el aire que parecía sin darse cuenta estaba conteniendo—. No sabía qué más hacer; no deseo casarme con ese hombre.

Collette le acarició la cabeza y la espalda. Comprendía ese sentimiento y no iba a permitir que se repitiese.

—No te casarás con ese vejestorio, hija, lo prometo —afirmó la madrastra, apretando más fuerte el cuerpo de la muchacha contra el suyo—. Así sea que deba matar al caballero o a tu padre.

—Mi padre... —masculló Monique con rabia—. Pensé que le importaba mi felicidad, pero ha rechazado la propuesta de lord Huntington y me ha vendido a sir Francis.

Collette recordó las palabras de su esposo al reconocer que contribuyó con su desgracia y sonrió con ironía.

—Es tu padre, lo sé, pero ese bastardo no ama a nadie más que a sí mismo, o al dinero — comentó la vizcondesa, y apretó los puños.

—No sabía qué hacer, madre, y usted no estaba en casa —susurró la muchacha con los ojos llorosos—. Prefería morir en la calle antes que permitir que ese hombre me tocara.

Collette la apretó un poco más, como si eso la protegiera, y sintió el tibio surco de sus lágrimas.

—Aquí estoy, hija, y no permitiré que el déspota de tu padre te arrebatara la posibilidad de ser

feliz. —Acunó el rostro de la muchacha entre sus dos manos, y esta se sonrojó—. ¿Te agrada el marqués de Huntington? —indagó Collette.

La muchacha asintió con una triste sonrisa.

—Él ve a la Monique de verdad, madre, y no solo a la que debería ser —dijo refiriéndose a su cuerpo. Siempre fue su carga el no ser tan delgada como lo eran las otras muchachas de su edad, pero nunca perdió las esperanzas de encontrar a alguien que la quisiese como era.

Como tenía unos kilos demás, se esmeró en ser especial en otros aspectos de su vida. Siempre buscó que los que la conocían la recordasen por haber sido encantadora y educada, como le enseñó su madrastra.

—Edward tiene heridas que deberás curar, pero es un gran hombre. Es de los que dan todo por amor una vez que lo encuentra. —Collette le limpió el rastro de las lágrimas de sus arreboladas mejillas y sonrió—. Seréis muy felices.

—Si todavía desea casarse conmigo —dijo con pesar, y miró sus zapatos—. He sido una tonta. Padre ya debió decirle que me casaré con sir Francis...

Collette negó con la cabeza y la aferró de ambos hombros para que la mirase a los ojos.

—Tengo un plan. Tendrás que confiar en mí —anunció la vizcondesa con confianza.



Collette, Rose y Monique llegaron a Lyngate House y el vizconde no pudo reprender a su esposa ni a su hija mayor por llegar tan tarde, no después de la disculpa que le ofreció la marquesa de Surrey por *retenerlas más de lo debido* sin darse cuenta.

—Por favor, perdone mi descuido, milord —dijo lady Rose, con el rostro muy apenado—. Como sabe, su alteza real a veces acude a visitarnos para tomar el té, y hoy ha sido una ocasión como esa, así que invité a vuestra esposa e hija a acompañarnos.

Fue hasta casi cómica la forma tan radical en la que cambió el rostro de lord Lyngate al oír por qué se habían retrasado Collette y Monique. Nadie en su sano juicio dejaría plantado al regente.

—Descuide, milady, no ha sido más que un poco de preocupación por ellas. No me agradaría que las tachasen de libertinas por andar fuera de casa a deshora. —repuso Lyngate con un tono frío.

Por supuesto, Collette no creía ni una sola palabra de esos engañosos labios.

—Bien. En ese caso, me despido —mencionó la marquesa, e intercambió una rápida mirada con su amiga—. Solo he querido acompañarlas para excusar la tardanza.

—Regrese con cuidado, milady. Las calles a estas horas son muy peligrosas —acotó con una falsa preocupación en el rostro.

—Lo tendré en cuenta —replicó la dama, y se despidió.

Collette no sabía si las había creído o si solo esperaba para devolver el golpe, pero la cena se llevó a cabo con la mayor tranquilidad que se podía esperar. Al parecer, nadie más que las tres mujeres en la mesa sabían lo que sucedió esa tarde, pero esperaba que lady Vanesa mantuviese su palabra de guardar el secreto.

—Nada de lo que planees hacer cambiará los planes que tengo para Monique, Collette —anunció lord Lyngate mientras observaba a su esposa subir las escaleras después de la cena.

Ella se detuvo y luego de unos segundos giró la cabeza y sonrió con confianza.
—Eso lo veremos, querido —dijo, y continuó con su camino.



Ya en la privacidad de su habitación, la vizcondesa observaba pensativa su reflejo en el espejo a la vez que peinaba su larga cabellera. Recordó lo que le contó William de camino a la residencia de lady Rose y un escalofrío le recorrió la espalda: su esposo planeaba matarlos a él y a Charles. De tan solo pensar en no volverlos a ver a hizo que a Collette le doliera el corazón. No importaban los supuestos planes de venganza que William tenía para ella, lo amaba y no deseaba perderlo; aunque le rompiese una vez más el corazón, quería tener la oportunidad de poder verlo, aunque sea de lejos y en brazos de otra mujer.

Quería tener la oportunidad de escuchar de boca de William la verdad, a pesar de la decisión que fuese a tomar después; este le había prometido que se lo contaría todo al día siguiente. Lady Rose también insistió en que tenía algo importante que aclarar con ella lo antes posible, pero ella solo podía pensar en solucionar sus problemas domésticos primero.

Cerró los ojos y pensó en los de él mirándola tan de cerca cuando bailaron por última vez. Se abrazó a sí misma todavía a oscuras, evocando las caricias de su pareja de baile, deseando que fuese real.

Aunque todavía no había decidido qué camino tomar, debía salvarlo de las garras de su nefasto esposo, al igual que a Charles. Ninguno de los dos merecía acabar muerto por culpa de los celos enfermizos del vizconde de Lyngate. Ambos eran sus amigos y merecían ser felices.

Recordó con satisfacción el rostro crispado de William —mientras esperaban en el carruaje a que lady Rose arreglara el aspecto lloroso de Monique en su habitación—, cuando ella le insistió en que no podía permitir que el duque de Devon sufriera por culpa suya. Hubiese deseado decirle que seguía siendo su amante, herir sus sentimientos, obtener su revancha, pero prefirió decir la verdad. Estaba cansada de pelear con él por el pasado. Si él deseaba mantener su deseo de venganza, perfecto, pero ella deseaba tener la conciencia tranquila.

—No puedo ser egoísta con el hombre que me salvó cuando lo necesité —le dijo, y el William entrecerró los ojos—. Me sentía sola, rota, sin ganas de vivir cuando perdí a mi pequeño Oliver —añadió con la mirada perdida en algún lugar del paisaje—. Deseaba ir con él y acabar con esta pusilánime existencia de una vez por todas. —Sonrió melancólica—. Lo intenté una vez, cortándome las muñecas con un pedazo del espejo que destrocé cuando lo enterraron. —Frunció el ceño y se abrazó—. Monique me encontró y avisó a su padre. Había fracasado hasta para morir, pero estaba decidida a conseguirlo, así que solo esperé a que me descuidaran.

Hizo una breve pausa, luego continuó:

—No te puedes imaginar el inmenso vacío que sentía en mi interior, como si me hubiesen arrancado un trozo de carne en el pecho —dijo, y llevó una mano en esa parte de su anatomía y dio dos golpecitos—. No tenía a mi lado a nadie que de verdad comprendiera cómo me sentía, un hombro en el que llorar. Rose y Margaret me acompañaron durante el funeral, pero debían regresar a sus hogares en el campo. —Metió una gran cantidad de aire en sus pulmones y lo exhaló con lentitud—. No tenía un amigo que me contuviera. —Sé giró a mirarlo con tristeza y anhelo—. Hasta que lo conocí. Mejor dicho, hasta que él me encontró al borde del Támesis

aquella madrugada, decidida a acabar con mi pesadilla.

William deseó poder abrazarla, unir todos aquellos pedazos en los que parecía encontrarse su alma, y se lamentó por no haber sido él el que la salvó de su miseria, de no haber sido él ese amigo en cuyo hombro pudiese llorar. No pronunció palabra, sino que la observó con atención y ella comprendió que deseaba seguir escuchando su relato.

—Él era como un rayo de sol en la oscuridad, como una gota de color en medio de mi oscuridad, era el calor en el frío... —Sonrió apenas—. Fue lo más parecido a tenerte de vuelta.

La última frase había salido en un lastimero susurro, pero fue suficiente para que William lo oyese y sintiera como si tales palabras fuesen puñales que se clavaban en su corazón.

—Así que no cuestiones mis motivos para querer salvarlo y desear su felicidad. Merece vivir junto a la mujer que ama, ver nacer al fruto de ese amor y disfrutar de ellos.

—No pensaba cuestionarlo —aseveró con dignidad—, pero debes cumplir con tu palabra —añadió sin desviar la mirada de Collette—. Te esperaré el jueves en Bloomer House, cuando caiga el ocaso.

Dos días. Él la citaba en dos días.





CAPÍTULO 30

Lady Margaret regresó a Londres el día anterior. No reprobó el plan de Collette, sino que titubeó antes de entregarle las ropas de una de sus criadas para que se cambiase esa mañana. Cogió el elegante vestido que le tendió la vizcondesa y apretó los labios. No es que estuviese en desacuerdo con el desesperado plan de su amiga, más bien que la preocupaba la posibilidad de que este fallase.

—¿No crees que sería mejor enviar a Dorotea? —preguntó Margaret, refiriéndose a su criada de confianza.

Collette negó con la cabeza.

—Debo hacerlo yo —respondió, y observó su reflejo en el espejo. Sonrió al colocarse la cofia sobre su negro pelo y se limpió el maquillaje—. Mientras menos personas estén involucradas, mejor.

Por supuesto que debía hacerlo ella, porque lo que debía buscar en un callejón de Convent Garden vestida de criada era algo que podía tanto salvarla como condenarla, y no iba a permitir que nadie más cargase con esa culpa.

Cuando estuvo de regreso, escondió el frasco que le había entregado una mujer de dudosa reputación en el bolsillo donde antes cargaba unas monedas con las que pagó la mercancía. El mismo contenía un polvo blanco y unas letras rojas que indicaban su contenido.

Solo sus dos amigas conocían su plan, porque habían estado con ella al momento de decidir lo que resultaría más conveniente para enviudar sin parecer culpable. Las dos se opusieron rotundamente a que contratara matones pues no eran de fiar, así que una muerte por arsénico parecía lo más razonable, aunque hubiese deseado no tener que ensuciarse las manos con esa sabandija.

Lady Rose había aprovechado el momento para aclarar el malentendido con Collette, y esta no pudo evitar derramar algunas lágrimas al reconocer que en el fondo de su corazón siempre supo que lo que oyó su amiga no era del todo correcto.

—La venganza sobre la cual había oído no era para ti, sino para tu esposo. Al parecer, se ha enterado de que ha metido mano para que vuestro compromiso acabase como lo hizo. Me he sentido terrible todo este tiempo a causa de mi metedura de pata —dijo la marquesa de Surrey ante la mirada de desaprobación de su hermana; sin embargo, Collette no la culpó, sino que pensó lo mismo que William, que era afortunada por tener amigas que se preocupaban por ella y le fueran leales—. No te imaginas lo mal que me sentí al enterarme de la verdad. Por favor, no me retires tu amistad. Te suplico me perdones por haberte causado un sufrimiento innecesario.

—No seas tonta —dijo Collette entre lágrimas—. No te odio. Sé que no tenías malas intenciones, pero me has sacado un peso enorme del corazón. No soportaba la idea de amar tanto a alguien que deseaba vengarse de mí.

—¿Eso significa que lo perdonarás? —preguntó lady Margaret, con un brillo especial en los ojos.

Collette puso sus labios en una delgada línea.

—Eso todavía no explica por qué me ha abandonado a mi suerte, no explica que haya aceptado sin titubeos la decisión de su padre y ni siquiera hubiese considerado mi plan de huir para vivir nuestro amor... Pudo haberlo hecho de haber deseado ser feliz conmigo, pero prefirió

entregarme a Lyngate.

Las dos hermanas se miraron con resignación y le dieron un apretón de apoyo en el hombro a su amiga antes de despedirla para que regresara a su casa. Se había cambiado la ropa de criada y de nuevo se convirtió en la vizcondesa de Lyngate.

—¿No es hoy el día de vuestro encuentro? —preguntó lady Rose, en un temeroso susurro.

Collette asintió con determinación.

—Me esperará en su casa esta noche. Le daré una oportunidad de explicarse, de contar esa verdad que anhela revelar.



De regreso a Lyngate House, se encaminó directo a la sala del té. Oyó la dulce melodía del pianoforte y supuso que encontraría a sus hijastras en ese lugar, pero solo estaba la menor de ellas.

—¿Se encuentra vuestro padre en casa? —preguntó la vizcondesa a Giorgiana, que practicaba con esmero sus partituras.

La muchacha negó sin interrumpir su melodía.

—Ha salido con el administrador —respondió una vez que sus dedos se quedaron quietos y la música cesó—. Parecía ofuscado.

—¿Ha peleado con alguien? —quiso saber la vizcondesa, pero su hija se encogió de hombros, como indicando que no tenía idea—. ¿Y Monique?

Giorgiana puso los labios en una delgada línea y miró hacia arriba.

—Apenas ha salido para almorzar. Ha pedido el desayuno en su habitación, pero siquiera lo ha tocado.

Collette suspiró y asintió. Comprendía cómo debía estar sintiéndose su hija mayor.

—Iré a verla —dijo, y se marchó escaleras arriba.

Monique se sobresaltó al oír que la puerta de su habitación se abría. Guardó de inmediato la carta que estaba leyendo y el color abandonó su rostro.

—Me ha dado un susto de muerte, madre —mencionó, y llevó una mano al corazón.

Collette caminó hasta donde se encontraba la joven y se sentó al borde de la cama.

—Cualquiera diría que ocultas algo —insinuó, y levantó una ceja.

La muchacha hurgó debajo de su almohada y le tendió una carta.

La vizcondesa lo leyó con la mirada y sonrió. La misiva era del marqués de Huntington y en ella le prometía a Monique que no permitiría que su padre la entregase a otro caballero que no fuese él.

—Debe tenerte en alta estima —afirmó Collette y le devolvió la carta a su hija.

Admiró en secreto la firme determinación que demostraba Edward para con Monique y la hizo sonreír con cariño. Deseaba que fuesen felices. Se lo merecían.

—Por favor, no permita que mi padre me entregue a ese hombre —expresó con la voz quebrada.

—Eso no sucederá, cariño —susurró la vizcondesa, y acarició la cabeza de su hija—. Pero promete que no me odiarás por las decisiones que tome para evitarlo.

Monique se tensó, pero se debía al temor que le generaba imaginar a la única persona que le

ofrecía una esperanza estar en peligro. Conocía a su padre y sabía de lo que era capaz; no quería perder a la mujer que daría todo por ella y por su hermana.

—No lo haré, madre. Mas, por favor, no se ponga en peligro. No soportaría la idea de perderla. —La muchacha reposó la cabeza en el regazo de Collette, y esta le acarició el pelo.

—Si algo me sucede, quiero que uses esto. —Le tendió la botellita con el veneno a medio llenar. Lo había dividido en dos partes por si acaso. Monique abrió los ojos de sobremanera, pero no demostró temor; tomó lo que su madrastra le pasaba y lo apretó—. Prométeme que tendrás cuidado y terminarás lo que he iniciado sin delatarte. —Fijó la mirada en la muchacha y la vio asentir—. Debes ponerlo en su comida cada día y asegurarte de que lo coma todo. Desde mañana diremos por ahí que tu padre se ha quejado de dolor de estómago y que sospechamos que está enfermo.

—¿Con qué fin? —preguntó la muchacha, pero pronto lo comprendió—. Porque así no resultará tan sospechosa su muerte...

Collette asintió.

—Y cuida de tu hermana por mí —dijo antes de despedirse.

La muchacha sintió temor al oír tales palabras; parecían una triste despedida, como si su madrastra presintiera que no volvería. Sintió temor por primera vez desde que iniciaron la conversación, pero asintió con los ojos vidriosos. Tenía que ser fuerte, como le enseñó la mujer que ahora le acunaba el rostro.



La espera resultó agónica para Collette, pero el momento había llegado. Su corazón latía tan fuerte que temía que le perforase el pecho.

Las primeras estrellas empezaban a salpicar el oscuro cielo de Londres cuando vistió la capa negra que usaría para que no la reconociesen. El coche de alquiler debía estar esperándola en la cuadra siguiente, como le indicó al cochero. Observó a través de la ventana de su habitación hacia la calle y solo vio a los faroleros que empezaban sus faenas, además de algunos carruajes que circulaban en medio de traqueteos por los adoquines.

El vizconde aún no regresaba, pero Collette no pensaba esperarlo. Esperó trece años por esa verdad que William prometió revelar y nada la iba a detener. Se despidió de sus dos hijas y se escabulló por la puerta de la servidumbre. Apresuró los pasos y subió al carruaje sin blasón que esperaba en la parte más oscura de la cuadra.

La residencia del marqués de Reading se encontraba hacia las afueras de Londres y, a medida que avanzaban, las edificaciones se volvían más escasas y los caminos desolados.

Al doblar una esquina, antes de llegar a la dirección a la que se dirigían, la vizcondesa oyó el relinchar de unos caballos y casi se estrelló con el asiento del frente cuando el carruaje se detuvo de manera abrupta. Collette miró por la ventanilla y vio al cochero corriendo por su vida hacia la dirección contraria y perderse en la espesura de la noche. Algo muy malo debía estar sucediendo afuera para haberlo asustado tanto.

Ella se apeó temerosa del coche y fue interceptada por dos hombres enmascarados y un rostro muy familiar que la recibió con una sonrisa sardónica. La vizcondesa barrió con la mirada a diestra y siniestra, pero la calle parecía extrañamente desolada.

—Vaya, vaya... pero si es la infiel de mi esposa escapando para encontrarse con su amante —masculló el vizconde mientras descendía sin titubeos de su caballo—. ¿Pensaste que no lo sabía?

Uno de los malvivientes que lo acompañaban se apresuró a atar las manos de la vizcondesa a su espalda, sin embargo, ella no opuso resistencia al notar que el otro compañero la apuntaba con una pistola.

—Será mejor que guardes silencio y hagas lo que te diga, o todo Londres se enterará de lo desvergonzada que eres, y lo máximo a lo que podrán aspirar tus hijas es a casarse con uno de estos hombres —dijo el vizconde, señalando a los enmascarados que reían como si hubiese dicho algo muy gracioso. La vizcondesa entendía que fuese cruel con ella, pero no que lo fuese con sus propias hijas—. Incluso puedo dejar que sacien su deseo contigo antes de darte tu merecido. Estoy seguro de que lo disfrutarás, querida.

Ella le escupió en la cara y su esposo la abofeteó tan fuerte que los oídos le quedaron zumbando. Estaba tan absorto en su desquite que no notó que dos caballos se acercaban en su dirección. Collette levantó la mirada para fijarse si se trataba de algún conocido y sus ojos se llenaron de lágrimas al reconocer a los jinetes. Un terrible presentimiento se apoderó de ella y empezó a forcejear.

—Pero mirad quiénes se nos unen a la fiesta —musitó el vizconde con ironía, y apretó el antebrazo de Collette tan fuerte que esa zona se enrojeció y le dolió—. Si es el marqués de Reading, el que no ha conseguido ser tu amante, y el amigo de tu ex amante, el conde de Rutland —se burló.

—Deje que Collette se marche, Lyngate —exigió William, dando un paso hacia ellos, pero se detuvo al ver que Anthony Huxley apuntaba a la cabeza de Collette con su pistola.

—¿Y privarla del espectáculo que he planeado para vosotros? —preguntó el vizconde, con una ceja levantada. Los malvivientes se echaron a reír—. Hubiese preferido que en vez de lord Rutland fuese el duque de Devon el que se presentase, pero me encargaré de él cuando acabe con vosotros.

Vincent apretó los labios y los puños al oír su burla. Salía de Devon House cuando recibió una nota dirigida a Charles, mas al no tener remitente, supuso que debía tratarse de algo turbio y la leyó. El vizconde de Lyngate lo citaba para ver cómo castigaba a su infiel esposa frente a la residencia del marqués de Reading. El conde de Rutland conocía las intenciones de Lyngate, por lo que revisó si tenía lista su pistola y montó a su caballo en dirección a Bloomerg House. No permitiría que su amigo arriesgase su vida, y sabía que Charles no lo perdonaría si no hacía nada para impedir tal injusticia.

No esperaba encontrarse con el marqués de Reading saliendo a galope de su residencia, ni mucho menos que a una cuadra unos hombres estuvieran reteniendo a una dama aterrada. William la reconoció de inmediato y le informó a Vincent que debían salvar a Collette.

El marqués había recibido la misma misiva que debió recibir Charles y no dudó en acudir.

Collette se debatía entre gritar para pedir ayuda y patear a su esposo para distraerlo, pero los dos malvivientes seguían detrás de ella y era probable que solo empeorara la situación. Se le escapó una sonrisa cargada de amargura al pensar en lo que hubiese hecho Serena de estar en su lugar: ya habría matado a todos sin dudarlo.

William no portaba un arma, pero notó que lord Rutland sí traía consigo una pistola y que la empezaba a desenfundar con disimulo.

—No, querida, no te preocupes, que no te mataré —se burló el vizconde—. Mi deseo es que

veas morir a tu amado marqués, ¿y por qué no?, también a tu amado Charles —añadió, y dibujó el rostro de Collette con el cañón de su pistola—. Morir es un castigo muy benevolente para alguien tan mentirosa y desleal como tú. Pero sé que ver sufrir y desangrarse a estas dos personas compensará todos los años en los que te has burlado de mí.

Collette se removía con furia, pero los dos hombres solo la aferraron con más fuerza. Se percató de que Vincent necesitaba más distracción para desenfundar por completo su arma, y ella se lo daría.

—Me he burlado de ti desde nuestra noche de bodas, zopenco. —Se echó a reír con ganas—. Tú, orgulloso por creerte el primero y el único en mi vida, ni te imaginabas siquiera que para aquel entonces todo mi ser pertenecía a otra persona.

El vizconde pegó el cañón de la pistola a la frente de su esposa y sacó el seguro. Ella no rompió el contacto visual aunque estuviese aterrada; no le daría el gusto a ese bastardo.

—¡Estrellas fugaces! —exclamó William, y Collette se tiró al suelo sin dudarlo y sin darle tiempo a lord Lyngate de comprender el significado de esas palabras.

Nadie más que el marqués y Collette lo entenderían, ya que era una palabra clave que usaban en un juego de su niñez en la que debían tirarse rocas en dos bandos con la resortera. William sabía que la vizcondesa lo recordaría. En aquel momento habían acordado que al oír las dos palabras debían arrojar al suelo sin cuestionar.

William arrebató la pistola del conde de Rutland y no dudó en disparar al vizconde en la cabeza, para luego acabar con los dos malvivientes.

Vincent lo observó, patidifuso, y se recordó no provocar la ira del marqués en el futuro.

William no dudó en socorrer a Collette, que sollozaba sin poder levantar la mirada. La ayudó a ponerse de pie y la rodeó con los brazos, por unos segundos que le resultaron eternos antes de desatarse. Le frotó las muñecas enrojecidas y luego le acunó el rostro con ambas manos para observarla mejor.

Oyó a lo lejos el sonido de los cascos de unos caballos y supuso que alguien había oído los disparos.

—Lord Reading, márchese de inmediato —ordenó el conde de Rutland mientras intentaba separarlo de Collette.

—No dejaré sola a Collette —masculló entre dientes, e intentó aferrarla, pero ella lo empujó con ambas manos.

Lo agarró de las solapas de su levita y lo atrajo de nuevo para su completa sorpresa; sus labios chocaron y Collette lo besó como si nunca lo fuese a volver a ver, buscando con necesidad ese contacto que añoró por tantos años.

William sintió que el persistente vacío en su pecho se llenaba cada vez que ella movía sus labios y sus cuerpos rozaban. Collette los separó de nuevo y levantó el dedo índice en señal de advertencia.

—No, no te he perdonado. Todavía te odio —advirtió Collette con dignidad, pero el marqués sabía que no era verdad—. Márchate, William, ahora. No deseo que te veas involucrado en esto —expresó, y llevó una mano a su frente a la par que paseaba la mirada por los tres cuerpos que yacían a su alrededor—. Los que conocen nuestro pasado podrían atar cabos —dijo refiriéndose a que resultaría muy sospechoso que el vizconde hubiese muerto a manos del caballero que en el pasado estuvo comprometido con su viuda.

El conde de Rutland resopló impaciente y se preguntó por qué siempre debía ser testigo de besos de despedida; primero con su mejor amigo y Serena, y ahora, con Collette y el marqués de

Reading.

—Yo la cuidaré —informó Vincent, metiendo su pistola en su funda—. No se preocupe. Diré que los bandidos secuestraron a los vizcondes y que lord Lyngate intentó escapar, entonces uno de los malvivientes lo asesinó. Yo regresaba a casa y vi lo sucedido, así que decidí tomar acción para salvar a la vizcondesa.

Collette quedó asombrada con la rápida solución del conde a algo que empezaba a atormentarla: explicar lo sucedido sin que los acusen de asesinato. Asintió como agradecimiento hacia Vincent y agitó la mano para despedir a William de una vez. Los cascos se escuchaban cada vez más cerca y se quedaban sin tiempo.

—Esta vez te pido que te marches y que no mires atrás —sollozó Collette, y William recordó la tarde en que ella le suplicó que no la abandonase—. Vete, por favor.

William asintió y regresó a su casa. Sus manos le temblaban y, al mirarlas, recordó el momento en que el vizconde apretaba el cañón de la pistola contra la cabeza de Collette. Aunque arriesgase su propia vida, nunca permitiría que la lastimaran. Pero cuando cerró los ojos, recordó la sensación familiar de los labios de Collette sobre los suyos y lo reconfortó.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que el odio entre ellos se había sesgado, la primera vez que no sintió verdadera hostilidad por parte de su amada, aunque sus palabras fuesen lo contrario.

Collette se quebró y todo su cuerpo convulsionó. Los agentes la encontraron arropada por el conde de Rutland, llorando desconsolada. Por supuesto, ellos creyeron que se debía a la muerte de su esposo y no porque su pesadilla había acabado, por el temor que vio en los ojos de William ante la posibilidad de perderla, o porque se dio cuenta de lo mucho que echaba en falta los besos de este.

Planeó acabar con su esposo de otra manera, pero ya no tenía que ensuciar sus manos ni las de sus hijas.





CAPÍTULO 31

Monique y Giorgiana se quedaron dormidas en la habitación de Collette, después de haberla esperado durante toda la noche. El terror se apoderó de ambas cuando el ama de llaves, seguida por la doncella de las muchachas, entró a la estancia con los ojos llorosos.

La hermana menor se sobaba los ojos con los dedos, mientras que la mayor se erguía de golpe en la cama ante la preocupante perspectiva que reflejaban los rostros de las dos criadas.

—Honorables... —susurró temerosa el ama de llaves—. Me temo que traigo malas noticias.

Monique sintió que un vacío crecía en su pecho y que sus oídos se negaban a oír lo que podía contarles la señora Sanders. Desvió la mirada hacia Giorgiana y vio que varias lágrimas brotaban de sus ojos; le apretó el hombro con la mano y le infundió confianza. Sea lo que fuese, lo afrontarían juntas.

Asintió y se puso de pie.

—¿Qué ha sucedido, señora Sanders? —preguntó con temor.

—Julliane las ayudará a quedar presentables para las visitas —anunció la mujer, y le indicó con una mano el pasillo que las conduciría a sus aposentos.

—¿Qué visitas? —preguntó Giorgiana al fin.

—Pronto lo sabréis. Apresuraos y no los hagáis esperar —convino la sirvienta, y la doncella se apresuró a hacer una venia como despedida para adelantarse hacia la habitación de las muchachas—. La vizcondesa...

—¿Qué ha sucedido con ella? —inquirió Monique, con el corazón en la garganta. Sus ojos le ardían y el desasosiego crecía a pasos agigantados.

—Ella necesitará de vuestro apoyo —respondió el ama de llaves, y unió sus manos a la altura de su pecho.

Monique se sintió mal por no experimentar el temor que debería ante la idea que surgió en su mente. Se avergonzó por la alegría que sintió al momento de oír las palabras de la sirvienta y saber que era su madrastra y no su padre el que necesitaría de su apoyo, porque eso significaba que Collette tuvo éxito y ella no tendría que ensuciar sus manos con la sangre de su progenitor.

Por primera vez en días, se sintió segura a pesar de la incertidumbre que se cernía sobre sus cabezas. Por primera vez en días, el aire que metía en sus pulmones no le sabía a veneno.



Cuando las hijas del vizconde bajaron al salón, una llorosa Collette contestaba las preguntas que le hacían dos agentes, mientras que el mayordomo anunciaba la llegada del marqués de Huntington y su hermana, lady Surrey.

La viuda levantó la mirada hacia sus hijas, y estas se abalanzaron a sus brazos en busca de consuelo.

—Hemos venido apenas supimos lo del vizconde —anunció el marqués, buscando la confirmación de su hermana—. El conde de Rutland nos lo ha contado temprano en la mañana.

Para los agentes era la escena típica de una familia en duelo que había perdido a la cabeza,

por lo que no se demoraron en Lyngate House.

—No deseo retenerlas por más tiempo de lo necesario —indicó el hombre canoso, que parecía ser de un rango más alto que su acompañante, a la mayor de las hijas—, pero debo preguntaros si teníais conocimiento sobre algún enemigo de vuestro padre que pudiese haber planeado el secuestro.

Monique pensó que, si contaba lo que sabía de su padre, las investigaciones continuarían y podrían llegar a averiguar la verdad; también quedarían en la ruina social, así que miró a su hermana menor y ambas negaron con la cabeza, fingiendo desconcierto y temor.

Collette asintió para ellas, como si las estuviese confortando y no aprobando su omisión. Lady Surrey asintió también y apretó el brazo de su hermano, del cual se aferraba.

—¿Habrán sido los mismos que han atentado contra los Duques de Devon? —Preguntó Lady Surrey —Eres afortunada por haber sido rescatada por lord Rutland a tiempo —añadió, y los dos agentes anotaron lo mencionado en un cuadernillo. Parecían convencidos de que podían tratarse de los mismos bandidos.

—Hemos venido para ofreceros nuestro apoyo en todo lo que necesitéis —ofreció Edward, dirigiendo su mirada a Monique.

Ella sonrió con tristeza y realizó una leve reverencia como respuesta. Debería sentir tristeza por su pérdida, pero lo que en realidad sentía era esperanza; más aún al mirar a esos serenos ojos grises que parecían solo verla a ella como nadie más lo había hecho.

—Si recordáis algo más, no dudéis en acudir a nosotros. Estamos a vuestro servicio —dijo el hombre mayor, antes de despedirse con una leve reverencia—. Y reitero nuestras más sinceras condolencias.

Lady Surrey esperó a que la puerta a su espalda se cerrara antes de apresurarse hacia donde Collette consolaba a sus hijas.

—¡Casi muero del susto cuando lord Rutland se presentó tan temprano en casa! —espetó Rose, pero depositó un cariñoso beso en la cabeza de su amiga. Las muchachas se separaron y dejaron lugar para que la marquesa tomase asiento—. Por fin eres libre —susurró para que solo ella la oyese.

Monique se acercó al marqués, y este la saludó con un beso en su mano enguantada. No precisó decir nada, la muchacha podía notar, en su mirada preocupada, que su ofrecimiento seguía en pie. Él no le prometía un matrimonio por amor, sino uno basado en la amistad y en la confianza, y a ella le pareció correcto. Era consciente de que no se conocían demasiado y con el tiempo le demostraría que ese sentimiento, que él decía no poseer, en realidad era como una rosa que perdía todas sus hojas en el invierno, para volver a florecer en primavera.

—William ha pasado a despedirse de Raymond esta madrugada —mencionó la marquesa en un susurro. Collette abrió los ojos como platos y buscó en el rostro de su amiga alguna respuesta—. Se ha marchado a Reading con su hijo. Me ha pedido que te diga que estará esperando tu respuesta.

La viuda entrecerró los ojos, sin comprender a qué se refería. De pronto, negó levemente con la cabeza.

—No sé de qué habla —reconoció, y se limpió la mejilla con un pañuelo.

—Debe tener un motivo para haber dicho eso. —Lady Rose se cruzó de brazos y el mayordomo anunció a lady Margaret—. Le he enviado a un criado a avisarle. Desde ayer que no detiene sus paseos en círculos por el salón de su casa.

—¿Estás bien? —quiso saber la recién llegada. Observó a su amiga asentir y llevó una mano

a la altura del corazón—. ¿Necesitas ayuda con el funeral?

Era la segunda vez que Collette oía esa pregunta de sus amigas, pero la primera vez no tuvo la fuerza de responderles; su corazón estaba roto una vez más.

—Os lo agradecería —respondió la viuda, y las dos hermanas intercambiaron miradas.



Collette estuvo arropada por todos sus amigos el día en que enterraron al vizconde, pero no pudo evitar buscarlo a él entre los que acudieron a presentarle sus respetos; William de verdad se había ido.

Charles y Serena esperaron a que todos se alejasen para agradecer a la viuda por su coraje, por haber sido valiente y advertir al duque de Devon sobre sus planes contra él, o de lo contrario, la duquesa también estaría llorando al padre de su hijo.

—Vosotros merecéis ser felices —dijo Collette, y pasó su mirada de Charles a Serena—. No podía permitir que mi esposo arruinara más vidas. Ha sido suficiente con la mía y la de...

Los Duques comprendieron lo que ella no pronunció.

—Vincent nos lo ha contado —afirmó Charles en voz baja, a pesar de que eran los únicos en ese lugar—. Vosotros también podríais ser felices ahora.

—Espero que continuéis con lo que se os ha arrebatado —sugirió Serena, posando una mano en el antebrazo de Collette—. A veces las historias de amor más bonitas deben esperar, deben resistir, deben doler y deben luchar, pero no importa el tiempo que pase, dos almas destinadas a encontrarse, lo harán —continuó, y miró a su esposo; la prueba viviente del destino.

Collette miró sus manos y sonrió con tristeza. Charles era muy afortunado por haber encontrado a Serena y por haberla elegido.

—¿El heredero del vizconde ha sido notificado? ¿Lo conoces? —inquirió el duque.

—El abogado ha enviado una carta a lord Emmett Porter, su sobrino. Reside en Bristol —repuso la viuda—. No he llegado a conocerlo en persona, pero Anthony lo elogiaba siempre que podía.

—Espero que sea un caballero sensato —acotó la duquesa.

—Mis hijas y yo esperamos que lo sea —pronunció Collette, con una leve preocupación oscureciendo su rostro.

Los tres estaban tan inmersos en la conversación que no notaron que un niño los observaba desde abajo y tendía un sobre lacrado.

—¿Es usted lady Lyngate? —preguntó el niño, achicando los ojos, como si la estudiase. La aludida asintió confundida—. Me pidieron que le entregue esto. —Tendió hacia la viuda lo que llevaba en la mano.

Ella lo recibió con el desasosiego creciendo en su pecho, sin percatarse de que el niño no se movía de su lado y parecía esperar algo.

El duque de Devon sacó unos chelines de su bolsillo y pagó al mensajero; este sonrió a pesar de que le faltaban unos dientes y se retiró canturreando. Intercambió una mirada cómplice con Serena, pero esperaron a que Collette mencionara algo al respecto.

La viuda acarició el sello que se dibujaba en cera carmesí sobre el papel y sintió emoción.

Era una carta de William.





CAPÍTULO 32

Collette observó por cuarta vez el sobre que le entregó un niño el día anterior, después del funeral de su esposo. Estaba agradecida por haber estado arropada por sus dos amigas, Margaret y Rose, además de Charles y Serena, cuyo vientre empezaba a notarse. Esos fueron los rostros fuera de su propia familia a los que recordaba haber visto en el cementerio donde ahora reposaba el cuerpo del vizconde de Lyngate, la pesada llave que abría la cárcel en la que este la había recluido por tantos años.

Aunque conocía perfectamente ese escudo de armas en la cera carmesí, giró la misiva para leer en un susurro aquel nombre que tantas veces pronunció: William. Caminó hasta el jardín trasero de Lyngate House, se sentó bajo el cobijo de un fresno y rompió el sello. Monique y Giorgiana hacían su duelo en el salón, arropadas por sus amigas.

Lo que todos aquellos que la vieron llorar en el funeral no sabían era que no lo hacía por la muerte del desgraciado de su esposo, sino por todo lo que la hizo pasar durante todos esos años, por haberla roto, alejado de personas importantes para ella, por haberla convencido de que luchar era en vano, por haber ignorado su presentimiento de madre cuando le pidió que no llevase al pequeño Oliver la tarde en que murió... Y una pequeña parte de esas lágrimas eran de pura felicidad, una que respondía a esa esperanzadora sensación de libertad.

Perdona por haber sido un cobarde en el pasado.

Perdona por cada lágrima que hayas derramado por mi culpa.

Perdona por cada vez que te has sentido sola y sin un amigo.

Perdona por no haber escuchado cada día lo mucho que te amo.

Desde aquella tarde, he rogado a los cielos por una segunda oportunidad para nuestro amor.

La vida ha sido injusta con nosotros, Collette, y hemos tenido que dar muchas vueltas para volver a coincidir, para volver a ser libres.

Si decides creermme, te estaré esperando en nuestro lugar, el único que merece reunirnos de nuevo y ser testigo de un nuevo comienzo, hasta el último día del mes; si no acudes, comprenderé la decisión que has escogido y la respetaré aunque me duela.

Si lo nuestro no tiene futuro, te deseo toda la felicidad que mereces, y me marcharé para siempre de tu vida. He comprado boletos a América; un tiempo allá me ayudará a olvidarte.

Te amo como solo Romeo lo podría comprender,

William

¿Qué era lo que debía creer? Se habían despedido con tanta brusquedad que no llegó a oír esa verdad que tanto deseaba contarle el marqués.

Dobló la misiva y estuvo a punto de devolverla a su sitio cuando notó que había otro trozo de papel en el interior del sobre, el cual sacó y lo abrió sin entender qué más podría decirle el

marqués. En él se podía leer una dirección que Collette no conocía, pero que se encontraba en Londres.

¿Acaso William quería verla una última vez antes de partir a Reading? No, Rose le aseguró que lo había despedido cuando partió. Entonces, ¿qué encontraría en esa dirección?

Por instinto, llevó los dedos a sus labios, evocando el preciado recuerdo del beso que derribó todas sus barreras. Su cuerpo reconoció el toque, y no solo sintió el calor de sus anhelantes labios, sino el contenido deseo que esperaba por su dueño.

Dobló de nuevo los dos trozos de papel y los apretó contra su pecho. Se sintió triste, sola y vacía. Regresó al salón donde conversaban sus dos hijastras y sus amigas, mientras la servidumbre hacía sus quehaceres como siempre, aunque con más silencio que de costumbre por el luto que se cernía en Lyngate House. Solicitó al mayordomo que pidiese el carruaje y el cochero no tardó en recogerla frente a la casa. Antes de salir se fijó en Monique, que le devolvió una mirada de agradecimiento a pesar de la pena. Collette supo que lo hizo bien y que no se arrepentía de nada. Con el regreso de William recordó que debía enfrentar sus miedos y no esconderse, y si para salvar a sus seres queridos debía condenar su alma con una culpa que los libraría del oprobio, lo volvería a hacer.

Su hija mayor no tendría que pasar por el calvario de casarse con un hombre al que no amaba y que la haría tan infeliz como ella lo fue, porque Monique sí tuvo a alguien que luchase por ella, lo que Collette lamentó no tener en el pasado. Hizo un rápido recuento de su vida en esos años y, a pesar de lo diferente que la había imaginado de joven, casada con su mejor amigo y despertando cada mañana entre sus brazos, no lamentaba haber incluido en ella a sus dos hijas, aquellas que no pudo tener, en compensación del pequeño Oliver, al que le arrebataron muy pronto. Las amaba como si hubiesen nacido de su vientre y no dudaría en sacar las garras ante cualquiera que intentase lastimarlas.

Antes que desesperarla, el traqueteo del carruaje la tranquilizaba. Acarició el papel que contenía la dirección con la inconfundible caligrafía de William y se preparó para verlo en cualquier momento.

Lamentaba no haber podido pedirle que se volteara a verla aunque sea una vez más, que no se marchase y la dejase sola, pero esta vez era ella la que lo espantó de su lado para protegerlo.

El cochero detuvo la marcha después de unos minutos y la vizcondesa observó por la ventanilla del carruaje las modestas casas que se erguían a un costado de la calle. No era un barrio muy ostentoso pero tampoco era de los que alojaban a mendigos o prostitutas en sus recovecos.

—Hemos llegado, milady —anunció el señor Humphry, el cochero.

Un lacayo se apeó de la parte trasera del coche y se apresuró a abrir la portezuela para su ama. Ella se acomodó el sombrero y aferró su ridículo antes de descender la escalerilla.

Observó la fachada de la casa, cuya puerta estaba bordeada por glicinias en flor, y golpeó dos veces con los nudillos. El sirviente se había ofrecido a hacerlo por ella, pero Collette se negó.

Los años habían pasado y lo atestiguaban las arrugas que adornaban el rostro de la mujer que abrió la puerta. La reconoció de inmediato y una mezcla de sentimientos la embargó: emoción, tristeza, añoranza e impotencia. Creyó que jamás la volvería a ver, que se encontraba tan lejos como un océano podía separarlas.

—¿Quién toca a estas horas, señora Mildred? —preguntó una muchacha muy arreglada, que observó a la recién llegada con asombro.

«Señora...», pensó Collette, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Al parecer estaba casada.

—Es una vieja conocida, señorita Callaham. Vuelva a su bordado; regreso en un momento —respondió la mujer mayor, y la joven asintió pero sin dejar de mirar a Collette.

La vizcondesa ya no pudo contener las lágrimas y estas cayeron antes que un saludo saliese de sus labios.

—¡No lo puedo creer! —exclamó, y se abalanzó hacia la que por tantos años fue su doncella y confidente. La mujer la aferró como lo hacía en el pasado, cada vez que ella se lastimaba y necesitaba de su consuelo.

—Milady... —dijo la señora Mildred con la voz cortada—. La estuve esperando desde que el marqués me encontró. Sabía que este día llegaría. Ese muchacho casi siempre cumple sus palabras, a pesar de ser hijo del enemigo.

Collette se echó a reír entre lágrimas al oír esas palabras. La devolvió a su niñez, cuando se encontraba escondidas con William y su doncella temía por lo que el hijo del tirano marqués de Reading pudiese hacer a su joven ama.

—Casi siempre —repitió Collette, y se sacó el guante para limpiarse las lágrimas.

La señora Mildred se fijó que su antigua ama llegó sin doncella y sonrió con complicidad.

—Usted sigue trasgrediendo las buenas costumbres —mencionó, y la vizcondesa se encogió de hombros.

—Las personas hablarán de todos modos —repuso, y aceptó la invitación de la mujer a pasar.

La condujo hacia un luminoso aunque pequeño salón, donde la joven que intervino momentos antes se encontraba bordando flores en una servilleta, pero no se detuvieron ahí, sino que continuaron hasta llegar a un colorido jardín. Se sentaron a la sombra de un árbol, en uno de los bancos de piedra.

—La creía por América, señora Mildred —mencionó Collette, posando su mano sobre la de la mujer—. Nunca he podido disculparme con usted por el daño que le causó mi nefasto esposo. No hemos podido decirnos adiós.

La mujer mayor negó con la cabeza, como si intentase minimizar la cuestión.

—Usted solo fue una víctima más de ese tirano —acotó, con el dolor aflorando en su mirada—. Cuando lord William me contó su historia, comprendí el inmenso dolor que debió sentir al dejarla. Siempre supe que él no aceptaría alejarse de usted solo porque su padre no la considerase a la altura; debía haber algo más, algo que lo obligase a tomar tan drástica decisión. Pero no lo supe hasta que él mismo me lo contó. Su esposo me amenazó con hacerle daño si no me marchaba de Lyngate House, así que pude entender el terror que debió sentir el muchacho de aquel entonces. Él la amaba con toda su alma, a tal punto de renunciar a su propia felicidad por verla viva.

Collette sintió que su pecho se comprimía, como si las costillas apretaran su corazón.

¿De qué hablaba su antigua doncella? ¿Acaso asumía que William le llegó a contar esa verdad que le prometió? Más que nunca necesitaba saber de qué se trataba, porque de lo contrario podía morir de desesperación.

—¿De qué habla, señora Mildred? —preguntó Collette, apretándole las manos con fuerza, con una mirada que denotaba súplica—. ¿Qué es eso que debió soportar William?

La mujer mayor entrecerró los ojos con confusión.

—¿No se lo ha contado? —Chequeó la lengua y negó con la cabeza—. El día que me encontré y hablamos, me dijo que se encontraría con usted para contarle la verdad.

Collette apretó los labios y recordó que debió ser la noche en que Lyngate murió, porque ella debía encontrarse con William, sin embargo, fueron emboscados por el vizconde y los

malvivientes que él contrató para asesinar al duque de Devon y al marqués de Reading.

—No hemos tenido la oportunidad de hablar de ello —reconoció la vizcondesa, con voz entrecortada—. Creo que por eso me ha dejado su dirección.

La señora Mildred le acarició el brazo y asintió.

—Ese muchacho ha sufrido mucho, al igual que usted —pronunció después de un profundo suspiro—. Su mundo se desmoronó cuando su padre amenazó con acabar con su vida si no aceptaba su designio y la abandonaba para casarse con lady Anne. Peleó, pero su padre era capaz de cualquier cosa, hasta matarla, con tal de cumplir esa estúpida venganza. El joven William prefería verla casada con otro a perderla para siempre.

Collette sintió el tibio rastro de las lágrimas en su mejilla y un profundo dolor en su pecho.

—¿Por qué no me lo dijo, entonces? —preguntó la vizcondesa en un roto susurro, y buscó la respuesta en la mirada sabia de la doncella.

—Porque la conocía como nadie y sabía que haría cualquier cosa por lo vuestro, incluso arriesgar su propia vida. Él no lo permitiría. Siempre mantuvo la esperanza de que alguna vez lo perdonara y tuvieseis una segunda oportunidad.

La mujer mayor no necesitó una respuesta de su antigua ama, porque la había visto crecer valiente, obstinada y salvaje.

—¡Malditos Arthur Wembley y Anthony Huxley! —exclamó Collette con los puños muy apretados contra sus muslos.

—¿Qué más ha hecho su esposo? —indagó la doncella, que al parecer aún no sabía la noticia de su muerte.

—Ese maldito ha recibido su merecido y debe estar ocupando su lugar en el infierno —masculló Collette entre dientes, y su acompañante llevó las manos a la boca para ahogar un gemido, aunque después se santiguó—. ¿Sabe que ha sido él el que convenció al anterior marqués de Reading de unir a William con lady Anne? Aún ahora, después de muerto, quisiera ahorcarlo.

—¿Cómo lo supo? —quiso saber la señora Mildred, cuyo acento alemán todavía se podía percibir.

—Me lo ha dicho él mismo —respondió Collette, y sonrió con la mirada perdida.

La antigua doncella de la vizcondesa la observaba y parecía ver a la niña cuyas trenzas deshechas debía arreglar cada tarde porque se negaba a ser una simple dama que solo aprendía a bordar y a tocar el pianoforte. Ella quería descubrir todo aquello de lo que no se hablaba, experimentar los peligros que siempre le pidieron evitar, y había encontrado un compañero que no intentaba detenerla, sino que se mantuvo a su lado para protegerla en caso de ser necesario.

—¿Sabe que el marqués partirá a América la próxima semana? —preguntó la mujer, advirtiéndole que Collette se veía triste. Esta asintió y se sorbió la nariz—. ¿Dejará que se marche? ¿Elegirá perderlo en vez de ser feliz ahora que la vida os ha regalado la oportunidad?

La vizcondesa levantó la mirada y apretó los labios. Suspiró y negó con la cabeza.

—Esta vez lograré que se detenga, que voltee a verme —respondió con firmeza.

La sirvienta le puso al tanto de su vida en los años en que estuvieron separadas y así fue cómo Collette se enteró de que era institutriz de la muchacha que se encontraba bordando en el pequeño salón y que pasó por tres hogares antes de establecerse en ese; uno de ellos, el que compartió con su esposo hasta que este falleció en la guerra.

—Vaya a su encuentro, milady. No espere a que él se marche y desaparezca de su vida para siempre. Vosotros merecéis ser felices, es vuestro tiempo —la animó la señora Mildred, con la

mirada maternal que Collette recordaba, después de enseñarle la carta que le dejó William—. Nunca antes he visto a dos personas más destinadas a amarse.

La vizcondesa observó sus manos y sonrió con tristeza al ver el anillo que llevaba en el dedo. Después del funeral de su esposo se había quitado el anillo de bodas y se volvió a colocar el que le regaló William; no sabía por qué lo hizo, pero necesitaba sentir la libertad que ese objeto le confería.

—¿Estaría dispuesta a volver con nosotros si todo sale bien? Sabe que es una persona importante para los dos —dijo Collette.

La doncella le respondió con una sonrisa cargada de emoción.

—Debería empezar a buscar un reemplazo —bromeó la institutriz, y miró hacia la casa a su espalda—. Supongo que me dará tiempo de hacerlo mientras dure el duelo.

—Así es —repuso Collette con esperanza—. Todavía debemos recibir al nuevo vizconde de Lyngate y organizar la boda de Monique con el marqués de Huntington. Giorgiana... A ella pienso llevarla conmigo, si el nuevo vizconde no acepta ser su tutor. Es momento de ser felices.

Unas lágrimas se le escaparon al darse cuenta de que, si bien su esposo la había alejado de todos sus seres queridos hasta convertirla en un fantasma, William le había devuelto a casi todas ellas y también esa sensación de plenitud que había pensado que jamás volvería a experimentar, ni siquiera con el mejor de los amantes que pudiese escoger entre los nobles de Londres. Eso era el amor: dar.



Faltaban dos días para que se cumpliese el plazo que William le indicó en la carta, y Collette estaba colocando los últimos objetos que llevaría a su casa de Reading en el baúl que esperaba con las fauces abiertas. El nuevo vizconde de Lyngate había llegado el día anterior y se mostró en extremo benevolente con la familia de su difunto tío. No era mucho menor que Collette y se sorprendió bastante de que este hubiese tenido tanta suerte de encontrar una esposa tan hermosa a su edad.

Collette se quedó tranquila al saber que sus dos hijas se quedaban en buenas manos, porque el joven lord Emmet Porter les aseguró que eran bienvenidas a quedarse en la residencia el tiempo que desearan. Ella, por su parte, arguyó una repentina enfermedad de su madre para poder ir a Reading sin que surgieran cotilleos innecesarios sobre su falta al luto por su esposo.

No estaba segura de que su plan funcionara, pero esperaba que William no hubiera desistido al esperarla. Tampoco sabía cuánto tiempo se quedaría en Reading o si él se marcharía de todas formas a América, pero ella regresaría junto a sus hijas para consolarlas en de reciente pérdida.



Apenas llegó a Cliveden Manor, Collette pidió hablar con su padre, que confirmó la historia que le contó la señora Mildred la semana anterior. William no la abandonó por falta de amor, sino porque no soportaría una vida en la que ella no estuviese.

Los condes de Dorset no se opusieron a que ella se arreglase para ir a un lugar que se negó a mencionarles; no se sentían en derecho de negarle algo a su hija después de tanto sufrimiento. Ya no tenían motivos para temer por su seguridad; la enemistad entre las dos familias murió con el anterior marqués, el padre de William.

Ella ya no era la niña destinada a unirse al hijo del enemigo para acabar con una enemistad que se prolongó por varias generaciones —desde que su bisabuelo huyó de Francia rumbo a Inglaterra para iniciar una nueva vida— a causa de una acusación de ser cómplice de traición. Fue portador de una información muy importante para el rey de Inglaterra, y este le concedió el título de conde de Dorset como pago a cambio de la carta que le entregó la examante del rey de Francia a su primo, Jaques Monteaux, antes de escapar.

No tardó en conocer a sus vecinos, el marqués de Reading y su familia, y forjar una estrecha amistad con el hijo mayor de este, que duró hasta que se interpuso entre ellos el interés por la misma dama: lady Rebeca Wallace; uno de ellos por amor y el otro por la considerable dote que podía salvarlos de la ruina y que se les escapó de las manos cuando la joven dama escogió al nuevo conde como esposo.

El marqués tuvo que vender en secreto muchas de sus posesiones y pasar penurias humillantes con tal de que nadie supiera de su ruina, mas todo fue soportable hasta que la falta de posibles impidió que la pequeña Abigail, su hija menor, muriera de una extraña enfermedad que requería medicamentos muy costosos. El odio se transmitió de padres a hijos, llegando a una situación insostenible, hasta que el abuelo de Collette acordó la unión de las familias como ofrenda de paz.

Ambos nobles, tanto el conde de Dorset como el marqués de Reading, fueron padres de dos únicos hijos varones, por lo que el acuerdo tuvo que saltarse una generación.

Collette observó su reflejo en el espejo y su cuerpo experimentó un ligero temblor; en parte por la emoción por la decisión que había tomado y en parte por el temor de que William se hubiese cansado de esperar por ella. Se alisó el vestido con las manos y recogió la canasta que le preparó la nueva cocinera de los Dorset.

El cansado sol de verano empezaba a buscar cobijo en el horizonte cuando emprendió su camino hacia la casa del guarda. La suave brisa que se colaba por las ramas de los árboles meció el vestido de la dama y le indicó, con el dulce aroma de las flores, que pronto llegaría a su destino, aquel al que después de tantos años podría llegar con los ojos vendados.

Las flores blancas, amarillas y violetas le dieron la bienvenida, teñidas por los últimos rayos de sol, pero lo que de verdad se apoderó de su mirada fue la presencia del caballero de pelo dorado que recorría de lado a lado, frente a la precaria edificación, como si estuviese nervioso.

William se veía completamente apuesto con aquella levita azul y las calzas de color crema. Todavía no se había percatado de la presencia de su amada cuando cogió el pomo de la puerta para cerrarla, hasta que la oyó a su espalda.

—¿Voltearás a verme esta vez? ¿O es que acaso he llegado tarde? —preguntó Collette, con la voz rota.

William lo hizo muy lento pero sin dudar, hasta que sintió que una inmensa felicidad se apoderaba de todo su ser. Una obstinada lágrima rodó por su mejilla al tenerla enfrente, con esa sonrisa con la que solo pudo soñar todos esos años, con la trenza a un costado de su cuello y la canasta colgando de su brazo. Se apresuró a ayudarla y le devolvió una trémula sonrisa.

—Has venido —susurró William, y le acarició la mejilla con la mano libre.

Collette ladeó un poco la cabeza y asintió.

—Me has esperado —afirmó ella como respuesta, y ambos sonrieron con verdadera emoción.

—Siempre —contestó William, y la besó en la frente una vez que acortó la distancia entre ellos y la rodeó por la cintura con el brazo libre—. Siempre supe que volveríamos a ser nosotros, que el amor no había acabado, que alguna vez comprenderías mi decisión y me perdonarías.

Collette buscó su mirada y se aferró a ese cuerpo con el que encajaba a la perfección, ese que significaba alas para volar, pero también raíces donde aferrarse y desde las cuales brotarían nuevas esperanzas.

—No he vuelto a mirar las estrellas desde que te perdí. Ya no tenía sentido creer que ellas brillaban por nuestro amor, ya no me apetecía soñar con ellas, con lo mucho que nos gustaba contarlas —murmuró la vizcondesa contra su pecho, pero luego levantó la mirada y se perdió en el brillo de los suyos. —Me preguntaba si tú las mirabas, si pensabas en mí, si les pedías a ellas que me dijeran que me echabas de menos, como yo lo hacía, pero dejé de mirarlas por temor a escuchar su silencio, de comprender que ya no me amabas.

—Le he preguntado a cada una de ellas si estabas bien, si eras feliz —respondió William, con el sabor de las lágrimas en sus labios—, pero solo se quedaban en silencio, negándose a mentir. Les pedía que no dejaran de brillar, que esperaran por nosotros, porque lo nuestro solo estaba en pausa, no había acabado.

El vacío que permaneció en su pecho todos esos años desapareció.

William abrió la puerta con el pie y Collette barrió la estancia con la mirada. Todo estaba como lo recordaba en la casa del guarda. Depositaron la canasta sobre la mesa, mas no parecían interesados en su contenido, ni en presentar primero sus respetos al señor Norris.

—Perdona por todas las veces que has intentado contarme la verdad y no te lo he permitido —mencionó Collette, y le acunó el rostro con ambas manos. Se puso de puntillas y le dio un tierno beso en los labios—. Y... por haber deseado todos estos años tu infelicidad lejos de mí.

William sonrió con tristeza y la apretó aún más contra su cuerpo.

—En mi egoísmo, también he deseado que jamás amases a otro como me has amado a mí, que no le entregases esa sonrisa que fue mía. Agradezco que ese odio que has sentido todos estos años haya impedido que me olvidaras; eso hubiese sido más triste —dijo el marqués, y acortó la distancia entre sus labios para devolverle el beso—. Recuperemos aquello que nos han robado y seamos felices, Collette.

Ella no pronunció palabra, solo se puso de puntillas y lo besó de nuevo, como lo había estado deseando desde la noche en que murió su esposo. Pero más apasionado, más intenso, uno en el que le entregaba todo su ser, su perdón, su esperanza y su deseo.

William trazó con sus labios un camino hacia el escote de su vestido, mientras que ella lo despojada de su levita. Sus cuerpos se buscaban como si no hubiesen pasado los años y aún se reconociesen como la primera vez.

Desnudos, piel contra piel, meciéndose con una lujuria que jamás experimentaron, se entregaron al amor. Reían y lloraban a causa de la emoción que les embargaba, se decían más con la mirada que con las palabras, porque sus labios preferían besarse que a hablar.

El canto de sus gemidos de placer inundaba la estancia, y la intensidad de sus movimientos pronto los dejó cubierto con una delgada capa de sudor, hasta que un áspero gemido se escapó de la garganta de William y cayó rendido sobre el cuerpo tembloroso de Collette, que se aferró más fuerte a su espalda.

Ella cerró los ojos y sonrió al sentir el suave beso que depositó su amado en la curva de su cuello; llevó una mano a su dorado pelo y lo acarició. Permanecieron así, quietos e intentando

calmar sus respiraciones hasta que la brisa que se colaba por la ventana los estremeció.

El tiempo no importaba para los dos amantes que se reencontraban después de tantos giros del destino. Nadie esperaba por ellos en sus hogares, y ya no podían ser culpables por amarse. Eran libres.

El marqués se levantó y le tendió una mano para llevarla hacia la ventana, desnudos como estaban; al llegar a ella, los recibió un oscuro cielo salpicado de estrellas que parecían celebrar con ellos su felicidad. Él la tenía rodeada con sus dos brazos desde atrás; el fresco aroma a su jabón se coló en sus fosas nasales y reposó la barbilla en la coronilla de su amada.

—Solo hemos tenido que dar más vueltas, pero Romeo y Julieta al fin tuvieron su final feliz —susurró Collette con los labios cerca de los suyos, y este no dudó en besarla de nuevo.

—Sé que tendremos que esperar a que el luto por tu esposo acabe, pero si he podido hacerlo por trece años, creo que podré hacerlo uno más. —William se irguió un poco y buscó la mirada de Collette; ella entrecerró los ojos, como si no comprendiese lo que intentaba decirle—. Collette —la llamó, y esta asintió—. ¿Te casarías conmigo? La primera vez eligieron por nosotros, pero esta vez te escojo por voluntad propia. Y lo haría una y mil veces. En esta vida y en todas en las que volvamos a coincidir.

Collette asintió entre lágrimas y le acunó el rostro con ambas manos.

—Por supuesto, cariño —sollozó—. No deseo despertar en los brazos de nadie más, ni deseo observar las estrellas con otra persona que no seas tú.





EPILOGO

Londres, 1819

Otra temporada iniciaba con todo su esplendor y una elegante e inesperada cena de compromiso daba la bienvenida a la primavera. El marqués de Reading no escatimó en gastos para anunciar que pronto dejaría de estar disponible en el mercado matrimonial. Dos jóvenes viudos que tenían una segunda oportunidad para ser felices, después de haber atravesado unas duras tribulaciones.

Los que recordaban a los jóvenes William y Collette de más de una década atrás, los que conocían su historia antes de que su compromiso fuese interrumpido, celebraron por ese final. Aunque no faltó el cotilleo propio que ocasiona un enlace tan repentino, apenas un año después de la muerte del esposo de la vizcondesa. No fueron pocas las damas que quedaron decepcionadas por haber perdido la oportunidad de cazar al marqués.

Era la segunda vez que madame Maxim confeccionaba un vestido de novia para Collette, pero en esa ocasión se podía ver a una mujer feliz y ansiosa porque llegase el gran día.

—Será la novia más radiante de la temporada, milady —anunció la costurera mientras observaba el reflejo de su clienta en el espejo, después de haberle recogido el dobladillo—. En unos días usted iniciará una nueva vida al lado del marqués. Me siento muy feliz por vosotros, porque su rostro es diferente a la vez que se casó con el vizconde. Esta vez... se la ve feliz.

Collette acarició el bordado del vestido y suspiró para acallar el recuerdo de los meses que llevaba viviendo a escondidas su amor. Un cosquilleo la hizo sonreír con picardía.

—Usted también se verá preciosa en su boda —dijo la modista a Monique, que en esa ocasión acompañaba a su madrastra.

La muchacha se había comprometido en la pequeña temporada, pero la cena fue muy íntima por el luto. Su boda sería dos semanas después que la de su madrastra y estaba invitada toda la aristocracia londinense.

—Espero que lady Giorgiana también encuentre un esposo esta temporada —comentó Madame Maxim, y acomodó el tocado que preparó Katerina para la novia.

Monique intercambió una mirada con su madrastra y la modista levantó una ceja.

—Esperemos que sí —contestó Collette.

Estuvo a punto de contarle que posiblemente tenían un candidato para la menor de la familia, pero el tintineo de las campanas de la puerta de la tienda las interrumpió.

Un rostro conocido observó a Collette y sonrió.

—Lucirá muy bien en su boda, milady —expresó la recién llegada, con una inesperada sinceridad en su tono.

Collette se giró y la saludó.

—Espero que usted también lo haga pronto, lady Cecilie —le deseó la dama, reconociendo que esta versión de la hija de los marqueses le caía bien.

No tuvieron el mejor de los comienzos y la detestó con toda el alma, pero al parecer, estar lejos la cambió.

Lady Cecilie Burton, la que fue comparada con una ninfa del bosque por su belleza etérea pero detestada por muchos por su actitud remilgada. La dama que sostenía unas muestras de tela

no se parecía a la de un año atrás: ya no se comportaba como una niña mimada y despreciable, y su sonrisa parecía esconder una profunda enseñanza.

—Y yo espero que esta vez sea muy feliz.



Reading, 1820

Casi un año después de su boda, en Reading, Collette y William recibían a sus invitados en Waddeson Manor. La temporada social estaba próxima y ellos deseaban pasar un fin de semana rodeado de amigos antes de abandonar la tranquilidad del campo para regresar a la bulliciosa Londres.

Charles, Vincent y Edward aguardaban frente al edificio —montados en sus caballos y entreteniendo a los perros de caza— a que William se les uniese para iniciar su faena. Prometieron unos faisanes para la cena de ese día y los caballeros parecían ansiosos por perderse en la espesura del bosque para conseguirlo.

El marqués de Reading se acercó a las damas que los esperarían en el jardín, donde los sirvientes habían montado una mesa cargada de pastelitos y dulces para acompañar el té.

Al ver a Collette con ese vestido amarillo no pudo evitar recordar la noche anterior, cuando escaparon por un momento de la cena y se metieron a la biblioteca para hacer el amor.

Tragó saliva al pensar en la forma en ella lo recibía mientras lo aprisionaba con las piernas alrededor de sus caderas y apretaba el borde del escritorio con ambas manos. Lo estuvieron deseando por meses, desde que el avanzado embarazo de Collette les impidió tener intimidad.

La razón por la que estaban reunidos ese fin de semana en Reading era para celebrar el nacimiento de Phillipa, la pequeña benjamina de los marqueses y hermana menor de Patrick y Oliver. Collette quedó embarazada poco después de la boda, como si la vida se apresurara en devolverles el tiempo perdido.

—Cualquiera diría que tiene pensamientos sucios en este momento, su señoría —susurró la marquesa para que solo su esposo la oyese, en un tono de broma—. Recuerde que nuestra pequeña apenas tiene un mes.

—Es probable que tengan razón —repuso, y le guiñó un ojo y se relamió los labios.

El pequeño Ronald Bradbury extendía sus manitas hacia la bebé que dormía apacible en su canasta. Serena lo cargó en brazos y lo acercó para que pudiese verla mejor. El niño heredó el pelo rubio de su padre y los ojos azules de su madre.

—Todavía debes convencerme de que eres digno de ella, pequeño jovencito —bromeó William, y generó unas risas entre las damas.

La bebé se inquietó y una encantada Monique se apresuró a mecerla. Sus ojos expresaban lo mucho que deseaba darle un hijo a su esposo, aunque no perdía las esperanzas. La señora Mildred, que regresó a su hogar junto a los marqueses, llegó junto a ellas con una botella de leche.

Serena acercó al niño y este cogió la manita de la pequeña Phillipa —a la que de cariño llamaban Pippa—, y se calmó; abrió los ojos y le sonrió.

Patrick frunció los labios porque pensaba que era especial para su hermana. Hasta ese

momento, él se había encargado de hacerla sonreír.

—Estoy segura de que esta niña pondrá nuestras vidas de cabeza —supuso Collette, acariciándole la cabeza—, pero, afortunadamente, tendrá a su hermano y a Ronald para que la protejan.

William rodeó la cintura de su esposa con un brazo y observó a su alrededor con felicidad. Los recuerdos felices de su niñez al lado de esa niña temeraria que buscaba aventuras a escondidas y que siempre tenía un por qué en la punta de la lengua brotaron inevitablemente.

—Por fortuna, tengo experiencia lidiando con niñas destinadas a poner mi vida de cabeza —susurró William al oído de su esposa.

Collette levantó la mirada y suspiró.

—Por fortuna, me he enamorado de un muchacho que sabía lidiar con niñas que estaban destinadas a poner su mundo de cabeza, porque siempre tuve la esperanza de casarme con él. Soñaba con despertar cada mañana a su lado y dar paseos por el prado en el que nos conocimos, de contar las estrellas abrazados y vivir una infinidad de aventuras a su lado —dijo Collette, y besó el hombro de su esposo.

Serena abrazó a su pequeño y miró a Charles, que cabalgaba hacia ellas.

—¿Está mal que siga sintiendo celos del duque? —preguntó William en un susurro cómplice a su esposa—. Él... es muy apuesto.

—De verdad lo es —afirmó Collette, y sonrió con ironía.

El marqués la apretó un poco más a su cuerpo a medida que Charles se acercaba.

—Una vez he oído que el primer amor nunca se olvida —dijo Collette, con la vista en el horizonte—. Y debe ser cierto —sus ojos buscaron a los de su esposo—, porque nunca te he olvidado y nunca he podido amar a otro como a ti. Has sido mi primer amor, mi mejor amigo y mi compañero. Deseo envejecer a tu lado y contarles a nuestros nietos que nacimos en familias enemigas, que nuestros antepasados nos comprometieron como ofrenda de paz y que crecimos pensando que nos casaríamos, que nos separaron de manera arbitraria y que hemos tenido que dar muchas vueltas para volver a estar juntos.

Charles le hizo un gesto a William para que se uniese al grupo de cazadores de una vez.

—Solo diles que su abuelo ha sido, y siempre será, tu primer amor.

Fin.



AGRADECIMIENTO

Me gustaría agradecer especialmente a aquellas personas que confiaron en mí como para animarme a escribir y publicar este libro, a aquellas lectoras y amigas que me apoyaron con mi primer proyecto y se mantuvieron presentes desde ese momento para motivarme a continuar. Espero que les haya gustado esta obra y que continúen a mi lado por mucho tiempo más, porque todavía tengo muchas historias por contar.

A las duquesas: Laura, Dayah y Marlene. Gracias por todo el apoyo que me brindan siempre y por ser verdaderas compañeras de lucha. Espero que continuemos trabajando juntas como compañeras y colegas. Por sobre todo, que sigamos siendo amigas como hasta ahora.

A mi familia, por la paciencia y el apoyo constante para que yo pueda continuar escribiendo, por todas las veces que tuvimos que renunciar a momentos de dispersión.





MI NOVELA ANTERIOR



SINOPSIS

Desde que falleció su padre, Charles Bradbury, el nuevo duque de Devon, supo que sus días de libertino incorregible habían terminado y que debía encontrar esposa, como se esperaba de alguien en su posición. Apuesto y con una fortuna bastante considerable, tenía a todas las damas solteras (y no solteras) a sus pies, hasta que una misteriosa y peculiar mujer apareció en su vida.

Lady Serena Merton carga con un estigma desde su nacimiento y casi nadie sabía de su existencia. Se había resignado a vivir sus días alejada de la vida social, pero feliz de poder hacer todo aquello que otras mujeres jamás se atreverían.

Un vergonzoso acontecimiento unirá sus destinos y pondrá sus mundos de cabeza, y lo que empezó como algo inocente terminará convirtiéndose en un huracán.

"Una novela en la que ninguno de los dos buscaba el amor, pero que lo que inició como una inocente amistad, poco a poco se convierte en un fuego incontrolable"

